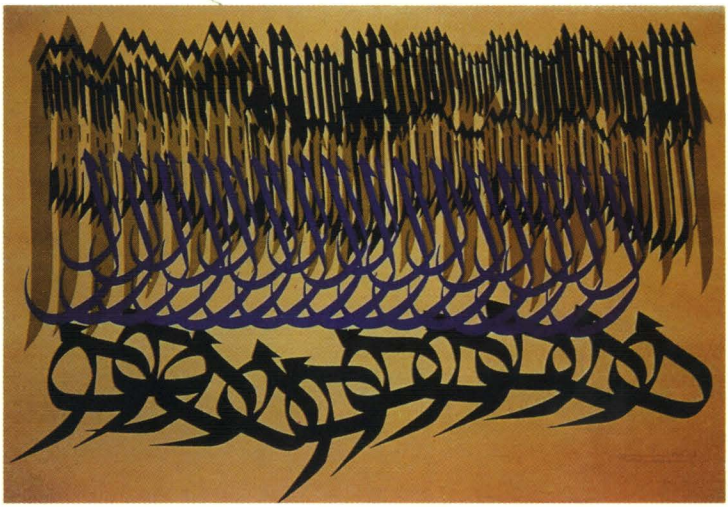
Roberto J. Blancarte

AFGANISTÁN

La revolución islámica frente al mundo occidental



jornadas
137

EL COLEGIO DE MÉXICO

JORNADAS 137

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

AFGANISTÁN: LA REVOLUCIÓN ISLÁMICA FRENTE AL MUNDO OCCIDENTAL

Roberto J. Blancarte

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.

The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/

Jornadas 137

EL COLEGIO DE MÉXICO

320.9581
B638a
Blancarte, Roberto.
Afganistán : la revolución islámica frente al mundo occidental / Roberto J. Blancarte. -- México : El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2001.
286 p. ; 17 cm. -- (Jornadas ; 137)

ISBN 968-12-1048-4

1. Afganistán -- Política y gobierno -- 1973. 2. Afganistán -- Historia -- Siglo XX. 3. Islam. I. Título. II. Serie.

Portada de Irma Eugenia Alva Valencia
Ilustración de la portada: *Qur'anic Fugue*
de Ahmad Moustafa, 1976

Primera edición, 2001

D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
Email: publi@colmex.mx
www.colmex.mx

ISBN 968-12-1048-4

Impreso en México / *Printed in Mexico*

A mis hijos, Paula, Emilia y Francisco,
por todo lo que me han dado.

ÍNDICE

Introducción 11

I. El entorno geográfico e histórico 23

II. Impacto occidental y resistencia en el área del Golfo Pérsico 55

III. Revolución popular y resistencia islámica en Afganistán 113

IV. Afganistán y el juego de las grandes potencias 159

V. De los mujahedín a los talibán 239

VI. Retrovisión y perspectiva 259

Bibliografía 271

INTRODUCCIÓN

El ataque del pasado 11 de septiembre a las Torres Gemelas de Nueva York y al Pentágono en Washington, ha puesto nuevamente bajo los reflectores al Islam, particularmente en su versión "fundamentalista" y, como hace poco más de 20 años, a una región cuyo centro neurálgico es Afganistán.

No es, en efecto, un fenómeno totalmente nuevo. Desde hace algunas décadas, el mundo occidental ha vuelto su atención a una serie de acontecimientos sociales en el mundo islámico que han transformado en gran medida el panorama internacional. En Irán, una dinastía con más de cincuenta años en el poder, poseedora de un aparato de represión reputado como uno de los más poderosos del mundo, cayó en 1978 ante un movimiento de masas que defendía un proyecto de civilización islámica. En Afganistán, la extensión de la guerrilla musulmana culminó con un gobierno de orientación marxista y con una invasión, la soviética, después de diez años de lucha. En otros países, como Egipto, Palestina, Líbano, Arabia

Saudita, Indonesia, Filipinas y Pakistán, también han brotado de manera intermitente movimientos extremistas islámicos que han puesto en serios aprietos a sus gobiernos. Éstos son los signos más evidentes de una forma de resistencia popular contra Occidente. Pero también se sabe que en las repúblicas del Caspio y de Asia Central existe una oposición que ha conducido a una resistencia más bien en estado latente (salvo Chechenia), pero igualmente con probabilidades de que estalle en cualquier momento.

Todas estas luchas populares son manifestaciones de un fenómeno que por su fuerza transformadora y su raíz civilizacional musulmana se ha dado en llamar el "Islam revolucionario", muchas veces confundido con el fenómeno más específico denominado "fundamentalismo islámico". Es en la diversidad de esta resistencia donde se puede encontrar la unidad de la lucha por alcanzar un desarrollo propio que pretende, además de tener una capacidad transformadora, ofrecer un proyecto para el futuro.

La resistencia popular contra Occidente comienza a gestarse, y de hecho surge como una respuesta, en los momentos en que las potencias europeas penetran en la zona y la acción de éstas se manifiesta como una fuerza desintegradora que amenaza directamente a la civilización localizada allí desde hace doce siglos, es decir, a la cultura islámica.

Sin embargo, todavía hace algunos años el mundo occidental sabía poco de esta lucha y de los pue-

blos que la llevan a cabo. Hasta fecha reciente, Afganistán fue un país olvidado por el mundo occidental. Su importancia para Europa y Estados Unidos ha estado determinada históricamente por razones geoestratégicas. Eso explica que los estudios sobre Afganistán adquirieran relevancia sólo en la medida en que la región se tornara geopolíticamente importante para las grandes potencias. Precisamente por eso, las esporádicas apariciones que este país ha tenido ante los ojos de Occidente durante los últimos 160 años se relacionan con intervenciones extranjeras cuyo objetivo básico ha sido la conservación de un determinado orden regional.

Al parecer, la primera vez que Afganistán surgió como tema dentro de la opinión pública occidental fue en los años de 1838-1842, cuando la invasión británica a dicho país provocó una ola de indignación entre los partidarios anticolonialistas en Gran Bretaña. De esa época datan algunos artículos que sobre dicha invasión publicara, entre otros, Karl Marx.

Hoy Afganistán ocupa nuevamente un lugar importante en las preocupaciones políticas de Occidente debido a circunstancias similares, sólo que esta vez la intervención es realizada por Estados Unidos de América, como hace veinte años la invasora fue la Unión Soviética. En este último caso, aunque casi un siglo y medio después, el resultado fue casi el mismo: la rebelión popular generalizada en contra del invasor. En el 2001, aunque muchos lo consideran pre-

visible, más allá de la caída del gobierno talibán el desenlace es incierto. Porque en el fondo, si bien existen semejanzas que unen a estos distintos momentos históricos, las causas y circunstancias no son idénticas. Aprendamos pues de las enseñanzas de la historia, pero cuidémonos de pensar que ésta se repite sin más, de manera exacta.

La perplejidad del mundo occidental ante la sociedad e historia afganas se manifiesta hasta en los detalles más pequeños. Uno de éstos es el de la ubicación geográfica del país. Al revisar la bibliografía sobre el tema, el interesado se encuentra con que algunos estudios insertan a Afganistán dentro del Medio Oriente, otros en Asia Central, algunos en Asia del Sur, e incluso se le encuentra como parte del Lejano Oriente. Esto podría significar que, ante los ojos del mundo occidental, Afganistán es una especie de "tierra de nadie" en donde sociedad y costumbres se antojan oscuras e indeterminadas; en otras palabras, un "reducto del pasado", de una historia que se considera estática y es, por tanto, ignorada.

Hace más de dos décadas, en diciembre de 1979, la intervención soviética en Afganistán impuso la necesidad de responder a una serie de interrogantes: ¿Por qué invadió la URSS ese país? ¿Qué papel desempeñaron en ese entonces las potencias del mundo capitalista? ¿Cómo se insertaba esta intervención en el juego de las relaciones regionales e internacionales? ¿Por qué había una rebelión generalizada en

contra de un régimen que pretende favorecer a las clases populares? ¿Por qué tiene esta rebelión un carácter islámico? ¿Cuál es el origen de esta resistencia? ¿Qué programa tiene? Las preguntas hoy son similares: ¿Por qué Afganistán? ¿Qué sucedió en ese país al concluir la Guerra Fría? ¿Cómo es que los talibán llegaron al poder? ¿Qué papel desempeña el fundamentalismo islámico? ¿La intervención estadunidense terminará con el extremismo religioso? ¿Resolverá el problema de la relación entre el mundo islámico y Occidente?

Es evidente que la respuesta a estas preguntas no podría ser completa si se buscara una interpretación solamente a través del examen de factores externos, analizando a Afganistán como un país cuya historia está meramente sujeta al vaivén internacional. Para encontrar explicaciones históricas a los sucesos actuales es necesario el estudio de la sociedad afgana y de sus manifestaciones culturales y civilizacionales, enmarcadas en un contexto internacional.

Una de las principales dificultades que los estudiosos occidentales tienen al analizar el fenómeno de los mujahedín afganos, así como la resistencia islámica en general estriba en que, aparentemente, la historia de estos pueblos entra en su consideración sólo cuando aparecen reacciones a las intromisiones externas. Esta percepción imagina a las sociedades islámicas como pueblos atrasados, estancados en sus tradiciones y cuya historia se detuvo hace varios siglos.

De esta manera, los pueblos de Afganistán son vistos como objetos de la historia. Las sociedades afganas se conciben a manera de estructuras inmóviles, cuya evolución depende en mayor o menor grado de las influencias externas que hayan recibido. Esta interpretación es incompleta, por no decir errónea.

Afganistán es a la vez que objeto de los juegos de las grandes potencias, sujeto de su historia con desarrollo propio. Al respecto, la especificidad del Islam y el desarrollo del movimiento popular son dos características básicas que marcan el curso de su historia moderna. El Islam como elemento de identidad supranacional y civilizacional genera el islamismo, el cual representa para muchos una alternativa válida al modelo occidental. El islamismo es una ideología con múltiples manifestaciones, desde las más abiertas a la modernidad hasta las más cerradas. El fundamentalismo, por su parte, es sólo una de las muy variadas expresiones del Islam y del islamismo.

No hay nada más equivocado que suponer que el mundo islámico rechaza todo lo que proviene de Occidente. Los musulmanes repudian lo que intuyen va a debilitarlos frente al agresor, pero incorporan rápidamente los instrumentos que los fortalecen y que les permiten defenderse más eficazmente. La historia del enfrentamiento entre Occidente y el mundo islámico está colmada de hechos ilustrativos al respecto. Una anécdota simbólica es aquella en la cual a fines del siglo XIX el emir Abdur Rahman respondió a la

invitación británica para inaugurar el ferrocarril que llegaba hasta la frontera afgana, preguntando si era una costumbre inglesa invitar al herido a que viera la llaga hecha en sus entrañas después de haberle hundido el puñal.

Los emires afganos destinaban la mayor parte de sus ingresos a la compra de armamento y municiones. Sin embargo, al mismo tiempo se negaban a conceder el permiso necesario para la construcción de los ferrocarriles en su territorio. Estos hechos muestran que los dirigentes afganos podían diferenciar con certeza los instrumentos "modernizadores", que tenían valor como tales para sus proyectos, de los que podrían ser instrumentos de dominación. Después de casi dos siglos de agresión por parte de Occidente, es prueba de la resistencia afgana el hecho de que actualmente Afganistán no posea un kilómetro de vías férreas. Lo anterior es sólo un ejemplo de una historia que sigue influyendo el presente de Afganistán.

En este sentido, una de las principales dificultades por superar es la interpretación economicista de los sucesos afganos; instancias como el tribalismo, la cultura y la religión, hasta épocas muy recientes han sido descuidadas como móviles sociales por los analistas occidentales.

Cuando se observan los fenómenos sociales de Asia y África islámicas bajo una perspectiva eurocentrista, se genera una concepción y una terminología devaluadas por prejuicios. Éstos son muestra de

una incapacidad para entender manifestaciones culturales distintas a las de la propia civilización. El Islam es visto entonces sólo como una ideología retrógrada, al servicio de los intereses más oscuros. El tribalismo se presenta como una forma de organización atrasada en la cual no cabe la posibilidad de participación en la toma de decisiones y que al mismo tiempo hace perdurar mecanismos de corrupción y explotación. La etnicidad pasa a ser una explicación en sí misma de las diferencias y conflictos al interior de estas sociedades multinacionales o multiétnicas.

Uno de los objetivos de esta obra es revisar críticamente algunas de las anteriores interpretaciones, subrayando la participación de los pueblos involucrados en la resistencia contra Occidente. Ésa es la causa por la que se analizan los movimientos insurrecionales en Irán, Afganistán y el Asia Central, los cuales forman parte de un mismo fenómeno.

En este estudio se pretende reconstruir la formación del pensamiento revolucionario islámico a través de las distintas respuestas ideológicas a la penetración occidental. La lucha por la liberación "nacional" o "civilizacional" se define entonces a través de un amplio abanico de posiciones frente a la penetración "colonial", "imperialista", o "globalizadora". El Islam revolucionario se nos presenta como la última manifestación, o la más acabada, de un pensamiento que se ha construido a lo largo de una tradición de resistencia.

También buscamos aquí analizar el carácter de las

luchas populares en la región que comprende las repúblicas de Asia Central, Irán y Afganistán. Pretendemos demostrar que el combate de los mujahedín afganos, junto con la revolución de masas triunfante en Irán y siempre latente en otros países vecinos, recoge y forma parte de una historia de lucha en contra del intervencionismo occidental. Esta oposición se manifiesta de distintas maneras, y la resistencia armada es sólo una de ellas. Por eso no es ocioso mostrar esta lucha histórica en la diversidad de sus formas y, al mismo tiempo, en la unidad de su esencia.

En la época actual, esta lucha aparece al mismo tiempo magnificada y ensombrecida por los actos extremistas de Osama Bin Laden y Al-Qaeda, en connivencia aparente con el gobierno talibán. Sin embargo, esta convergencia temporalmente limitada no debería confundirnos acerca de la situación y posición de la mayor parte del pueblo afgano. En otras palabras, el surgimiento y predominio de una corriente "fundamentalista" afgana (con apoyo de Pakistán), ligada a un grupo "terrorista" de origen saudiárabe, no es más que una expresión extrema, radical y ciertamente desesperada (a la que denominamos fundamentalista por comodidad) de una resistencia antioccidental que históricamente ha sido más bien defensiva.

Nuestra visión del fenómeno sería incompleta si no se presentara el desarrollo histórico de estas sociedades en el contexto de las relaciones internacio-

nales en la región. Es importante por ello la reevaluación de ciertos hechos históricos que condicionarían posteriormente algunas de las posiciones afganas hacia el mundo exterior. Con todo esto se pretende demostrar que un factor esencial de la intervención occidental en Afganistán, cuyos ejemplos más recientes son las de Estados Unidos y la Unión Soviética, ha sido el temor a la expansión de la revolución islámica en la región. En 1979, los dirigentes de la URSS invadieron el país debido a la posible agudización de la resistencia latente en sus propias repúblicas musulmanas. Dicha profundización de las contradicciones al interior de la Unión Soviética habría tenido su origen en el impacto causado por la extensión de la rebelión islámica en la zona. Veintidós años después, Estados Unidos reacciona frente a un ataque en su propio territorio. Puede parecer una situación completamente distinta. Sin embargo, en el fondo, su intervención en Afganistán tiende, como la soviética de dos décadas anteriores, a eliminar en el corto plazo la amenaza de la expansión del extremismo islámico y, en un término más largo, otras formas de fundamentalismo y de resistencia o rebelión islámica antioccidental. La Unión soviética, con la invasión de Afganistán, no hizo más que exacerbar dicha resistencia. Estados Unidos requerirá también de más que una invasión para transformar sus relaciones con el mundo islámico y revertir dos siglos de agresión occidental.

Este libro tiene su origen en mi tesis de licenciatura, que hice al calor de los primeros años de la invasión soviética en Afganistán. En aquel momento (1981), me percaté de que, para comprender las motivaciones soviéticas de dicha intervención, era necesario comprender la revolución islámica y la geopolítica histórica de la región. Dos décadas después, Afganistán vuelve a estar en el centro de la atención mundial, en circunstancias más trágicas y de mayor trascendencia para todo el mundo. Durante ese periodo, la acción de las potencias no ha hecho más que alimentar y exacerbar los fundamentalismos y el rechazo del mundo islámico frente a Occidente. Idealmente, la actual estrategia estadunidense tendería a solventar este error. Pero hacerlo significa antes que nada reconocer los sucesos históricos que han generado esta situación.

No quisiera dejar de agradecer a quienes hace veinte años y ahora colaboraron en la elaboración de esta obra. A Celma Agüero le debo no sólo brillantes y valiosas aportaciones al enfoque del estudio, sino también —y quizás sobre todo— su apoyo en los momentos en que esta investigación era sólo un proyecto. También deseo dar gracias a Manuel Ruiz por sus valiosos comentarios, así como pertinentes correcciones; a Humberto Garza por haber revisado críticamente el cuarto capítulo; a Vicente Villamar, quien me facilitó una cantidad considerable del material documental; Francisco Alonso me permitió revisar los archivos disponibles en 1981 de la Secretaría de

Relaciones Exteriores; Julio Berdegué, José Luis Cortés, Edmé Domínguez y Alejandro García Moreno hicieron posible que recibiera documentos claves para el trabajo. Expreso también mi agradecimiento a Dulce María y Beatriz Blancarte y a Esther Díaz por su labor mecanográfica hace dos décadas, y por su invaluable ayuda actual a mis asistentes Jessica Hernández Loredo y Jorge Echeguren.

Quiero mencionar de manera muy especial al director del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, el profesor Gustavo Verduzco, por su amigable apoyo para la conclusión de esta obra, así como a Francisco Gómez y al Departamento de Publicaciones que dirige, por el empeño para que este libro fuese impreso de manera rápida y oportuna.

Huelga decir que ninguna de estas personas es responsable de las eventuales fallas de este libro. Por el contrario, su ayuda ha sido esencial para lograr su elaboración. Al respecto, es importante mencionar que, sin ser especialista de estas lenguas, intenté transliterarlas al español de acuerdo con sus sonidos aproximados. De esa manera Khan pasó a ser Jan, Tajik pasó a ser Tayik, Muhamad (Mahoma) pasó a ser Mujamad, etc. Pido disculpas por los inconvenientes y eventual confusión que esto pueda generar.

Finalmente, dedico este libro a mis hijos, Francisco, Emilia y Paula, quienes no habían nacido cuando comenzó a elaborarse, pero me han dado ahora algo de su tiempo para poder terminarlo.

I. EL ENTORNO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO

a) El contexto geográfico

Pocas veces la relación entre el hombre y su medio geográfico se hace tan evidente como en Afganistán. La historia de los pueblos que habitan dicha región está marcada e incluso muchas veces determinada por condicionamientos de tipo geográfico. Desde los tiempos de Alejandro Magno de Macedonia, la posición estratégica del territorio afgano ha sido un elemento constante en su desarrollo histórico. Los desiertos, llanuras y grandes montañas de Afganistán han colaborado en la formación de un habitante duro, resistente y acostumbrado a luchar contra la adversidad. Todas estas consideraciones adquieren relevancia en el momento actual, tanto para entender las posibles razones geopolíticas del problema afgano, como para comprender la estrategia y posibilidades de la guerrilla musulmana, sea ésta gobierno u oposición.

Afganistán es un país sin litorales, prácticamente encerrado entre grandes potencias. Al norte tiene

una extensa frontera con las repúblicas de Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán generalmente conocidas como el Turkestán; en el noreste, en una zona con montañas que alcanzan los 7 000 metros de altura, Afganistán tiene una pequeñísima frontera con la República Popular China; Pakistán se sitúa en la región oriental y el sur, compartiendo una gran extensión fronteriza; por último, Irán limita con Afganistán en toda la frontera occidental.

Si se quisiera simplificar la visión geográfica de Afganistán, se podría decir que está dividido en tres grandes regiones: las montañas centrales, las llanuras del norte y noroeste y el desierto del sur.

El país está prácticamente dividido por el llamado Hindu Kush, que no es sino la extensión occidental de las montañas Himalayas, extendiéndose desde las fronteras con China hasta unos 150 kilómetros antes del límite de Irán. Esta cadena montañosa tiene altitudes promedio en el Hindu Kush central de 4 000 metros, pero a medida que avanza al oriente, al llamado Nudo Pamir, las altitudes aumentan con promedios de 6 000 metros. El pico más alto es el Naochak con 7 470 metros.[1]

El área situada al norte de estas montañas ha sido siempre parte —geográfica e históricamente— del Asia Central. Hasta fines del siglo pasado sus habitantes tenían mayor relación con la antiguas hordas

[1] Louis Dupree, *Afghanistan*, Princeton, Princeton University Press, 2ª ed., 1980, p. 1.

de Gengis Jan o con los janatos de Bujara y Jiva. Ahí se encuentran las praderas del Turkestán con altitudes entre 270 y 370 metros. Entre estos valles y el Hindu Kush existe una zona montañosa intermedia con suelos delgados y rocosos.

Al este de las pradera se encuentra la zona de Badajshan, cubierta por una serie de lagos y montañas de considerable altitud que la hacen relativamente inhóspita.

La región del Nudo Pamir y el Corredor Wajan situada en la parte nororiental del país es una muestra palpable de la estrecha relación entre la historia y la geografía afganas. Los emires afganos nunca reclamaron para sí dichos territorios. Sin embargo, en 1895 la Comisión Fronteriza Anglo-Rusa otorgó al entonces emir Abdur Rahman Jan una delgada franja de territorio que se extendía desde la zona de Badajshan hasta el Sinkiang chino. El objetivo anglo-ruso era evitar todo contacto físico entre las potencias, que en ese entonces casi se efectuaba por las posesiones coloniales de ambos imperios. Los británicos tuvieron incluso que ofrecer una apreciable cantidad de dinero como pago para costo de mantenimiento, para que el emir aceptara finalmente, aunque con reticencias, el control de esta región inhóspita.[2] Como ya se ha

[2] W. K. Fraser-Tytler, *Afghanistan; A Study of Political Developments in Central and Southern Asia*, Londres, Oxford University Press, 1958, c1950, p. 169.

mencionado, ésta es la zona con mayor altitud de Afganistán, y ha retomado importancia en la actualidad por su frontera con la República Popular China.

Otra región que hoy día ha adquirido importancia inusitada por la constante actividad de la guerrilla musulmana es el Nuristán, situado al sur de Badajshan y relativamente cerca de la capital, Kabul. El Nuristán es la zona más boscosa de Afganistán, pero además tiene la particularidad de que permanece prácticamente aislada en invierno, cuando la nieve bloquea los pocos pasajes existentes.

Al este de las montañas centrales se encuentran los valles de Kabul, Panjsher, Ghorband y Jalalabad, ya muy cerca de la frontera con Pakistán. Algunas zonas de esta región son clasificadas como monzónicas por la influencia climática que reciben del océano Índico.

A medida que nos desplazamos hacia el sur la altitud decrece y el paisaje se torna semidesértico hasta convertirse en un desierto en el sureste del país, cerca del hábitat de los baluches en Irán y Pakistán.

El oeste de Afganistán está dominado por dos grandes regiones, además del desierto: las tierras bajas de Herat-Farah y el valle de Hilmand. Las primeras son prácticamente una extensión del Jurasán iraní y se caracterizan por colinas y valles que permiten el cultivo cuando el agua no escasea. El valle Hilmand se encuentra en una gran cuenca llamada Sistán, ocupada por algunos lagos y oasis en medio de un de-

sierto rocoso. El río Hilmand fue objeto de un costoso proyecto hidráulico a principios de la década de los cincuenta y desde entonces grandes áreas son cultivables.

Esto nos remite al problema del agua, elemento vital dentro de las economías asiáticas. A diferencia de algunos de sus vecinos, el problema de Afganistán no es la escasez de agua, sino la distribución y el control para su mejor aprovechamiento. Las montañas centrales abastecen del líquido a prácticamente todas las regiones del país, pero la casi inexistencia de sistemas de irrigación en gran escala provoca el desperdicio de este recurso.

Existen cuatro sistemas fluviales: el Amu Darya (Oxus) que domina el norte; el Hari-Rud que abastece al noroeste; el Hilmand-Arghandab que alimenta todo el sur, y el Kabul que está orientado hacia la zona del mismo nombre en el este. El río Kabul es el único que tiene salida al mar pues se une al Indo en Pakistán.[3] El Amu Darya, llamado también Oxus, durante parte de su recorrido es frontera con Uzbekistán y Turkmenistán en el mar Aral. El Hari-Rud constituye la frontera afgana-iraní a lo largo de más de 160 kilómetros. El sistema fluvial del Hilmand y la distribución de sus aguas es una de las causas de fricción entre Afganistán e Irán. Los proyectos de irrigación más ambiciosos están localizados en el sur

[3] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 33.

y sureste del país. El norte, en cambio, se caracterizó por el incremento de la ganadería, sobre todo del *karakul* o borrego afgano, uno de los principales productos de exportación.

b) Los habitantes

De los 16.5 millones de habitantes que tiene Afganistán, la etnia de los pashtunes forma la mayoría con 40% del total, aproximadamente 6.5 millones. Cabe aclarar que se calcula que un número similar habita en Pakistán.[4] Alrededor de 90% de la población del país vive en el campo. Los pashtunes se dividen territorialmente en tres grupos principales: 1) los que viven en la zona montañosa de la frontera entre Pakistán y Afganistán, que son trashumantes y por lo mismo no reconocen la imposición de las fronteras artificiales: se trata de las tribus afridi khatak, orakzai, gangash, wazir, mashud y turri; 2) los que viven en las mesetas y planicies de Afganistán dedicados principalmente a la agricultura; las tribus principales son la durrani o abdali y la ghilzai; 3) los que habitan

[4] *Ibid.*, p. 49. Estas cifras, correspondientes a 1980, han sufrido ciertamente modificaciones. Sin embargo, el estado de guerra ha impedido un censo más preciso, tanto de los que están en territorio afgano como de los que están en Pakistán.

en las planicies de Peshawar (principalmente de la tribu yusufai) en territorio de Pakistán.[5]

La mención de las diversas tribus tiene su razón de ser, ya que muchas veces las luchas intertribales han dado origen a conflictos que luego adquieren otro carácter. Por ejemplo, en ese sentido vale la pena mencionar que Babrak Karmal (quien fuera secretario general del Partido Democrático Popular de Afganistán y presidente del Consejo Revolucionario) pertenecía a la tribu durrani, mientras que Hafizullah Amín y Mohammed Taraki (que ocuparon esos puestos entre abril de 1978 y diciembre de 1979) eran de origen ghilzai. Por otro lado, la distinción entre pashtunes de las planicies y de las montañas también es importante, ya que estos últimos jamás se han sometido al poder central, ya sea afgano o pakistaní, y han garantizado la permeabilidad de la frontera, lo que actualmente (como antes) hace más fácil el tránsito de refugiados y de rebeldes.[6]

Aparte de su predominio numérico, los pashtunes lograron durante mucho tiempo establecer su supremacía política sobre las otras etnias que habitan el país. Este fenómeno tiene sus orígenes en la conquis-

[5] Saleem M. M. Qureshi, "Pakhtunistan: The Frontier Dispute between Afghanistan and Pakistan", *Pacific Affairs*, primavera-verano de 1966, p. 100.

[6] Jean-Charles Blanc, "Des peuples afghans au peuple afghan", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980, p. 25.

ta de las regiones que hoy día constituyen el actual territorio de Afganistán, que realizó y consolidó Ahmad Sha Durrani a lo largo de su reinado (1747-1773). Este líder tribal logró unificar a la mayoría de las tribus pashtunes y las dirigió hacia la conquista de la zona este del imperio persa (Jurasán) y en el oeste a la dominación del decadente imperio mogol. De las conquistas de esta época proceden las reclamaciones que actualmente realiza el gobierno afgano sobre territorio pakistaní, ya que muchos autores reconocen en el imperio de Ahmad Sha Durrani el antecedente directo de la formación del país que hoy llamamos Afganistán. Estas conquistas paradójicamente contribuyeron a la consolidación del colonialismo británico en India, cuando la casi destrucción del imperio mogol y el debilitamiento del imperio Maharata facilitaron la entrada y afianzamiento en el subcontinente de los enclaves ingleses establecidos por la compañía de las Indias Orientales fundada en 1699, y que adquirió dimensiones coloniales hacia 1756.

Desde esa época, la supremacía pashtún ha sido tal, que incluso observadores europeos se referían a los pashtunes como "verdaderos afganos", reforzando así la dominación de este pueblo sobre los otros.[7] Como algunos autores acertadamente señalan, esta supremacía ha sido la causa de más de una rebelión,

[7] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.*, p. 48.

lo que también significa que el proceso de penetración y dominación ideológica mediante la imposición de patrones culturales ha sido implementado en forma difícil y poco eficaz en la sociedad afgana. Así por ejemplo, Leon B. Poullada afirma:

> Desde que Ahmad Sha Durrani se posesionó del reino afgano, los no pashtunes han resentido la dominación pashtún. Ellos han resentido la hegemonía pashtún... Revueltas armadas e insurrecciones entre los hazaras, uzbekos e incluso los tayikos han tenido lugar. Para muchas tribus no pashtunas, el mero término denotando ciudadanía nacional "afgana" ha sido sinónimo de "pashtún". Este sentido de alienación tribal ha golpeado a las mismas raíces de todos los esfuerzos para construir un Estado-nación unido.[8]

El proyecto "nacional", como después se verá, ha sido perseguido por la élite pashtuna a lo largo del siglo XX.

El segundo grupo étnico más numeroso del país es el tayik, con 3.5 millones de habitantes. Su lengua es el dari o persa antiguo. Aunque muchos viven en la zona noreste de Afganistán, en realidad no conocen la organización tribal, ya que casi siempre han habitado en las ciudades constituyendo de hecho el com-

[8] Leon B. Poullada, *Reform and Rebelion in Afghanistan, 1919-1929; King Amanullah's Failure to Modernize a Tribal Society*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1973, pp. 27-28.

ponente principal de la población urbana del país, por lo menos hasta fines del siglo pasado.[9]

Otro grupo étnico importante es el de los uzbekos, que habitan en el norte del país y que junto con los turkomanos (también de características mongólicas) suman alrededor de 1.5 millones de habitantes.[10] Sus actividades principales son la agricultura y la ganadería, principalmente de borrego afgano.

Existe además otro importante grupo étnico con rasgos mongólicos, pero que además posee características especiales que lo hacen particularmente interesante: los hazaras. Éstos forman el único grupo considerable (un millón) de afganos que profesan el shiísmo. Además de esto, hay que mencionar que los hazaras fueron sometidos sólo hasta fines del siglo XIX por el emir Abdur Rahman (1880-1901). Investigaciones realizadas en la década de los años sesenta hacían referencia a un debilitamiento de la estructura tribal de este pueblo.[11] Sin embargo, los recientes acontecimientos bien podrían reforzar el sentimiento de pertenencia a una comunidad distinta.

Algunas otras etnias importantes son los baluchis, los brahuis y los nuristanís. Cada uno de estos grupos suman unos 100 000 habitantes. Los baluchis

[9] Jean-Charles Blanc, *op. cit.*, p. 26.

[10] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 61.

[11] A. D. Davydov, "The Rural Community of the Hazaras of Central Afghanistan", *Central Asian Review*, vol. XIV, núm. 1, 1966, p. 34.

son importantes no tanto por su número en Afganistán, sino por la importancia estratégica de su lucha por lograr la unificación de su territorio, dividido entre Irán, Afganistán y Pakistán, así como porque éste representa la salida al mar, tan ansiada por los afganos. Hay que recordar al respecto, que ya una vez existió (aunque efímeramente) el Estado de Baluchistán entre 1947 y 1948, hasta que fue suprimido violentamente por el recién formado Pakistán.[12] Por su parte, el gobierno afgano siempre ha apoyado la causa de Baluchistán, haciendo constante mención a la gran similitud entre baluchis y pashtunes. Evidentemente, el apoyo afgano a los baluchis tiene tras de sí un proyecto de reconquista de las minorías afganas en Pakistán, así como de encontrar una posible salida al mar.

c) La historia política

Afganistán es una tierra que siempre ha estado rodeada de poderosas civilizaciones. Quizá por eso comúnmente se le asocia a la encrucijada que suelen atravesar los grandes guerreros en distintas direcciones. Sólo en contadas ocasiones se vieron florecer imperios en esa región.

[12] Nader Enferssar, "Baluchi Nationalism", *Asian Affairs*, vol. VII, núm. 2, noviembre-diciembre de 1979, p. 96.

Alejandro Magno de Macedonia fue el primero que encabezó una invasión de occidente a Afganistán en el 327 a.C. Su objetivo no era precisamente el territorio afgano, sino los reinos de India. Después de su muerte, el área que hoy ocupa Afganistán comenzó a ser disputada por los seleucidas (imperio que ocupaba casi todo Irán y que tomó el nombre de Seleuco, uno de los principales generales de Alejandro), los bactrianos del Asia Central y los indios del Punyab.

El reino bactriano y los que le siguieron presenciaron en los primeros siglos de nuestra era la entrada del budismo, del cual todavía hasta hace poco se podían ver vestigios en los gigantescos budas de Bumiyan, a 330 kilómetros al noroeste de Kabul y que los talibán destruyeron. El griego desapareció paulatinamente como lengua oficial y fue desplazado por lenguas iraníes. Desde el siglo IV al X d.C. surgieron pequeños reinos que reconocían la autoridad de mayores imperios, por ejemplo del sasánida en los siglos V y VI o del chino en los siglos VII y VIII. En términos generales, el control de estos imperios sobre los reinos afganos se limitaba al cobro de tributos, permaneciendo relativamente independientes.[13]

Aunque los árabes incursionaban con frecuencia en tierras afganas desde el comienzo de la era islámica (siglo VII), no fue sino hasta fines del siglo IX que

[13] Donald N. Wilber, *Afghanistan; Its People; Its Society; Its Culture*, New Heven, Hraf Press, 1962, pp. 12-23.

los musulmanes penetraron definitivamente en la zona. Algunas décadas después, un comandante turco llamado Alptegin invadió la ciudad de Ghazni y fundó una dinastía (llamada Ghaznavida), reconocida por el califa de Bagdad. Este imperio, que se extendió a algunas regiones de Sind y Punyab, además del actual territorio afgano, se convirtió en una gran civilización autóctona que favoreció la propagación del Islam sunnita en toda la región, especialmente en India.

El Islam sufrió un gran cisma poco después de sus inicios. En el año 656, Alí, primo y yerno del profeta Mujamad (por haberse casado con su hija Fátima), fue designado califa. Sectores opositores dentro de los círculos dirigentes árabes terminaron rebelándose y exterminaron a Alí y a sus sucesores Hasan y Husein. De ahí surgió la división shiíta que renegando de la tradición (sunna) convirtió a Alí y a sus descendientes en mártires, fundando una doctrina separada.

Los primeros conquistadores musulmanes de Afganistán pertenecían al sunnismo, por lo que actualmente la mayoría de los habitantes afganos profesan dicha creencia. Sólo los hazaras que viven en la región central son de creencia shiíta.

El imperio Ghaznavida desapareció ante las invasiones de las hordas mongolas de Gengis Jan que se extendieron también sobre los actuales Irán e Irak, en los primeros años del siglo XIII.

El conquistador turco Timur-i Leng (Tamerlán) puso fin a la dinastía mongola a finales del siglo XIV,

y sus sucesores mantuvieron con ciertas dificultades el control sobre el territorio afgano, aunque el último de ellos, Mujamad-Babur, invadió India en 1526 y fundó la dinastía Mogol.

Casi al mismo tiempo Shah Ismail estableció en Irán la dinastía Safavi. Durante los siguientes 200 años las tierras afganas fueron disputadas por estos dos grandes imperios. En términos generales, Kabul y el Afganistán oriental permanecieron bajo soberanía mogol y Herat y el Afganistán occidental estuvieron bajo control safavi, mientras que Qandahar cambió varias veces de manos. Sin embargo, ninguno de estos imperios logró controlar a las poderosas tribus de la zona.[14]

Durante este periodo las tribus pashtunas crecieron en número y fuerza extendiéndose paulatinamente desde el área de Peshawar, Jalalabad y Kabul a las ciudades de Qandahar y Herat que tenían población mayoritariamente persa. Las dos principales tribus eran la abdali y la ghilzai. De hecho, estas tribus habían permanecido en las montañas de la actual frontera entre Pakistán y Afganistán, y aunque estaban nominalmente bajo la autoridad mogol, siempre conservaron la autonomía que les proporcionaba su control sobre los pasos montañosos.

[14] G. E. Von Grunebaun *et al.*, *El Islam, II: desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*, México, Siglo XXI, Historia Universal Siglo XXI, núm. 15, 1975, p. 191.

El ascenso al poder de Ahmad Jan, quien cambió su nombre por el de Ahmad Shah Durrani, marca el inicio de la construcción del primer imperio que podemos llamar propiamente afgano. Ahmad Shah pertenecía a la tribu abdali, desde entonces llamada durrani, y en 1747 fue elegido por la asamblea de notables o *yirgah*. Este guerrero logró construir un imperio que abarcó prácticamente todo el actual territorio afgano y algunas regiones de India. De hecho es el antecedente directo de lo que hoy llamamos Afganistán.

Durrani realizó ocho incursiones al decadente imperio mogol, impuso su soberanía sobre los reinos del área y derrotó a los maharatas, que provenían del sur de India y que también buscaban controlar al imperio mogol para tener dominio total sobre el subcontinente. Al vencer a los maharatas, Ahmad Shah Durrani no sospechaba que estaba debilitando al único imperio indio capaz de hacer frente a los europeos.

Los británicos establecieron sus primeros enclaves en India a principios del siglo XVIII y hacia 1756 ya se habían consolidado suficientemente como para avanzar en sus designios coloniales. La dispersión en pequeños reinos y el debilitamiento de los más fuertes, como los mogoles y los maharatas, facilitaron la intromisión inglesa en la zona.

Ahmad Shah Durrani murió en 1772 y, durante el reinado de su segundo hijo, Timur Shah (1772-1793), el imperio afgano comenzó a desintegrarse

bajo la presión de los sijs en el Punyab, los uzbekos en Bujara y los mismos pashtunes en Afganistán.

A la muerte de Timur Shah le sucedió una serie de gobiernos inestables que sólo presenciaron el desmembramiento final del imperio. Zaman Shah (1793-1800), Shah Mahmud (1800-1803), Shuja Mirza (1803-1809) y nuevamente Shah Mahmud (1809-1818) pelearon entre sí por el control de las principales ciudades.[15]

Para 1819 los sijs, encabezados por el famoso guerrero Ranjit Singh, a quien Aman Shah había nombrado gobernador del Punyab, controlaban toda esta zona, además de Peshawar y Cachemira.

Los ingleses, mientras tanto, afianzaban su control en India y se preparaban para intervenir en la región que sijs y afganos se disputaban. Fue entonces cuando surgió un miembro del clan Mujamadzai de la tribu abdali o durrani. Dost Mujamad se convertiría en el constructor de la nación afgana en el siglo XIX al reunificar a las tribus y conducirlas contra los agresores británicos o persas. Dost Mujamad retomó el control de Kabul, Ghazni y Qandahar, pero no pudo recuperar Herat, que continuó independiente hasta 1863, ni Peshawar, que permaneció en poder sij hasta la ocupación británica en 1849. De cualquier manera, hacia 1836 Dost Mujamad se había afianza-

[15] Una descripción más amplia de los hechos aparece en Louis Dupree, *op. cit.*, pp. 365-368.

do lo suficiente en Kabul como para proclamarse emir afgano, renegando del título más persianizado de pachá.

El nuevo líder pidió la intermediación inglesa para solucionar el problema de Peshawar (habitada mayoritariamente por tribus pashtunas), cuyo control se disputaban sijs y afganos. Como se verá posteriormente con más detalle, el sitio de Herat por tropas persas, la negativa británica a negociar con los afganos y la entrada en la escena de enviados rusos llevó a la primera invasión británica de Afganistán, el año de 1838. Los ingleses consideraban vital el control de estos territorios para la salvaguarda de sus posesiones indias. Sin embargo, poco después aprenderían que era más fácil entrar a Afganistán que salir de ahí. Después de intentar infructuosamente imponer a un emir títere y de pretender controlar el país, los ingleses tuvieron que abandonar el país con graves pérdidas humanas y económicas y decidieron la reinstalación de Dost Mujamad como la mejor alternativa en 1842.

De 1843 a 1863 Dost Mujamad mejoró sus relaciones con los británicos y esto le permitió dedicarse a la reunificación de su emirato. Reconquistó Mazar-i-Sharif, Julm, Kanduz, Qataghan, Badajshan y Qandahar, pero cuando el reino sij se resquebrajó ante la ofensiva británica en 1845-1849, el emir se vio imposibilitado para recuperar Peshawar, que desde entonces quedó bajo soberanía inglesa, constituyendo

el legado colonial de las actuales diferencias pakistaní-afganas.

Un mes antes de morir (en junio de 1863) Dost Mujamad reconquistó Herat, logrando su sueño de establecer un Afganistán unificado. Sin embargo, sus sucesores comenzaron una desastrosa lucha por el poder que duró seis años hasta el triunfo del designado por Dost Mujamad, Sher Alí, en 1870.

Mientras esto ocurría, los rusos, que desde siglos atrás habían iniciado su expansión, lanzaron una ofensiva hacia el sur y, después de apoderarse de las estepas de Kazajstán, se aproximaron cada vez más a los janatos de Asia Central y a las posesiones de los emires afganos. Esto preocupaba por igual a británicos y afganos pues se temía que las motivaciones expansionistas rusas tuvieran como objetivo último el subcontinente indio. De esta manera, la rivalidad global anglo-rusa fue una vez más la causa de una nueva invasión inglesa, pues el enfriamiento de relaciones anglo-afganas y el acercamiento ruso-afgano llevó a una repetición de los hechos de 1838-1842 en 1879-1880. Al final, los británicos tuvieron que retirarse y quedó como vencedor un sobrino de Sher Alí, Abdur Rahman Jan, quien durante 12 años había vivido en Samarkanda y Tashkent, en Asia Central.

El emirato de Abdur Rahman Jan es considerado por la mayoría de los especialistas como el inicio de la era moderna afgana. En un periodo de relativa calma en el exterior, el emir concentró sus esfuerzos en

el afianzamiento de su control interno por medio de la fuerza y mediante nuevas instituciones que otorgaron mayor legitimidad y consenso al emirato.

Aunque ya su antecesor Sher Alí había fundado un Consejo de Mayores para aconsejarlo en asuntos de Estado, no fue sino hasta el emirato de Abdur Rahman que se abandonó el antiguo concepto de la asamblea tribal (yirgah) y se sustituyó por el Loya yirgah (asamblea general). Ésta incluía a la representación de tres grupos: algunos miembros de la familia real, los más importantes janes tribales y los líderes religiosos.[16]

Como se podrá suponer, esta institución carecía de poder sobre el emir, pero podía influir o servir de termómetro para conocer el estado de agitación de las tribus.

El ejército se convirtió entonces en el pilar básico del emirato, pues el control sobre las tribus fue siempre difícil y requirió de un manejo verdaderamente delicado. Gran parte del éxito de Abdur Rahman se debió a que contaba con el apoyo británico, que le era otorgado en armas y municiones, a cambio del control de la política exterior afgana. Posteriormente, este hecho sería la causa principal de la tercera guerra anglo-afgana.

Abdur Rahman fue sucedido al morir por su hijo mayor Habibullah, quien nuevamente tuvo que suje-

[16] *Ibid*, p. 421.

tar su destino a los sucesos que durante su emirato (1901-1919) convulsionaron al mundo y que tuvieron gran efecto en Afganistán.

Los nacionalistas afganos comenzaron a cuestionar desde principios de siglo el control británico de la política exterior afgana. En 1914, al estallar la Primera Guerra Mundial, los ingleses quedaron en una posición debilitada, sobre todo en sus posesiones coloniales. Habibullah declaró la neutralidad de Afganistán a pesar de recibir tentadoras ofertas de los alemanes y a pesar de que Turquía (la cabeza nominal del califato) era aliada de Alemania.[17] Al terminar la guerra, los afganos esperaban verse recompensados con el retorno a la conducción de su política exterior, pero los británicos no respondieron a sus expectativas. Habibullah fue asesinado en 1919 en circunstancias extrañas. Pocos dudan que su muerte no tuviera relación con los hechos mencionados.

Después de una breve lucha por el poder, Amanullah, hijo del emir asesinado, tomó el poder. En 1919, una de las primeras acciones del nuevo emir fue declarar la guerra a los británicos y avanzar sobre territorio indio. En ese año los ingleses enfrentaban una serie de disturbios en sus colonias así que deci-

[17] Se puede encontrar un interesante relato de los sucesos concernientes a la política exterior afgana durante estos años en Ludwig W. Adamec, *Afghanistan, 1900-1923: A Diplomatic History,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1967.

dieron evitar más problemas con los afganos. Poco después se firmaría un tratado de paz mediante el cual se reconocía de hecho el control afgano de su política exterior. En realidad fue una aprobación *de jure* a un hecho consumado, pues desde el arribo al poder de Amanullah se habían establecido contactos con la Rusia soviética y otros gobiernos europeos y musulmanes. El reinado de Amanullah (1919-1929) se caracterizaría por intentar una serie de reformas modernizadoras. El periodo guarda gran similitud con el que inauguró la revolución de 1978, pues en ambos las reformas promovidas encontraron una fuerte resistencia popular.[18] En esa ocasión Amanullah contaba con el todavía débil apoyo del naciente Estado soviético. A pesar de eso, los bolcheviques no pudieron evitar que los afganos rechazaran las reformas modernizadoras y derrocaran a Amanullah.

A la caída del emir siguió un periodo de inestabilidad en el cual un líder popular de origen tayik llamado Bacha Saqqao, rodeado de cierta aura religiosa y encabezando un ejército tribal, se apoderó del gobierno por nueve meses. La situación era muy difícil de sostener pues ninguno de los gobiernos europeos acogió con beneplácito a Bacha Saqqao. Incluso dentro del mismo Afganistán los pashtunes no tolerarían que un individuo de otra etnia ocupara el emirato.

[18] Quizás el más amplio estudio sobre el periodo y las reformas de Amanullah es el libro citado de Leon B. Poullada.

En octubre de 1929 el general Mujamad Nadir Jan, primo de Amanullah, ex comandante del ejército afgano y autodesterrado desde 1924 por divergencias políticas con el emir, encabezó una rebelión que acabó rápidamente con Bacha Saqqao. Nadir Jan, quien sería llamado Nadir Shah desde su ascenso al poder, abolió las reformas de Amanullah aunque calladamente conservó algunas que le favorecían y sentó las bases para la época posterior. Nadir Shah fue asesinado en 1933 por un estudiante, aparentemente por razones personales. Le sucedió de manera pacífica en el trono su hijo, de 19 años de edad, Zahir Shah. Sus tres tíos, hermanos de Nadir Shah, fungieron como tutores y primeros ministros hasta que el nuevo rey (el título de emir se abandonó en 1929) tomó en sus manos las riendas del poder.[19]

Uno de los tíos, Mujamad Hashim, era primer ministro en el crítico periodo de 1933 a 1946. Durante estos años la actividad tribal en la frontera con India no cesó, e incluso se incrementó en la medida en que el control colonial británico se debilitaba. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Afganistán declaró su neutralidad a pesar de que sus relaciones con Alemania se habían estrechado considerablemente.

En la posguerra, Estados Unidos comenzó a suplir el papel que los británicos habían desempeñado en la zona. Entre 1946 y 1953 Afganistán recibió cré-

[19] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 477.

ditos y asistencia técnica de los estadunidenses para llevar a cabo algunos proyectos de irrigación en el sur del país. En 1946 murió Mujamad Hashim y fue remplazado por Shah Mahmud, otro tío del rey. Durante el gobierno de este primer ministro (1946-1953) se intentó una reforma del sistema político, que terminó siendo un experimento fallido de democracia parlamentaria al estilo occidental.

La Constitución elaborada en 1931 por Nadir Shah disponía la creación de una Asamblea Nacional que, en el periodo posbélico, se conformó en gran parte por reformistas liberales. Distintas leyes emitidas por la Asamblea favorecieron el surgimiento de una prensa crítica y de distintas organizaciones políticas provenientes de la élite afgana. El gobierno se atemorizó ante esta oleada de liberalismo y en 1952 acabó con las aspiraciones de los liberales al cerrar los principales periódicos opositores y encarcelar a sus más prominentes líderes.

En el plano externo, el retiro británico de India y la partición de ésta en 1947, que originó la creación de Pakistán, fueron los dos principales acontecimientos que marcarían el futuro de Afganistán. Entonces surgieron los primeros reclamos afganos por el control de la tribus pashtunas en lado pakistaní. El legado colonial provocó que las relaciones pakistaní-afganas hayan estado envenenadas desde antes de que naciera el Estado de Pakistán.

En 1953 el rey Zahir Shah nombró primer ministro a su primo y cuñado Mujamad Daud Jan. Durante los 10 años que duró su gobierno los acontecimientos más importantes fueron, sin lugar a dudas, el acercamiento con el régimen soviético y el deterioro de las relaciones con Pakistán debido a la cuestión pashtuna; esta última sería la causa del retiro de Daud como primer ministro en 1963.

En el ámbito interno, el acercamiento con los soviéticos tendría grandes repercusiones. Por una parte una gran cantidad de jóvenes militares partirían a la URSS para recibir entrenamiento militar, lo que posteriormente transformaría el panorama político nacional. Por la otra, el fortalecimiento del ejército afgano permitiría a la monarquía, quizá por primera vez, debilitar el poder autónomo de las tribus y mantener cierto control sobre ellas.

La renuncia de Daud fue el primer paso que el rey Zahir Shah dio hacia una serie de reformas que buscarían la reorganización política nacional y la reorientación de la política exterior dirigida a un equilibrio con las potencias. Durante el gobierno del doctor Mujamad Yusuf se lanzó el proyecto de una nueva constitución más moderna; ésta se promulgó el 1 de octubre de 1964 después de haber sido discutida por los principales líderes y dirigentes afganos.

La Constitución preveía una monarquía parlamentaria bicameral con la división de poderes en ejecutivo, legislativo y judicial. El territorio se dividió

en provincias, aún más pequeñas que las anteriores, lo que debilitó más el poder tribal. Las provincias eran gobernadas por un funcionario (*wali*) designado y se dividían en distritos y subdistritos. En la práctica, las comunidades más pequeñas no están totalmente integradas a este sistema de poder y por lo general están dirigidas por un jefe (*malik*) elegido por los habitantes del lugar.[20]

La Constitución de 1964 dio origen a manifestaciones políticas más amplias, por medio de la prensa o de nuevas organizaciones de distintas tendencias, incluyendo a las marxistas, que obtuvieron cuatro asientos en el parlamento en 1965.

Sin embargo, cuatro años después el panorama político volvió a ensombrecerse. La izquierda afgana no pudo conservar sus puestos en el parlamento y éste fue dominado por la incipiente burguesía local, ex burócratas o por elementos abiertamente conservadores.[21] Lo anterior propició el aumento de la actividad clandestina de los izquierdistas, especialmente del Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA),

[20] Harvey H. Smith *et al.*, *Area Handbook for Afghanistan*, Washinton, U. S. Government Printing Office, 4ª ed., 1973, contiene amplia información acerca de la estructura político-administrativa de Afganistán.

[21] Hasan Kakar, "The Fall of the Afghan Monarchy in 1973", *International Journal of Middle Eastern Studies*, vol. IX, núm. 2, mayo de 1978.

cuyas dos fracciones, el Jalk y el Parcham, reorientaron su trabajo hacia el ejército afgano.

Una grave sequía que se prolongó por más de dos años fue el antecedente directo del golpe de Estado que efectuó el ex primer ministro Mujamad Daud contra su primo el rey Zahir Shah, el 17 de julio de 1973.

Empero, la instauración de la República de Afganistán no mejoró la situación económica del país. La crisis mundial de la década de los setenta no favoreció al régimen del presidente Daud. En 1975 Afganistán pertenecía, según el Banco Mundial, al grupo de 20 países más pobres del planeta, con indicadores de subdesarrollo, como el de la mortalidad infantil, verdaderamente alarmantes (50% de los niños moría antes de llegar a los cinco años). En 1977 el Estado afgano se encontraba en total bancarrota. 73% de la deuda externa pública tenía como destino la Unión Soviética.[22] La industrialización era casi inexistente. Menos de 200 fábricas, básicamente ligeras, empleaban alrededor de 40 000 obreros, cifra que incluye los campos de producción de gas natural que se exportaba a la URSS. Paralelamente, en ese año casi 15 000 estudiantes egresaban de las escuelas preparatorias, y de ellos, alrededor de 80% ingresaría a las filas del desempleo. En suma, en vísperas de la

[22] Pierre Gentelle, "Du non-développement au sous-développement", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980, pp. 283-287.

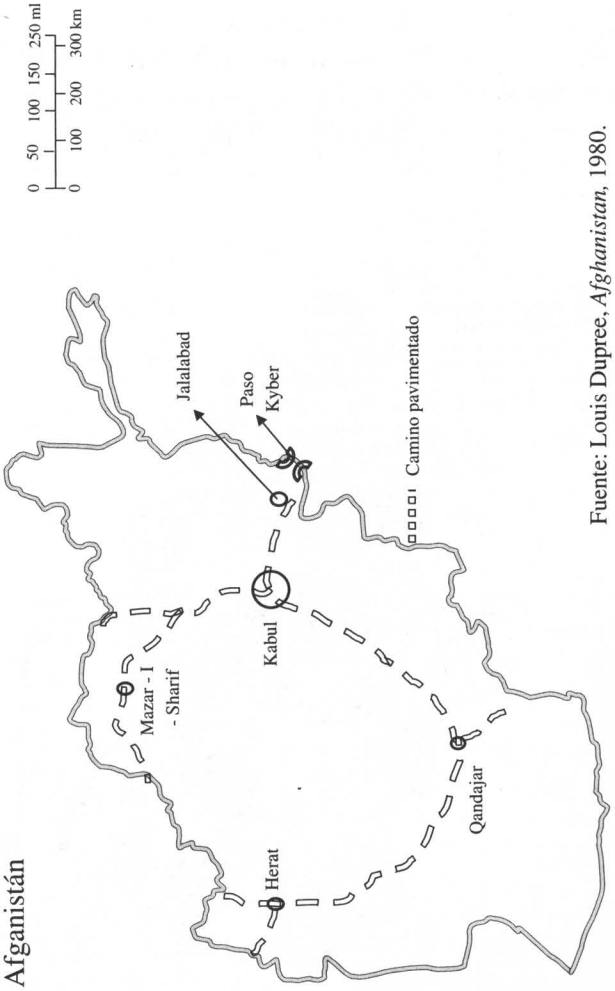
caída de Daud, la economía afgana, basada en 90% en la agricultura y la ganadería, se encontraba al borde del colapso.[23] Por otra parte, la política exterior de Daud, al contrario de su periodo como primer ministro, no se orientó hacia los soviéticos, sino más bien se encaminó hacia Estados Unidos y algunos regímenes islámicos con creciente poder económico, como Arabia Saudita.

Fue en estas circunstancias que el 27 de abril de 1978 los marxistas afganos tomaron el poder. Situaciones inesperadas obligaron a los miembros del PDPA a asestar un golpe de Estado, a pesar de no encontrarse preparados para llevar a cabo su programa nacional. La intervención de las potencias en el conflicto también se hizo evidente desde un principio: por una parte, Estados Unidos y China utilizaron a algunos regímenes islámicos conservadores, especialmente a Pakistán, como plataforma para sus operaciones en apoyo de la guerrilla musulmana; por otra, la URSS se solidarizó con los marxistas afganos y fue aumentando de manera paulatina su participación en el proceso de reformas hasta verse totalmente involucrada.

Los sucesos ocurridos desde abril de 1978 hasta el inicio del siglo XXI, pasando por la invasión soviética de 1979-1989, requieren de una explicación que no puede basarse únicamente en una simple descrip-

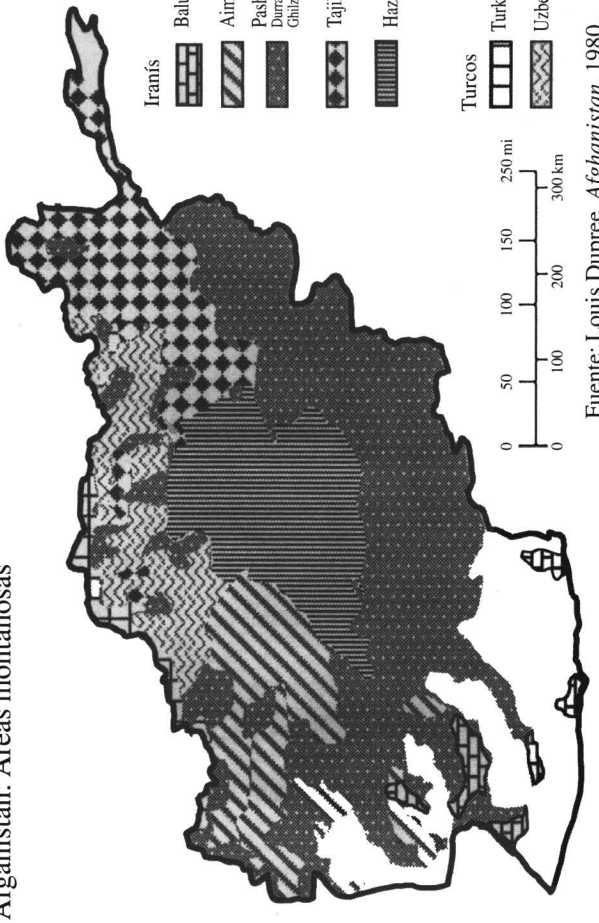
[23] MERIP, "Afghanistan", MERIP Reports, Middle East Research and Information Project, núm. 89, julio-agosto de 1980, p. 21.

ción de los hechos. Es importante por esto retroceder y considerar no sólo la historia política, la de los emires y los generales, sino también la historia social de un pueblo que intenta construir su propio destino, en medio de los designios de las grandes potencias.



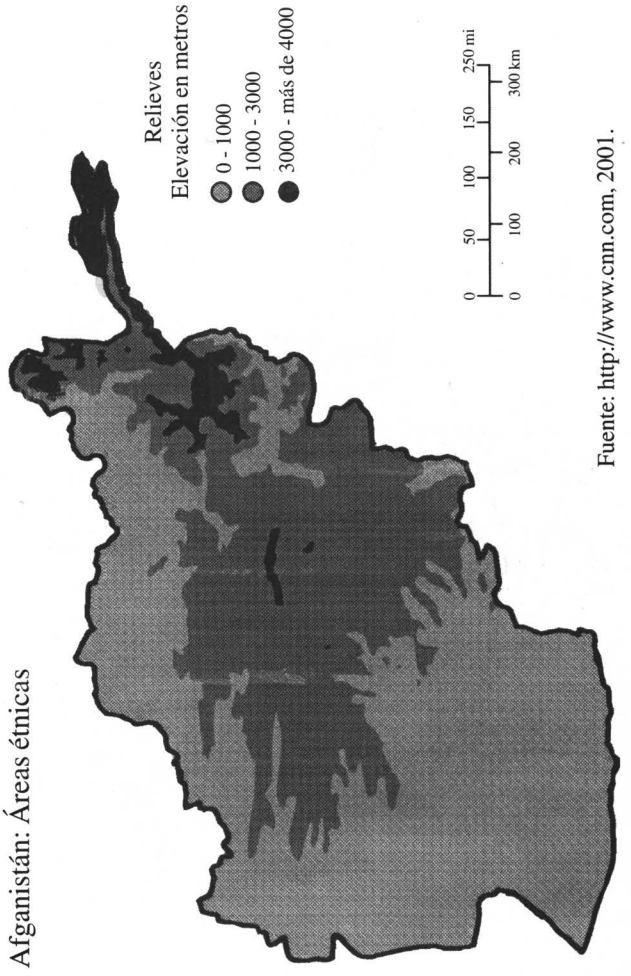
Fuente: Louis Dupree, *Afghanistan*, 1980.

Afganistán: Áreas montañosas

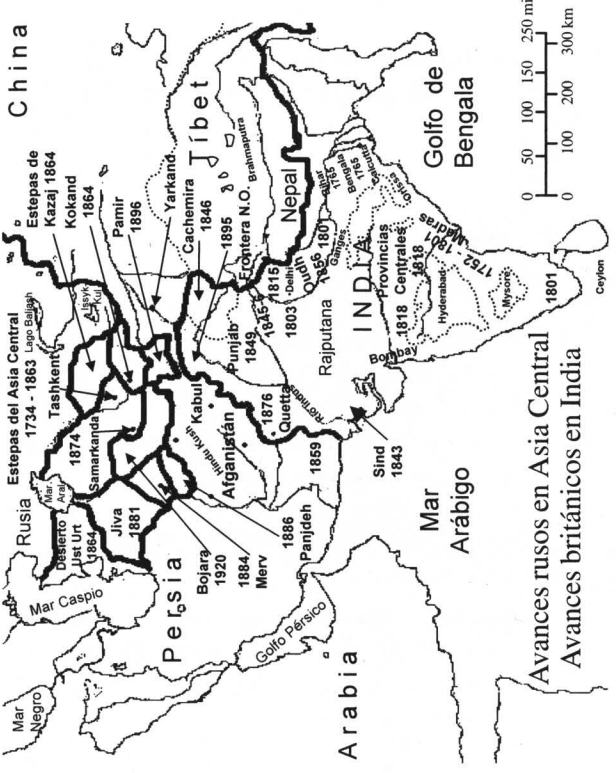


Fuente: Louis Dupree, *Afghanistan*, 1980.

Afganistán: Áreas étnicas



Fuente: http://www.cnn.com, 2001.



Avances rusos en Asia Central
Avances británicos en India

Fuente: Louis Dupree, *Afghanistan*, 1980.

II. IMPACTO OCCIDENTAL Y RESISTENCIA EN EL ÁREA DEL GOLFO PÉRSICO

a) Sociedades agrarias y capacidad de respuesta: el papel del Islam

Si se observa un mapa mundial que contenga las áreas colonizadas por las potencias europeas y Estados Unidos, se podrá apreciar que de hecho sólo unos cuantos países no sufrieron la colonización directa. Japón, Tailandia y China son algunas de estas excepciones, pero también es notoria otra gran zona no colonizada formada por los actuales Turquía, Arabia Saudita, Irán y Afganistán.[1]

El fenómeno comunica rasgos singulares a estos países islámicos, pues el hecho de no haber estado sometido directamente a una administración europea

[1] Véase por ejemplo el mapa elaborado por David K. Fieldhouse en su libro *Economía e imperio. La expansión de Europa (1830-1914),* México, Siglo XXI, Serie Historia económica mundial, 1978, p. 552.

o estadunidense significa que el impacto del mundo occidental adquirió formas distintas a las de otras áreas dominadas. El que estas naciones formen parte del mundo islámico, además de hacer patente la necesidad de enfocar el problema de la resistencia anticolonial en términos no sólo materiales sino también culturales, obliga a ampliar el marco de estudio de las zonas circundantes. Esta expansión del área analizada se efectúa no sólo porque los países vecinos son musulmanes, sino debido a que a pesar de haber sido colonizados, participaron igualmente en la lucha contra la agresión colonial e imperialista.

La unidad geográfico-cultural analizada posee un valor estratégico y material incalculable, más allá del marco de bipolaridad militar entre Estados Unidos y la Unión Soviética que prevaleció en la posguerra. Las riquezas petroleras son sólo uno de los factores que otorgan importancia al área. Existen también razones geoestratégicas que tal vez deban considerarse primordialmente.

En los territorios de Irán, Afganistán y las ex repúblicas soviéticas de Asia Central habitan más de 100 millones de musulmanes. De éstos, la mitad no conoció nunca la colonización directa, y el otro 50% se ha resistido históricamente a ser asimilado a una cultura ajena.

En 1970 la población musulmana de la Unión Soviética representaba 14.5% de la población total

de ese país.[2] Se calcula que en 1979 la cifra alcanzó los 50 millones[3] y que para el año 2000 llegarían a ser entre 105 y 109 millones de musulmanes, lo que hubiera representado entre 30 y 34% de la población total de la URSS. Sin tomar en cuenta otros factores (como que además de su número la población musulmana será más joven que la eslava), este solo hecho muestra la importancia que tiene el Asia Central ex soviética, no tanto para el análisis de la política interna de la URSS en su momento y de la actual Rusia, como para el estudio de la conducción de la política exterior de esta potencia occidental en el sur de Asia.

Actualmente no sólo en Irán o Afganistán se puede hablar de un renacimiento islámico, también en el Asia Central encontramos dicho fenómeno, aunque con algunas características específicas.

Existían en la URSS cuatro directivas espirituales (*muftiats*) para los musulmanes soviéticos. De éstas, la más importante era la de Tashkent, ya que tenía bajo su autoridad las dos únicas universidades musulmanas que había en la URSS. Además, era esta dirección la que tenía mayores contactos con el mundo musulmán en el extranjero.[4] Una cuestión muy im-

[2] Alexandre Benningsen, "Les musulmans en Union Soviétique", *L'Afrique et L'Asie*, núm. 120, primer trimestre de 1979, p. 20.

[3] John Laffin, "Uneasy Courtship - Soviet and Islam", en *The Dagger of Islam*, Londres, Sphere Books Ltd., 1979, p. 149.

[4] Hélène Carrere d'Encausse, *L'Empire eclaté*, París, Flammarion, 1978, p. 235.

portante por resaltar es la relativa a la unidad musulmana. Esto se demuestra por el hecho que la dirección espiritual de Bakd ejerce su tutela por igual sobre sunnitas y shiítas, o como bien señalaba Hélène Carrere d'Encausse,

> ...contrariamente a los cristianos que se definen como católicos, ortodoxos, etc., los musulmanes de la URSS jamás indican si son sunnitas o shiítas, ellos son, afirman, musulmanes. El sentido de la respuesta salta a la vista. El Islam en la URSS no es un agregado de religiones diferentes, es antes que nada una comunidad, la *Umma*.[5]

Numerosas encuestas sociológicas que tratan este tema muestran un común resultado: el renacimiento del Islam en las ex repúblicas soviéticas de Asia Central. Allí, los líderes religiosos musulmanes dirigían sus esfuerzos a la consecución de dos objetivos primordiales: adaptar la práctica del Islam a las necesidades de la vida moderna y convertir el Islam en una fuerza terrena a través de su conjunción con la ideología soviética (es decir, el comunismo).[6]

Después de intentar demostrar la compatibilidad del comunismo con los preceptos islámicos, los líderes religiosos pedían a sus seguidores que participasen más activamente y a todos los niveles en la socie-

[5] *Ibidem.*
[6] *Ibid.*, p. 237.

dad soviética. La diferencia es que no participarían como simples ciudadanos sino como musulmanes. En pocas palabras, se trataba de la absorción islámica de las instituciones soviéticas y no lo contrario.[7] Lo anterior traería consecuencias importantes en la época postsoviética.

Irán por su parte contaba según los censos de 1976 con una población de 33.6 millones.[8] Siendo calculado el crecimiento demográfico en 3.2% anual a principios de los setenta,[9] se puede afirmar conservadoramente que su población actual rebasa los 45 millones de habitantes. En los años treinta, cerca de 80% de la población iraní vivía en el campo. Incluso actualmente la relación sigue siendo favorable al agro. En 1976, 15.7 millones de personas habitaban en las áreas urbanas mientras que 17.9 millones vivían en las áreas rurales.[10] El nomadismo también fue un elemento importante hasta años recientes. Se calcula que en 1900, alrededor de 30% de la población era nómada, aunque su número ha disminuido considerablemente; según el censo de 1976, 6% de la población total era trashumante.[11]

[7] *Ibid.*, p. 245.

[8] Fred Halliday, *Irán, dictadura y desarrollo*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección popular, núm. 302, 1981, p. 16.

[9] *Ibid.*, p. 20.

[10] *Ibid.*, p. 17.

[11] *Ibid.*, p. 18.

El último factor por considerar es la fuerza de la estructura tribal en estas sociedades agrarias. Al respecto no hay que confundir los términos "nomadismo" y "tribalismo", ya que de hecho la mayoría de las sociedades tribales es sedentaria. En este sentido, quizás donde estas formas sociales han permanecido menos afectadas es en Afganistán,

El territorio afgano albergaba en 1980 una población aproximada de 16.5 millones de habitantes de distintas nacionalidades. Según estudios más recientes, se calculaba que el número de habitantes había disminuido en 1990 a alrededor de 12.5 millones.[12] Las repúblicas de Asia Central e Irán son, igualmente, Estados multinacionales. Persas, curdos pashtunes, turkmenos, tayiks, nuristanís, baluchis, etc., viven en una zona dividida por razones coloniales en países que no encajan en la estructura real de la distribución de estas naciones.

Tradicionalmente en las escuelas antropológicas de Europa y Estados Unidos se tendía a considerar la etnicidad como un obstáculo al progreso de los Estados.

> El problema étnico entendido como un obstáculo sirve a los sectores dominantes en una sociedad pluriét-

[12] William Maley y Fazel Haq Saikal, *Political Order in Post-Comunist Afghanistan*, Boulder y Londres, Lynne Rienner Publishers, 1992, p. 44.

> nica dada para proponer su proyecto histórico, su concepción del Estado (que viene a ser identificado con la nación), su idea de la cultura, sus valores y forma de ciencia y conocimiento... De esta manera, otras formas posibles de construcción plurinacional, otros proyectos, otros valores y conocimientos son descartados o simplemente negados sin que su existencia sea reconocida.[13]

De tal forma, las etnias dominantes en la región que analizamos se lanzaron a implementar proyectos "nacionales" en los que se legitimaba la hegemonía persa o la pashtuna. El objetivo era encontrar una identidad "nacional" que estableciera una integración al interior del país pero que a su vez marcara las diferencias con las otras naciones musulmanas. Así, los proyectos políticos seculares intentarían al mismo tiempo borrar las diferencias internas y anular las características que daban la unidad a los pueblos de los diferentes países. Precisamente por eso, el ataque a la autonomía tribal y étnica era el mismo que se dirigía contra el Islam como cultura unificadora. La secularización política, además, pretendía ignorar (o ignoraba) que reproducía el esquema occidental, en el cual el análisis de la cuestión étnica se abstrae de su contexto socio-histórico. Esta manera de observar

[13] Susana Devalle, "On the Study of Ethnicity", *South Asian Anthropologist*, vol. I, núm. 2, 1980, p. 78.

la etnicidad impedía ver el colonialismo como uno de los causantes de las relaciones económicas prevalecientes, que suprimía las identidades nacionales y que promovía la dominación étnica y cultural, cubriendo las contradicciones que surgían de la inevitable represión de las otras nacionalidades.[14]

Así pues, al intentar explicar la resistencia popular a la dominación occidental se debe entender que ésta se dirigía no sólo contra las potencias colonialistas, sino también contra aquellos nacionales que se convertían desde cierta perspectiva en títeres de Occidente al buscar implementar un proyecto secular que afectaba la identidad nacional y, sobre todo, la identidad cultural, es decir, su civilización islámica. Por eso, al observar las rebeliones en Afganistán y otros países del área, se debe tomar en cuenta que forman parte de una resistencia generalizada en contra de lo que se observa como una agresión que pretende despojarlos de su identidad nacional y cultural.

b) Conformación de los proyectos de resistencia

La caída del régimen del sha de Irán en 1979 provocó que el mundo occidental dirigiera su mirada al pensamiento islámico revolucionario. Poco después, el incremento de la guerrilla islámica en Afganistán y

[14] *Ibidem.*

de las manifestaciones de tipo fundamentalista en otros países musulmanes confirmaban la certeza de que la agitación revolucionaria islámica no era un hecho aislado, confinado a un único país. Por el contrario, la extensión de la lucha popular indicaba que las raíces del actual movimiento reformador encuentran su común denominador en un proceso histórico iniciado por lo menos hace casi dos siglos. Dicho proceso se inició con la intervención de Occidente en el mundo islámico, generando un movimiento de resistencia que adoptaría diversas formas a lo largo de los últimos 180 años.

En un principio, la resistencia se establecía de manera espontánea y la oposición no tenía un proyecto ideológico preciso. Sin embargo, a medida que la experiencia de la lucha se acrecentó, se enriquecieron las corrientes de pensamiento que expresaban el sentimiento popular. De esa manera, después de décadas de resistencia, se llegó a un momento en el que los inconexos proyectos liberadores devinieron en verdaderos programas políticos que presentaron una alternativa islámica popular frente a la agresión del mundo occidental.

El proceso de formación del pensamiento islámico revolucionario, como lo conocemos actualmente, atravesó por distintas etapas. Abdel Malek distingue por lo menos dos: la primera, que se extiende aproximadamente de 1800 a 1945, presencia una lucha contra el ocupante imperialista, en donde el objetivo es

restaurar una soberanía formal transformándola paulatinamente en poder de Estado para dirigir los destinos nacionales; la segunda etapa de la lucha tiene como objetivo la instauración de Estados nacionales independientes capaces de asegurar a las distintas clases sociales el acceso a recursos materiales y culturales de la nación.[15] La lucha es, por lo tanto, esencial e históricamente una lucha de liberación nacional. A pesar de eso, no se puede hablar de una empresa nacionalista en el sentido que comúnmente se utiliza en Occidente, ya que muchos de estos países islámicos no son de hecho Estados-nación. Abdel Malek propone entonces lo que denomina "nacionalitarismo" para oponerlo al nacionalismo:

> En realidad las manifestaciones activistas del nacionalismo europeo son actos de naciones desde hace tiempo seguras de ellas mismas, de Estados nacionales soberanos e independientes, en lucha por la posesión de fuentes de riquezas en Europa y en el mundo... En el mundo árabe, todo lo contrario, la lucha entablada contra las potencias imperialistas de ocupación se propone por objetivo, además de la evacuación del territorio nacional, la independencia y la soberanía del Estado nacional, el profundo desarraigo de las posiciones de la ex potencia ocupante, la reconquista del

[15] Abdel Malek, *La pensée politique arabe contemporaine*, París, Ed. du Seuil, 1970, pp. 10-11.

> poder de decisión en todos los dominios de la vida nacional, preludio a esa reconquista de la identidad.[16]

Independientemente del problema que plantea el concepto de nacionalismo, que podría crear un debate sin duda inacabado, el hecho es que Abdel Malek crea un término que engloba un concepto distinto del nacionalismo y que permite la mejor comprensión del tipo de lucha que se gesta en estos países durante los últimos dos siglos.

La respuesta a Occidente se manifiesta de diversas formas. La opresión europea provoca sentimientos ambivalentes en las élites de los pueblos dominados. Mientras que algunos rechazaban categóricamente al colonizador, otros, sin dejar de sentir la humillación, veían en Occidente un modelo de liberación. El mundo europeo se les presentaba como un éxito incontestable (la prueba era su victoria arrolladora en los países de Asia y África) en el que la sociedad en su conjunto se encaminaba hacia el bienestar general y hacia la desaparición de las monarquías despóticas.

En términos generales, entonces, la resistencia a la penetración occidental se manifiesta en dos grandes corrientes de pensamiento, que aunque diferían respecto a los métodos para oponerse al invasor coincidían en su anticolonialismo y en la necesidad de defenderse de la agresión externa. Una de ellas se

[16] *Ibid.*, p. 18.

apoyaba en su civilización y la convirtió en elemento de identidad de su lucha; la otra subrayaba la necesidad de incorporar las sociedades musulmanas al "progreso" industrial.

La primera corriente esta formada por los sectores que han tenido menos contacto con las primeras medidas europeas "modernizadoras": artesanos, pequeños comerciantes, pequeños propietarios de tierra, los líderes religiosos y en alguna medida los terratenientes locales. Ellos encabezaban el nacionalismo religioso, que de hecho responde directamente al sentimiento y clamor popular.

> La fuente aquí es el fondo cultural común y principalmente su componente religioso. El objetivo apuntado es una restauración de la grandeza pasada, por un reordenamiento de los aportes históricos en función de las necesidades más imperiosamente inevitables de los tiempos modernos, no de un progreso a partir de los aportes contemporáneos.[17]

En otras palabras y tal como se afirma en documentos del Ministerio de Orientación Nacional de Irán, desde ese punto de vista el problema no es el de la interpretación de las ideas occidentales, sino más bien el de una correcta reinterpretación del Corán y otras fuentes de pensamiento islámicas.

[17] *Ibid.*, p. 13.

> De esta manera, en Irán, por primera vez tenemos un esfuerzo de renovación del Islam que no es una aculturación, que no se acomoda fuera de sí misma para justificarse o para encontrar las armas, en el pensamiento de Nietzsche, Bergson, Kant, Marx... sino que se opera por una vuelta al Corán...[18]

Por supuesto, ninguna de las dos grandes corrientes es unitaria, ya que de ellas surgen a su vez varias interpretaciones con sus respectivas posiciones políticas. Por ello, y aunque en la corriente fundamentalista todos están de acuerdo en volver a las fuentes del Islam, no siempre coinciden en el momento y los niveles de integración de los aportes modernos a las ideas fundamentales. Esto probablemente tiene relación con las tendencias deterministas y racionalistas del Islam, es decir el ashariismo y el mutaziliismo.

En el mundo musulmán, las discusiones propiamente teológicas (*kalam*) están separadas apenas perceptiblemente del derecho islámico (*fiqh*) y de las confrontaciones políticas generales.

Wasil Ibn Ata fue el fundador de la escuela mutazilii, todavía en tiempos de la dinastía Omeya. Sin embargo, no fue hasta el ascenso del séptimo califa

[18] Ministère de l'Orientation Nationale, "L'impact de la révolution islamique en Iran sur le monde arabe", *Le Message de L'Islam*, núm. 1, junio de 1980, p. 33.

de la dinastía Abbasí, al-Mamún (813-833), que el mutaziliismo se convirtió en una especie de interpretación oficial de las discusiones teológicas. Empero, pocos años después, el califa Mutawakkil (847-851) hizo caer en desgracia al mutaziliismo.[19] Menos de un siglo después, un antiguo miembro de dicha escuela llamado Abul-Hasan al-Ashari (murió el 935 d.C.) fundó la corriente ashariita, que a la postre se impondría paulatinamente al mutaziliismo.[20]

Según Hassan Hanafi, conceptos como el de predestinación se perpetuaron gracias a la interpretación asharita del Islam. Los mutaziliies por el contrario subrayan la noción de libre arbitrio. Para ellos, la idea de predestinación es utilizada por ciertos regímenes para que el pueblo acepte un estado de cosas injusto. El mutaziliismo antepone a esto una visión racional del mundo y de la voluntad divina. El hombre es libre y responsable (y no Dios) de lo que pasa en el mundo, siendo obligación del musulmán luchar contra el mal, que tiene sus orígenes en los actos individuales y sociales.[21] De esta manera, la recuperación de la interpretación mutazilii durante el siglo

[19] Claude Cahen, *El Islam, I. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio*, México, Siglo XXI, Historia Universal Siglo XXI, núm. 14, 1975, pp. 83-85.

[20] P. M. Holt (ed.), *The Cambridge History of Islam, II. The Further Islamic Lands, Islamic Society and Civilization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, pp. 594-595.

[21] Hassan Hanafir, "Une nouvelle approche de l'Islam sun-

XIX significó el ascenso del Islam revolucionario y la intensificación de la resistencia popular. Pero esto acontece sólo dentro del Islam sunnita.

Existe también la práctica shiíta con una tradición de resistencia al poder temporal, considerado como un impostor que ocupa el lugar del verdadero líder: el Imam. Aunque no es éste el lugar para profundizar en las raíces revolucionarias del shiísmo, se deben mencionar algunas de sus características, como la *taqiya*, es decir el disimulo de las creencias cuando es indispensable la clandestinidad, o el *imamato*, la espera del *Imam* o guía de la comunidad, que en última instancia permiten una toma de posición más contestataria ante el poder temporal.[22]

Hay que aclarar sin embargo, que el shiísmo no posee el monopolio de la rebelión y que, como se ha mencionado, la interpretación racionalista del sunnismo permite la adopción de medidas igualmente revolucionarias. Lo anterior es importante, porque continuamente se hace referencia a las características revolucionarias del shiísmo y se tiende a olvidar el

---

nite", *Le Monde Diplomatique*, vol. XXVII, núm. 281, agosto de 1977, p. 13.

[22] Véanse Behrang, *Irán un eslabón débil del equilibrio mundial*, México, Siglo XXI, Historia inmediata, 2ª ed., 1980, y Claire Briere y Pierre Blanchet, *Irán, la revolución en nombre de Dios*, México, Editorial Terra Nova, Colección crónicas de nuestro tiempo, 1980.

sunnismo como corriente capaz de llevar a sus adeptos a la toma de medidas transformadoras.

En ese sentido cabe puntualizar acerca de otro prejuicio generalizado con respecto al llamado nacionalismo islámico. Se tacha comúnmente a esta corriente de ser fundamentalista, reaccionaria y retrógrada porque busca una vuelta al pasado. Este tipo de apreciaciones caen en el error de reproducir esquemas occidentales. Se cree que porque la Iglesia cristiana desempeñó un papel conservador en la Europa del siglo XIX, cualquier manifestación política del Islam tiene entonces también una esencia reaccionaria. Toda proporción guardada, sería como si se afirmara que el movimiento de Lutero, por buscar una vuelta a las fuentes del cristianismo, hubiera representado en sí un movimiento reaccionario.

Ciertamente el Islam ha sido utilizado muchas veces como doctrina que se opone al progreso y a la libertad, pero no deja de ser sólo una manera de interpretarlo. Lo que aquí buscamos afirmar es el carácter "revolucionario" o de resistencia civilizacional que en estos países tuvo el Islam (sunnita o shiíta) durante los dos últimos siglos.

En efecto, este Islam revolucionario se presentó bajo muchas formas, manifestando diversas tendencias, que dependen de la manera en que el Islam es reinterpretado o de la forma en que los nuevos elementos occidentales son asimilados. Pero en todas estas ocasiones el Islam contenía y contiene una serie

de elementos revolucionarios que fueron y son base de la resistencia al imperialismo de las potencias occidentales.

Entre los movimientos islámicos mas "puros" se encuentran aquellos que rechazan cualquier tipo de asimilación de formas modernizadoras y que continuamente atacan a los imitadores de Occidente por impíos. Cabe agregar que dentro de esta tendencia se encuentra todo un abanico de posiciones cuyas variantes son a veces difícilmente reconocibles.[23] Sin embargo, se puede decir que el pensamiento de los Hermanos Musulmanes y el de Jomeini tienen su origen en estas posiciones.

La otra gran tendencia dentro de la corriente fundamentalista es la representada por aquellos que, sin renegar de su fe, incorporan una serie de elementos modernos, considerándolos no como europeos sino como islámicos incorporados a Europa durante alguna etapa de su Edad Media o Renacimiento. Aunque aquí caben también muchas posiciones, la más famosa (y quizás la más inclinada a la corriente secular) es la representada por Yamal ad-Din al-Afghani (1839-1897) quien se decía afgano, aunque al parecer era iraní. Otros fundamentalistas reformistas famosos fueron el egipcio Mujamad Abdoh (1849-1905) discípulo de

[23] Maxime Rodinson, *Marxisme et monde musulman*, París, Le Seuil, 1972, pp. 253-255.

al-Afghani y Sayyid Ahmad Jan del subcontinente indio y contemporáneo de los anteriores.[24]

La intervención de Napoleón en Egipto, en 1798, puede tomarse como punto de partida para la reacción islámica frente a Occidente. Mujamad Alí, gobernador de Egipto entre 1805 y 1848, es de hecho el primero o uno de los primeros gobernantes que pretende salvaguardar su autonomía, no mediante una vuelta a sus valores autóctonos, sino a través de una adopción de ciertos elementos occidentales que en ese momento se veían como la causa de la victoria europea. Se trataba entonces de encontrar el secreto del modelo occidental para ganar la próxima partida.

Es interesante notar que una de las premisas básicas en las que se fundó el proceso de secularización en el mundo islámico fue que

> Ellos [los nacionalistas secularizadores] estaban aceptando inconscientemente la visión europea prevaleciente de las razones de la debilidad del Imperio Otomano visión que ahora vemos estaba equivocada y basada en prejuicios, así como carente de profundidad.[25]

Uno de estos prejuicios europeos era el de que la causa principal del "atraso" de estos países era preci-

[24] P. M. Holt, *op. cit.*, p. 644.

[25] A. J. Arberry (ed.), *Religion in the Middle East; Three Religions in Concord and Conflict*, vol. 2, *Islam*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969, p. 612.

samente el Islam. Lo que procedía entonces era iniciar un proceso de secularización tendiente a "modernizar" dichas naciones.

Lo que los nacionalistas seculares de los países islámicos no comprendían era que estaban aceptando la visión europea del Islam, que consideraba todas las religiones como factor de atraso. Además del visible prejuicio antirreligioso, el problema era que al atacar al Islam los secularistas estaban atacando no sólo a una religión sino a todo un sistema de vida, a una cultura en el sentido amplio del término; en pocas palabras, a una civilización. Como acertadamente puntualizara Maxime Rodinson,

> El mito central de esta ideología es el mito progresista burgués. La nación independiente, iluminada por la educación, las ciencias y las artes, fundada políticamente sobre la igualdad de todos frente a la ley (por lo tanto sociedad "sin clase", sin discriminación de estatuto social ni de origen étnico) y sobre la libertad (asegurada por el parlamentarismo y la separación de poderes) caminará por el camino de un progreso indefinido en cultura, en fuerza, en prosperidad.[26]

El pensamiento europeo del siglo XIX se importa acríticamente y se trata de implantar el espíritu científico, el racionalismo filosófico y el liberalismo político. En ese esquema el Islam aparece como un ele-

[26] Maxime Rodinson, *op. cit.*, p. 253.

mento retrógrada, al que se rechaza por irracional, determinista, acientífico y reaccionario. Políticamente no se le confiere valor alguno y, haciendo de lado su integración político-religiosa, se le relega a un carácter privado, como se pretendía fuera el caso con las religiones cristianas.

Esta línea secularista constituye el antecedente directo del liberalismo conservador de algunos sectores de la clase terrateniente, del nacionalismo burgués que imperó en muchos de estos países durante la primera mitad del siglo XX y del marxismo promovido por la intelectualidad surgida de estos grupos. De esa manera, los marxistas de los países islámicos (con algunas excepciones que más bien parecen responder a cuestiones tácticas) recogen la tradición secular eurocentrista y caen por lo tanto en los mismos errores que sus antecesores.[27]

Así pues, la corriente nacionalista secular se subdivide a su vez en una serie de posiciones que aproximadamente reflejan las tendencias prevalecientes en el ámbito europeo. Engrosarán sus filas los sectores más directamente influenciados por los cambios económicos y con más contactos con el extranjero: intelectuales urbanos, algunos obreros, profesionistas liberales, burócratas y un sector de la burguesía nacional.

[27] Abdel Malek, *op. cit.*, p. 13.

En los países islámicos los últimos dos siglos han presenciado una lucha entre estas dos grandes corrientes de pensamiento. Ambas se proponían la victoria sobre Occidente, pero con métodos distintos. Con respecto a la diferencia conceptual que establece Abdel Malek se podría aventurar la hipótesis de que el nacionalismo islámico plantea una lucha nacionalitaria, ya que el objetivo primordial es la expulsión del imperialismo de los territorios ocupados por los pueblos de la zona. El nacionalismo secular por su parte tiene un proyecto elaborado por la burguesía naciente que pretende crear un Estado nación imitando el modelo europeo.

El resultado de la creación y lucha de estas tendencias fue la instauración de una especie de sistemas paralelos de civilización, debido a que en la mayoría de los casos las instituciones islámicas no sufrieron un ataque directo. Como consecuencia de ello se observa la división de las élites en dos grupos paralelos (tradicionalista y occidentalista) sin demasiada conexión y contacto entre sí. Se crearon sistemas de educación, de justicia y de vida paralelos. La diferencia básica entre ellas (y aquí reside su importancia actual) es que una de estas corrientes (la tradicionalista, en ocasiones catalogada como fundamentalista) logró una mayor conexión con las masas, tanto porque defendía la civilización islámica en toda su complejidad como porque vendría a encarnar de hecho la resistencia popular contra la agresión imperialista.

Inserta en el mundo islámico, y participando de las mismas tendencias históricas, la zona ocupada por las actuales repúblicas de Irán, Afganistán y el Asia Central participa en el rechazo que anima la comunidad musulmana. Esto provoca la multiplicación de expresiones similares de resistencia que no eran en realidad sino distintas manifestaciones de un mismo fenómeno.

Muchas veces, la fuerza militar y los logros materiales de los países europeos empujaban a las élites a la adopción de las técnicas occidentales, creyendo que podrían prescindir de la serie de valores culturales que comúnmente acarreaban.

En Irán, la presencia de una clase religiosa con una relativa consistencia significó siempre un serio obstáculo a los intentos de secularización. No fue sin embargo sino hasta fines del siglo XIX que se elaboró una ideología de la lucha implícita que se estaba efectuando. En ese sentido Yamal ad-Din al-Afghani (1839-1897) es uno de los precursores en el combate contra el imperialismo y sus gobiernos impuestos.

Al-Afghani era un hombre profundamente influenciado por el desarrollo material alcanzado por los europeos, pero también conservaba una gran cultura religiosa y estaba consciente de que el Islam era la fuerza clave que podría mover y hacer actuar a las masas. Se ha especulado mucho acerca de los verdaderos sentimientos de al-Afghani, ya que muchas veces sus posiciones musulmanas parecen más bien

enmarcar una búsqueda de reformas de tipo occidental.[28] De lo que no cabe duda es de su sentimiento panislámico y profunda desconfianza hacia los países de Occidente, tanto Rusia como Gran Bretaña. Así, a pesar de los estrechos contactos de al-Afghani con los rusos, este pensador dirigió un manifiesto popular denunciando al Sha Nasir al-Din, llamando a su derrocamiento (apoyándose en citas del Corán) y advirtiendo al pueblo del peligro que representaban en ese entonces (1891) rusos y británicos:

> ... porque la debilidad de Inglaterra significa la fuerza de Rusia y esta última tomará Jurasán cuando Inglaterra no se atreverá a oponérsele, por miedo a sus designios sobre India. Sólo el destronamiento puede hacer que este infortunio desaparezca.[29]

Este movimiento ideológico no se concentró sólo en Irán. En Asia Central, a pesar de estar sufriendo la colonización directa de los rusos, se desarrolló una tendencia paralela. El más significativo de sus pensadores fue Ahmad Mahdum Kalla, precursor del reformismo local, quien a fines del siglo XIX abogaba

[28] Véanse Nikki R. Keddie, *Religion and Rebellion in Iran: The Tobacco Protest of 1891-1892*, Londres, Frank Cass & Co. Ltd., 1966, p. 15, y Ministère de l'Orientation Nationale, *op. cit.*, p. 26.

[29] Nikki R. Keddie, *op. cit.*, p. 126.

por la incorporación de las técnicas e incluso de la lengua rusa pero sin perder la esencia islámica. Las autoridades rusas en las gubernaturas de Turkestán y Bujara se mostraban precavidas acerca de los distintos movimientos reivindicativos y continuamente tenían que hacer verdaderos malabarismos políticos para evitar el estallido de la rebelión. Mientras que en Turkestán se temía más al reformismo liberal, en Bujara el nacionalismo islámico era visto como el principal peligro.[30]

Al respecto, las potencias dominantes utilizaron constantemente la táctica de "divide y vencerás". Los europeos oponían a fundamentalistas y reformistas seculares y apoyaban a dichos grupos hasta el momento en que comenzaban a reclamar ciertos derechos políticos. Entonces los europeos acusaban a los grupos de "fanáticos" o de "bárbaros disfrazados de occidentales" y giraban para ofrecer su apoyo al partido contrario.[31] Es por eso que los esfuerzos conciliatorios de personajes como al-Afghani o Ahmad Mahdum tenían un gran valor político, ya que al intentar fusionar las corrientes anteponían sobre todas las cosas la lucha por la liberación nacional.

[30] Edward Allworth *et al.*, *Central Asia; a Century of Russian Rule*, Nueva York y Londres, Columbia University Press, 1967, pp. 194-195.

[31] H. Cherif, "Le jeu changeant des puissances coloniales", *Le Monde Diplomatique*, vol. XVII, núm. 281, agosto de 1977, p. 9.

Un hecho que demuestra la unidad del movimiento de resistencia en esta época es la gran circulación de periódicos nacionalistas provenientes de los distintos países de la zona. En Asia Central se recibían por ejemplo el *Sirat-i-Mustaquim* de Turquía, el *Habl-ul-watan* de India y sobre todo el *Siraj-ul-akbar* de Afganistán.[32]

El siglo XX aceleró los movimientos de resistencia en sus dos corrientes principales: la nacionalitaria y la nacionalista. Un hecho crucial para entender esta intensificación de las aspiraciones fue la derrota de Rusia ante Japón en 1905. El suceso demostraba por primera vez que una nación asiática era capaz de vencer a una europea. Sin embargo, esto reforzó también la premisa de que era necesario modernizarse (es decir occidentalizarse) para poder tener los instrumentos y las técnicas con que vencer a los países de Occidente. Esto, junto con el surgimiento de una incipiente burguesía nacional en estos países, dio gran impulso al movimiento nacionalista antiimperialista.

En Irán por ejemplo, los fundamentalistas lograron una alianza con la burguesía local y al abolir ciertas concesiones a europeos obtuvieron triunfos en 1891 y 1905, sentando las bases para el posterior derrocamiento de la dinastía Qadjar.

Lógicamente, la derrota rusa de 1905 provocó al interior de la Rusia zarista un movimiento doble de

[32] Edward Allworth *et al.*, *op. cit.*, p. 201.

rebelión. Por una parte, el campesinado se levantó en armas y atacó los signos más visibles de la dominación imperial. Por la otra, los intelectuales modernistas comenzaron a reclamar reformas liberales y la autonomía de sus territorios. Así fue como en 1909 los jóvenes revolucionarios se organizarían en "sociedades culturales modernistas" y sociedades revolucionarias secretas en Bujara y Jiva.[33] En ese tiempo, periódicos como el *Khursid*, fundado en 1906 por Munawwar Qari Abdurrashid Janoghli, se convirtió en uno de los principales exponentes del movimiento de liberación de Asia Central.[34]

En Afganistán los sucesos siguieron la misma pauta. Las corrientes panislámicas y antiimperialistas tomaron fuerza, sobre todo después de 1905. El personaje central de este movimiento, que de hecho se asemeja a otros reformadores que hemos mencionado, fue Mahmud Beg Tarzi. Miembro de una familia educada en el exilio, Tarzi viajó por Siria, Egipto, Turquía y Europa teniendo contactos con al-Afghani, con los jóvenes turcos y otras personalidades que permearían su pensamiento. Después de 22 años de exilio, la familia Tarzi regresó a Kabul en 1903. Mahmud Beg fue nombrado Jefe de la Oficina de Traduc-

[33] Bernard Dupaigne, "L'expansion coloniale russe en Asie Centrale (1840-1980)", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980, p. 64.

[34] Edward Allworth *et al.*, *op. cit.*, p. 189.

ciones.[35] Sin embargo, no fue sino hasta 1911 que Tarzi comenzó a publicar el periódico nacionalista *Siraj-ul-akbar* (*La Luz de las Noticias*). Alrededor de dicho periódico se concentró el grupo de los Jóvenes Afganos, entre los cuales se encontraba Amanullah, quien ascendería al emirato en 1919.

Durante los siete años y medio que apareció *Siraj-ul-akbar* atacó al mismo tiempo al imperialismo europeo y a los musulmanes que se negaban a aceptar las nuevas medidas modernizadoras.[36] Según el periódico, Afganistán y todo el mundo islámico se encontraban en una etapa de decadencia, debido a la carencia de instituciones modernas y del conocimiento científico. El problema no radicaba en el Islam, sino en la interpretación que se le daba. Por lo tanto, lo que urgía era la fusión del conocimiento moderno con el verdadero espíritu del Islam. La respuesta a las divisiones internas se podría encontrar en el nacionalismo islámico, que tendría como objetivo último la inserción de dicho movimiento en una confederación panislámica.[37]

Como se puede observar claramente, el pensamiento de Mahmud Beg Tarzi (y de los Jóvenes

[35] Louis Dupree, *Afghanistan*, Princeton, Priceton University Press, 2ª ed., 1980, p. 439.

[36] *Ibid.*, p. 439.

[37] Leon B. Poullada, *Reform and Rebellion in Afghanistan, 1919-1929; King Amanullah's Failure to Modernize a Tribal Society*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1973, pp. 41-42.

Afganos) a pesar de enmarcarse en un vocabulario religioso cae dentro de la corriente del nacionalismo secular, ya que su proyecto estaba ligado realmente a la adopción de ciertas reformas occidentales que inevitablemente lo contrapondrían al proyecto fundamentalista. Aunque en teoría abogaba por una incorporación al Islam de algunas instituciones occidentales, en la práctica, cuando su proyecto intentó llevarse a cabo por Amanullah (1919-1929), se encontró con el rechazo de los fundamentalistas y del pueblo en general, porque las reformas propuestas sólo llevaban a la creciente penetración de Occidente en la zona. De hecho, el periodo de Amanullah, quien era yerno de Mahmud Beg Tarzi, se puede contemplar como un inmenso laboratorio en el cual los primeros intentos secularizadores (y nacionalistas afganos) mostraron su incapacidad de expresar la resistencia del pueblo. Posteriormente, con la disolución del califato, esta élite perteneciente a la etnia dominante pashtún intentaría llevar a cabo un proyecto nacionalista (pashtún) que presentaría las mismas limitaciones.

Sería erróneo sin embargo calificar como fracaso total la participación de los nacionalistas seculares en esta época. En primer lugar, Amanullah logró recuperar en 1919 el manejo de su política exterior controlada por los británicos desde 1880. Además reinició la lucha por la reivindicación de los derechos de los pashtunes en el lado indio y apoyó los movi-

mientos anticolonialistas tanto de los nacionalistas indios como de los "basmachis"[38] en Asia Central Soviética.

c) Del nacionalismo secular al marxismo

El periodo comprendido entre 1920 y 1978 presenció el predominio del nacionalismo secular en la región que se analiza. Probablemente el caso clásico es el de la dinastía Pahlevi en Irán, pero fue sin duda un fenómeno generalizado que también se observó en Afganistán, aunque con diferentes características.

Cuando Reza Sha (1925-1941) ascendió al poder en Irán, con la ayuda de un ejército bien equipado, el objetivo primordial que se fijó fue el de la modernización del país. Así pues, siguiendo la tradición nacional-secularista, el Islam significaba el principal obstáculo a la modernización y el progreso del país. Era necesario buscar entonces una autodefinición más auténtica para el país, y se encontró en el pasado remoto preislámico. Esto cumplía el doble objetivo de encontrar una nueva identidad nacional de origen persa, distinto a otros países islámicos, y

[38] Los "basmachis" formaban un importante movimiento antiruso que se desarrolló en las repúblicas soviéticas musulmanas en la segunda década del siglo pasado y que sería aplastado definitivamente en la década siguiente.

por otra parte desprestigiar al Islam culpándolo del atraso del país.[39]

Reza Sha delineó todo un programa de acción para la modernización del país. Creó el servicio militar obligatorio, un ejército nacional fuertemente centralizado, estableció nuevos códigos civiles y penales, abolió el régimen de capitulaciones y recuperó la autonomía aduanal, lo que le permitió también negociar nuevos tratados comerciales.[40] Esta serie de reformas significaba la puesta en práctica del modelo impulsado por la corriente de nacionalistas seculares. Las disposiciones estaban encaminadas a la consecución de la independencia del país y a la organización de un aparato fuertemente centralizado que garantizara la soberanía nacional frente a las potencias extranjeras.

Aunque las medidas alcanzaron ciertamente la mayoría de sus objetivos, mostraron también sus limitaciones. Reza Shah incrementó el poder del gobierno central mediante la formación de un ejército moderno, a través de medidas tales como la instauración del servicio militar obligatorio y la institución de nuevos impuestos. El crecimiento de las fuerzas

[39] Philipp Mangol Bayat, "A Phoenix too Frecuent: The Concept of Historical Continuity", *Asian and African Studies*, vol. XII, núm. 2, julio de 1978, p. 205.

[40] Bruce Hopper, "The Persian Regenesis: Key to Politics in the Middle East", *Foreign Affairs*, vol. XII, núm. 2, enero de 1935, p. 297.

armadas y la burocracia vino aparejado a la adopción de nuevos códigos legales con los cuales aumentaría la secularización del sistema jurídico. La banca central, las comunicaciones y la educación masiva se vieron particularmente apoyadas en un esfuerzo gigantesco de modernización. En suma, Reza Shah constituyó un gobierno centralizado, pero la independencia obtenida por el país fue en gran parte meramente formal; el gobierno persa mantuvo un control real limitado sobre los recursos naturales de la nación, siendo el caso del petróleo sólo uno de los más notorios. Aunque en 1932 se canceló la concesión de la Anglo-Persian Oil Company, al año siguiente el Shah amplió la fecha de la concesión de 1962 a 1993, sin haber obtenido un aumento significativo de las regalías.[41]

Así pues, la dinastía Pahlevi trató de imprimir a Irán un nacionalismo de orientación persa, antimusulmán, consciente de un pasado preislámico y en buena medida orientado hacia Occidente. El futuro diría hasta qué punto pudo penetrar en la conciencia popular este esfuerzo ideológico de dominación integradora.

En el Asia Central soviética, mientras tanto, los bolcheviques se habían ganado la confianza de los mar-

[41] G. E. Bon Grunebaun, *El Islam, II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*, México, Siglo XXI, Historia Universal Siglo XXI, núm. 15, 1975, pp. 177-182.

xistas nacionalistas musulmanes y con su ayuda habían derrotado al ejército blanco. Stalin introdujo al aparato soviético a numerosos líderes nacionalistas e incluso creó el Comité Musulmán (*Mus-Kom*). Sin embargo, eventos posteriores demostraron a los marxistas musulmanes que la URSS no necesariamente cumpliría con todas sus aspiraciones, pues el grado de centralización permaneció prácticamente igual al de la época zarista y los rusos continuaron con su actitud hegemónica sobre las otras culturas al interior de la URSS. Fue así como ganó terreno la idea de un comunismo nacional, siendo su líder más notorio Sultán Galiev, quien encabezó y desarrolló dichas posiciones en las décadas de 1920 y 1930.

Este luchador marxista-nacionalista-musulmán impulsó el concepto de "nación proletaria" y toda una teoría en la que el objetivo primordial —se concluía— debía ser deshacerse de las naciones opresoras y abolir la desigualdad entre las naciones, llegando esto a ser prioritario sobre la supresión de la desigualdad al interior de las naciones.[42]

Posteriormente Stalin aplastó y exterminó a los defensores del comunismo-nacional, pero eso no sig-

[42] Véanse Alexandre Benningsen y Enders Wimbush, *Muslim National Communism in the Soviet Union; A Revolutionary Strategy for the Colonial World*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1979, y Marc Ferro, "Las dos Fuentes del Islam revolucionario", *Le Monde Diplomatique* en español, año 2, núm. 13, enero de 1980, p. 11.

nifica que ahí haya terminado la resistencia musulmana a la penetración de los valores occidentales, antes rusos, luego soviéticos. Más bien la resistencia cambió de forma, convirtiéndose en una resistencia pasiva, en la cual los valores islámicos, signos de identidad para muchas etnias, son utilizados como escudo contra el colonizador.

En términos generales, los musulmanes tienen un sentido de pertenencia, primero a la nación musulmana y luego a la etnia de la que forman parte. De esa manera, las autoridades soviéticas sabían que los dirigentes musulmanes (dentro o fuera de la URSS) contaban con varios elementos para provocar el resurgimiento (o la activación de la pasividad) de la resistencia islámica. Por una parte, el sentimiento de pertenencia a una comunidad islámica y, por la otra, el sentimiento nacionalista. Pero como esto se convierte en una unidad para los musulmanes, la capacidad de respuesta aumenta considerablemente.[43]

En Afganistán el periodo del nacionalismo también se inició alrededor de 1920 con el ascenso al trono del emir Amanullah. Este miembro de los Jóvenes Afganos trató de implementar una serie de medidas siguiendo el ejemplo de Kemal Ataturk en Turquía y simultáneamente a Reza Sha en Irán. El emir encontró una resistencia a las reformas moderniza-

[43] Hélène Carrere d'Encausse, *L'empire eclaté*, París, Flammarion, 1978, pp. 250-252.

doras mayor de lo que esperaba. La diferencia entre Afganistán e Irán y Turquía fue sin duda la relativa debilidad del ejército afgano y la fuerza de las tribus rebeldes.

Contrariamente a lo que se podía esperar, la caída de Amanullah no significó la derrota de los nacionalistas afganos. Los nuevos emires, aunque con más cuidado, impulsaron un paulatino proceso de modernización. La escasa "burguesía" naciente apoyaba y presionaba para la consecución de un proyecto "nacional". En 1924 Amanullah había emitido una constitución que se publicó en pashtún (la lengua de la corte había sido hasta entonces el persa). Su sucesor Nadir Shah promulgó otra constitución en 1931 basada en las de Turquía, Irán y Francia. Así, paulatinamente Nadir Sha y luego su hijo Zahir Sha, que reinaron en Afganistán de 1929 a 1973, impulsaron las reformas seculares que Amanullah no pudo llevar a cabo.

La pashtunización, al igual que la persianización o la sovietización, tenía como objetivo principal darle a Afganistán un carácter nacional, otorgándole una identidad distinta a la islámica. Mientras que en la URSS la idea era hacer surgir un carácter supranacional, basado en el modelo del hombre soviético (es decir ruso), en Irán y Afganistán las etnias dominantes apoyadas en un proyecto nacional-secular más definido intentaron identificar a la nación con una sola etnia, una sola cultura, e intentaron extender el pro-

yecto de esa élite dominante con el de todos los habitantes del país. En esencia, los intentos soviéticos no diferían mayormente de los proyectos de persianización o pashtunización.

En Afganistán el proyecto alcanzó a tener algunos éxitos. En los periodos que gobernó Mujamad Daud Jan (1953-1963 y 1973-1978) la pashtunización llegó a tales niveles que incluso el principal problema nacional e internacional afgano fue el relativo a Pashtunistán.[44] Sin embargo esta campaña fracasó porque como "esfuerzo de laicización nacionalista, la campaña pashtuna no proponía ninguna renovación cultural profunda, ningún programa social, sino que intentaba establecer una nueva ideología en lugar del Islam".[45]

Sin duda gran parte de la resistencia islámica que enfrentó el rey Zahir Sha (1933-1973) tuvo su origen en esta campaña nacionalista, que los líderes religiosos no podían dejar de ver como atentatoria contra el Islam y en la que el pueblo identificaba los signos de la occidentalización del país.

Paralelamente al desarrollo del nacionalismo secular, pero encuadrado en la misma gran corriente de pensamiento, se encuentra —como ya hemos señala-

[44] Mike Barry, "Afghanistan, terre d'Islam - entre l'Iran et l'Inde", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980, p. 44.

[45] *Ibid.*, p. 49.

do— el marxismo de los países islámicos. Maxime Rodinson explica ampliamente las razones de la atracción que ejercía el marxismo sobre las nuevas élites educadas en occidente:

> A la cultura y a la ciencia tradicionales sin relación con los nuevos problemas, a la cultura y a la ciencia del Occidente burgués que no proveía de ninguna respuesta adecuada, la síntesis estaliniana ofrecía una alternativa tan satisfactoria como prestigiosa. Todo estaba ahí: concepción del mundo de tipo moderno, sociología universalista que abría la misma esperanza a todos los pueblos, explicación del fenómeno imperialista, método práctico de modernización y de desarrollo, recetas de organización, de estrategia y de táctica, ética que sacralizaba los proyectos seculares que la situación hacía urgentes, e incluso teoría estética. Una filosofía optimista y militante, aparentemente total, coronaba una ciencia enciclopédica. No se puede sorprender uno por el éxito de tal síntesis.[46]

En Afganistán eso fue lo que pasó cuando sectores de la élite gobernante y de la intelectualidad afgana se acercaron tardíamente a la teoría marxista, casi siempre a partir de interpretaciones dogmáticas. Este retraso se debió quizá al estrechamiento de relaciones entre el movimiento comunista internacional y algunos sectores de la "burguesía" nacionalista en los

[46] Maxime Rodinson, *op. cit.*, p. 302.

países islámicos, incluyendo Afganistán. La relación era bidireccional. Tanto los nacionalistas como la III Internacional requerían apoyos políticos en su lucha contra el imperialismo. Pero esto dejó de tener mucho sentido después de la Segunda Guerra Mundial, ya que el proceso de descolonización se aceleró al mismo tiempo que la Unión Soviética fortaleció su posición.

En las elecciones parlamentarias de 1965 el PDPA (Partido Democrático Popular de Afganistán) ganó cuatro asientos de un total de 216.[47] Sin embargo, poco después surgieron las diferencias al interior del partido y se produjo una división en dos grupos que posteriormente serían identificados por los periódicos que publicaron. El grupo mayoritario, dirigido por Nur Mujamad Taraki, se unió en torno al semanario *Jalk* (*El Pueblo*), editado por el PDPA desde 1965 pero prohibido por la monarquía pocos números después de su aparición. El grupo minoritario, dirigido por Babrak Karmal, publicó de 1968 a 1969 el periódico *Parcham* (*La Bandera*). Los miembros del Jalk buscaban construir un partido obrero de tipo leninista, mientras que el grupo Parcham sostenía la necesidad de crear un amplio frente democrático y nacional.[48]

[47] Jean-Charles Blanc, "Les communistes Afghans", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980, p. 89.

[48] *Ibid.*, p. 93

Con posterioridad a la intervención soviética en Afganistán se ha acusado al Parcham de ser poco nacionalista y prosoviético. Sin embargo, no existe mucha evidencia teórica al respecto y parecería más bien que el acercamiento con los soviéticos se debió principalmente a la evolución de los acontecimientos.

Otra de las diferencias importantes entre estos grupos era el de su orientación en el trabajo partidario. Mientras que en un principio el Jalk dirigió su labor hacia la incipiente clase obrera y el campesinado, el Parcham se esforzó en penetrar en la intelectualidad urbana y el ejército. Esto produjo resultados rápidos en el aumento del reclutamiento partidario, así como en la obtención de ciertos puestos clave en la burocracia y el ejército.

Una de las causas que más influyeron en el acercamiento entre los comunistas y los cuadros militares fue que, en términos generales, Afganistán formó sus dirigentes administrativos y universitarios en Estados Unidos y los países de Europa Occidental (especialmente en Alemania), mientras que sus cuadros militares y técnicos los confió a la Unión Soviética y Europa Oriental.

Además de sus luchas internas, el Jalk y el Parcham comenzaron a tener enfrentamientos en Kabul con los partidos y estudiantes islámicos que se les oponían.

> Sin gran cultura, desarraigados de la tradición y moral campesina, sin haber adquirido un serio acervo occidental, los marxistas casi no tenían los medios para comprender la profundidad psicológica de la simbología religiosa de sus compatriotas.[49]

Este profundo desconocimiento del sentir y la cultura popular fue lo que llevó al fracaso del régimen comunista del PDPA. Haciendo análisis superficiales, dogmáticos y mecanicistas, los marxistas hicieron caso omiso de factores sociales tan importantes como las relaciones familiares, de clan y tribales, la adhesión a un determinado grupo étnico, el papel de los líderes locales y tribales, la autonomía local, el sistema de poder y de toma de decisiones en las pequeñas comunidades, las relaciones jerárquicas interfamiliares e intertribales. Por último y sobre todo, los miembros del PDPA no comprendieron el papel que el Islam desempeña en estas sociedades.

Con la purga de los miembros del Parcham a finales de 1978 (que en la práctica resultaron menos dogmáticos que sus compañeros) los miembros de la corriente Jalk del PDPA se enfrascaron en la profundización de las reformas, provocando el incremento de la resistencia. Pero todavía podríamos preguntarnos por qué surgió la guerrilla islámica y por qué no se aliaron los campesinos con el PDPA en contra de sus

[49] Mike Barry, *op. cit.*, p. 51.

explotadores locales. El especialista francés Oliver Roy muestra con casos concretos cómo se transforman las medidas "revolucionarias" del PDPA en acicates de la guerrilla islámica.

En el caso de la reforma agraria, se partió de la idea de que la propiedad agraria estaba muy concentrada y de que si se quería destruir el régimen feudal era necesario atacarlo repartiendo la tierra entre los campesinos. Sin embargo, estas apreciaciones surgían de esquematismos provenientes probablemente de los análisis soviéticos. En primer lugar, la clasificación de "feudal" del régimen social afgano es totalmente inadecuada, no sólo porque la existencia misma de un feudalismo en los países musulmanes del área es un tópico muy debatido, sino porque las relaciones sociales al interior de una tribu no están propiamente basadas en el servilismo. Por otra parte, la concentración de tierras no era en realidad un fenómeno generalizado, encontrándose los grandes terratenientes en el norte de Afganistán. Al contrario, existía una gran capa de pequeños y medianos propietarios que también fue afectada por estas medidas. Además, el sistema de registro agrario instaurado en la década de los años sesenta del siglo XX hacía aparecer como grandes propietarios a líderes tribales que de hecho compartían las tierras nominalmente suyas con sus familiares y medieros.[50] Por último, la sola

[50] Son especialmente clarificantes al respecto Olivier Roy,

repartición de la tierra no resolvió en sí el problema de las relaciones de poder al interior de la tribu o aldea, pues el control efectivo sobre el agua, las semillas y los instrumentos de labranza permaneció en manos de unos cuantos o del poder decisorio de los consejos tribales. De esa manera, los miembros del PDPA buscaban reforzar la conciencia de clase en una sociedad en que las lealtades a la familia, el clan o la tribu son más importantes, no sólo en términos de sobrevivencia, sino en términos de identidad personal.

Otro caso típico es el de la abolición por decreto de la dote. Es cierto que la cuestión de la dote imposibilitaba a muchos afganos a casarse porque el precio de las mujeres era muy alto.

> En apariencia, medida progresista y de buen sentido. En realidad, nueva ignorancia de la coherencia del mundo rural. Cuando se sabe que el hombre puede repudiar a la mujer en cualquier momento y que ésta entonces pierde todo derecho sobre sus hijos, se comprende que la dote, que es perdida en caso de divorcio, es un poderoso freno contra el repudio, al menos para un afgano pobre o medianamente rico. Prohibir la dote sin modificar al mismo tiempo toda la relación ma-

---

"Afghanistan: la 'revolution' par le vide", *Esprit*, mayo de 1980, pp. 79-89, y Mike Barry, "Structures paysannes et refomes agraires", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980, pp. 265-267.

> trimonial, no es liberar a la mujer; es al contrario quitarle la única garantía de que ella dispone.[51]

Así como éste, existen numerosos ejemplos de medidas progresistas, modernizadoras occidentales que por ignorancia de la propia cultura perjudican más que benefician a las poblaciones involucradas. Estas masas aparentemente ignorantes conocen el verdadero efecto de las medidas y por eso las rechazan, como lo hacen con casi todo lo que signifique Occidente.

> ¿Cómo entra una aldea a la rebelión? Eso comienza por un incidente: el maestro que quiere forzar a las niñas a asistir a la escuela, el cuadro que quiere controlar las transacciones de un matrimonio, o bien penetrar en una casa para efectuar el censo. Querella, disparo: el miembro del partido es muerto. Se llama a la policía o al ejército: la débil guarnición local no puede con la situación y se retira o se desbanda. Entonces se llama a la aviación, ésta viene y bombardea: un valle entero entra en disidencia.[52]

Como se podrá suponer, cuando este caso se multiplica por decenas o centenas, la rebelión se convierte en un verdadero peligro para el gobierno central.

[51] *Ibidem.*
[52] *Ibid.*, p. 87.

En otras palabras, la revolución nacionalista secular y la revolución marxista han fracasado. El problema consiste en que se ha adoptado un modelo occidental sin cuestionárselo, asumiendo todas las falsas premisas que éste contiene, sobre todo en lo relativo al papel del Islam. Como Maxime Rodinson deja ver claro,

> ... la religión no es aquí, en efecto, como en la Europa del siglo XIX, la ideología de las clases superiores erigida en barrera ante las reivindicaciones de los desfavorecidos. Ella es antes que nada la ideología de las clases inferiores erigida en barrera ante la penetración económica, política, cultural e ideológica del mundo de los colonizadores.[53]

d) Del nacionalismo secular a la revolución islámica

Paralelamente a la ideología de resistencia en manos de las élites políticas e intelectuales seculares, la lucha popular produjo su propia ideología, recogiendo la experiencia diaria de la oposición al invasor y transformándose paulatinamente en un verdadero programa de combate en defensa de su civilización. La cultura islámica provee de los elementos de lucha necesarios para enfrentarse a la agresión occidental, y de esa manera la ideología implícita de la resistencia popular deviene paulatinamente en un proyecto acabado, un pro-

[53] Maxime Rodinson, *op. cit.*, p. 281.

grama político explícito que es producto de las masas y que se presenta en un momento determinado como una opción verdaderamente revolucionaria. Históricamente, la revolución islámica surge cuando el modelo secularizador se ha agotado y las reformas implementadas encuentran sus límites, mostrándose incapaz de contener el creciente proceso de alienación cultural y la creciente dependencia del país frente a Occidente. Emerge entonces la alternativa islámica que recoge y expresa la diaria lucha del pueblo y se nutre también de la lección que aporta la experiencia secularista. Los pensamientos de Ruhola Jomeini y Alí Shariati son sólo algunas de las expresiones más acabadas de esta resistencia popular.

Un concepto básico del Islam que permite la mejor comprensión del pensamiento revolucionario islámico es el concepto de unidad. *Towhid* o unidad, uno de los principios fundamentales del Islam, es interpretado regularmente como la unidad de Dios.[54] Sin embargo, los principales ideólogos del movimiento musulmán, entre ellos Jomeini, consideran que este concepto de unidad es más amplio, ya que la unidad se encuentra tanto en lo absoluto como en lo cotidiano.[55]

El Islam, al contrario de las civilizaciones occidentales, no se manifiesta como continuo dualismo,

[54] Behrang, *op. cit.*, p. 279.

[55] Ministère de l'Orientation Nationale, *op. cit.*, p. 10.

sino como una profunda unidad. Mientras que el pensamiento occidental siempre hace la división entre cuerpo y espíritu, entre razón y fe, entre profano y sagrado, entre religión y política, entre religión y economía, etc., para los musulmanes estas distinciones intelectuales se separan de la vida práctica. Para los occidentales la religión es básicamente un asunto de fe personal mientras que para los musulmanes la religión es esencialmente un asunto social.[56] De esa manera, el militante y el teólogo no están opuestos, al contrario, deben ser una misma persona.[57] Es entonces afirmando la unidad del Islam y en el Islam, rechazando los dualismos occidentales (incluyendo izquierda y derecha) que se podrá encontrar el correcto modo de actuar.

> Justamente, la revolución islámica en Irán quiere ser al mismo tiempo un esfuerzo de renovación espiritual, con la búsqueda de una verdadera identidad, el descubrimiento de una autenticidad en el Islam, y una lucha de liberación. Revolución cultural en el pleno sentido del término, donde lo político, lo social, lo económico, se funden en una sola unidad con lo religioso.[58]

[56] *Ibid.*, p. 13.
[57] *Ibid.*, p. 14.
[58] *Ibid.*, p. 15.

En efecto, Jomeini se queja en sus escritos de la tergiversación de que ha sido objeto el Islam. El primer deber de los estudiosos es entonces dar a conocer su verdadera esencia. Los *faqih* o sabios islamólogos deben unirse al pueblo en su lucha por la liberación nacional y convertirse en su vanguardia.[59] El deber de todos los musulmanes, por su parte, es el de combatir y derrocar a los gobiernos corruptos y fantoches del extranjero.[60]

El gobierno islámico es de hecho el gobierno de la Ley divina sobre el pueblo. Esto significa que mientras que en otros gobiernos los legisladores son elegidos por el pueblo, en el Islam el único legislador es Dios y por lo tanto nadie debe emitir leyes; en el mejor de los casos debe interpretar la Ley sagrada.[61]

De ahí se desprende la conclusión de que los gobernantes islámicos deben poseer dos características básicas: conocer la ley de Dios y ser justos. Por supuesto, Jomeini se refiere a los *faqih* o conocedores de la Ley divina, es decir los líderes religiosos.[62]

En este sentido es interesante y vale la pena señalar el parecido entre los planteamientos de Jomeini y los de Platón en *La República*, ya que ambos pro-

[59] Ayatollah Seyyed Ruhollah Jomeini, *Pour un gouvernement islamique*, París, Fayolle, 1979, p. 105.

[60] *Ibid.*, p. 35.

[61] *Ibid.*, p. 44.

[62] *Ibid.*, p. 57.

ponen que sólo los sabios, es decir los filósofos, son los que deben gobernar.

Respecto a su política exterior, el gobierno islámico de Jomeini puede clasificarse como antisionista (lo que no le impide recurrir a Israel en un momento en que se encuentra totalmente aislado internacionalmente),[63] anticolonialista y no alineado. De todos estos rasgos, el anticolonialismo ocupa el primer lugar, aclarando Jomeini que no se inclinará ni hacia el Este ni hacia el Oeste.[64]

En el plano interno Jomeini es profundamente anticomunista, aunque eso no lo convierte en un reaccionario, ya que también se declara anticapitalista y en contra de la explotación de los frutos del trabajo, de sus ganancias ilegales y del capitalismo monopólico.

> ¿Cómo quedar inmóviles y silenciosos ante la apropiación de los bienes y los frutos del trabajo de centenares de millares de musulmanes por la fuerza de las bayonetas de un grupo de traidores y ambiciosos al servicio de los extranjeros?[65]

[63] *Ibid.*, p. 10, y *Excélsior*, 22 de agosto de 1980, p. 3.

[64] Y. A. Henry, *Pensees politiques de l'Ayatollah Khomeyni; Presentation thématique à travers de ses écrits et discours depuis 1941*, París, Editions A. D. P. F., Recherche sur les grandes civilisations, Mémoire núm. 3, Bibliothéque Iraniènne, 1980, p. 54.

[65] Ayatollah Seyyed Ruhollah Jomeini, *op. cit.*, p. 36.

De cualquier manera, queda claro que Jomeini sólo desaprueba ferozmente la explotación de musulmanes por extranjeros y no critica a la burguesía nacional. En otras afirmaciones, el líder de la revolución iraní manifiesta claramente que se respetará la propiedad privada y muestra incluso una especie de paternalismo hacia la clase obrera. En un discurso dirigido a los industriales el 7 de julio de 1979, Jomeini afirmaba:

> Es evidente que no nos permitiremos desviarnos siquiera un poco del Islam. Éste ha garantizado y legalizado la propiedad. Aquellos que poseen empresas industriales, si no ha sido de manera ilícita, deben conservar su negocio. Éste no es un país comunista donde el Estado puede hacer lo que quiera; es un país islámico que reconoce la propiedad.[66]

En cuanto a los obreros, Jomeini acusa de traidores y agentes del imperialismo yanqui y de la URSS a aquellos que los incitan a la huelga.[67] En el mismo discurso dirigido a los industriales, Jomeini les pedía: "Traten a sus obreros como a sus hermanos. No los tomen por sirvientes. Considérenlos como hermanos y niños. Vean por sus necesidades como lo harían por sus propios niños".[68]

[66] Y. A. Henry, *op. cit.*, p. 56.
[67] *Ibid.*, p. 58.
[68] *Ibid.*, p. 37.

El rechazo al marxismo se debe principalmente a que es una doctrina occidental y como tal representa un elemento dualista, contrario a la unidad islámica. Además, según los fundamentalistas, el marxismo, de la misma manera que el capitalismo, está basado en el mito de la productividad y el indefinido progreso material, poniendo énfasis en la liberación individual a través de la revolución social, mientras que el Islam propone la liberación social a través de una revolución no sólo social, sino también individual.[69]

Respecto a la izquierda iraní, los fundamentalistas de Jomeini niegan que haya realmente colaborado a la caída del sha, y aunque acepta que algunos izquierdistas participaron en la lucha, manifiesta que sólo lo hicieron por intereses egoístas.[70] Pero lo más importante para los jomeinistas es que el verdadero movimiento popular de masas no le debe nada al marxismo.

> Primero porque ha habido una victoria populista, socialista de Irán que los comunistas no han logrado obtener jamás de la misma manera... Nosotros vemos entonces un movimiento de masas, auténticamente popular y proletario que no debe nada a la filosofía marxista-leninista, sino que debe todo al Islam.[71]

[69] Ministère de l'Orientation Nationale, *op. cit.*, p. 43.
[70] Y. A. Henry, *op. cit.*, p. 30.
[71] Ministère de l'Orientation Nationale, *op. cit.*, p. 34.

Si Jomeini es el líder indiscutido, carismático de la revolución, Ali Shariati es el filósofo, el teólogo, el verdadero ideólogo de la revolución iraní. Con un profundo conocimiento no sólo de la sociedad islámica (como Jomeini) sino también de la civilización y cultura occidental, Shariati fue un hombre que logró la incorporación de una serie de elementos a la cultura islámica, no enajenándola, sino enriqueciéndola. La profusión de obras de Shariati nos obliga a centrarnos en algunos textos que pueden ser una muestra de su pensamiento. El hecho de haber devenido en el ideólogo principal de los Modjahedin Jalk (quienes hicieron cimbrarse a la República Islámica en 1981) lo convirtió también en una alternativa al modelo de Ruhola Jomeini.

Shariati, hablando de la penetración de Occidente en el Tercer Mundo, afirma que los pueblos no europeos han sido engañados creyendo que se les aportaba civilización cuando lo único que recibían era modernización, que no es lo mismo.[72] Los pueblos musulmanes, junto con otros pueblos de Asia y África, comenzaron a sufrir un proceso de alienación cultural, es decir comenzaron a ser extraños a sí mismos, porque su cultura, su civilización, fue ignorada y paulatinamente suplantada por otras formas cultura-

[72] Ali Shariati, *Civilisation et modernisation*, Téhéran, Comité de Propagation Internationale de la Révolution Islamique / *Sorouche*, 1981, pp. 1-8.

les totalmente ajenas a su historia.[73] El proceso llega a ser tan absurdo —dice Shariati— que una sociedad que se ha vuelto extraña a sí misma comienza a quejarse de dolores de cabeza cuando lo que le debería doler son los pies. Y es que el progreso ha establecido un patrón universal basado en el modelo occidental, que no es sino el modernismo.[74] Así, poco a poco se ha permeado el mito de la superioridad de Occidente y de los occidentales, siendo los pueblos del Tercer Mundo buenos sólo para cuestiones místicas, para bailar, para las artes, etc. Por lo tanto, el verdadero intelectual revolucionario lo primero que debe hacer es romper la alienación de que ha sido objeto para, conociendo a su sociedad, luchar por la liberación nacional y popular.[75]

Para Shariati la forma en que los intelectuales musulmanes pueden conocer su historia y su sociedad es a través del conocimiento del Corán.[76] Este conocimiento del Corán, así como de otros elementos teológicos, combinados con una interpretación sociológica e histórica del momento actual por el que atraviesan los pueblos musulmanes, fue lo que atrajo a muchos seguidores dentro de la izquierda islámica

[73] *Ibid.*, pp. 14-15.

[74] *Ibid.*, p. 22.

[75] *Ibid.*, p. 30.

[76] Ali Shariati, "La méthode de la connaissance de l'Islam", conferencia de octubre de 1968, París, Assocation Islamique des Étudiants Iraniens a Paris, 1980, p. 14.

iraní. Particularmente importante fue su pensamiento para los mujahedín Jalk, quienes representaron durante algunos años la mayor oposición al gobierno encabezado por Jomeini.

Ali Shariati combina en sus escritos interpretaciones teológicas del Islam con análisis sociológicos e históricos del avance de la humanidad desde el pasado faraónico hasta la etapa actual. En uno de sus escritos el autor iraní describe la historia de la humanidad como una larga historia de opresión y esclavitud con la sola excepción de los periodos de Mujamad (Mahoma) y Alí. Los opresores de ahora son los continuadores de los explotadores de antaño y los explotados de ahora son hermanos de los esclavos del pasado.[77]

En otro libro, mediante un estudio teológico acerca de la *Hajj* o peregrinación a La Meca, Shariati intenta mostrar a ésta como un proceso que debe culminar con la toma de conciencia y la voluntad de luchar contra el imperialismo, el neocolonialismo y la alienación cultural de los pueblos islámicos.[78] La diferencia básica entre los pensamientos de Jomeini y Shariati es que este último, sin abandonar la visión unitaria del Islam, no deja de ver la lucha entre opresores y oprimidos como disfrazada de mil maneras y

[77] Ali Shariati, "Oui, il en était ainsi, o frère!", *Peuples Mediterranéens*, núm. 13, octubre-diciembre de 1980.

[78] Ali Shariati, *Hajj*, s.l., s.e., s.f.

en la que los opresores de hoy son el sistema y la clase capitalista.

> ... la esclavitud fue combatida pero el señor se convirtió en feudal y el esclavo se convirtió en campesino. El feudalismo fue derrotado por el éxito de una gran revolución, pero entonces se convirtió en capitalismo y el campesino se convirtió en un obrero.[79]
>
> El despotismo político, la discriminación social y viejos métodos de explotación occidental están desapareciendo gradualmente, pero reaparecen en una forma peor... como regímenes capitalistas escondiéndose detrás de máscaras de liberalismo y democracia.[80]
>
> El faraón actual no es una persona; ¡es un sistema! Creso no es uno; es una clase. Balam ya no habla de fe; ¡ahora prefiere hablar de ciencia, ideología y arte![81]

Como se podrá observar, Shariati incorpora una serie de elementos sociológicos marxistas, pero en lugar de hacerlo acríticamente los asocia a una interpretación dinámica y clasista del Islam. Precisamente ahí radica su diferencia con Jomeini, y en ello reside su arraigo en los musulmanes de izquierda.

Dichas posiciones muestran claramente que los movimientos de resistencia musulmanes no son monolíticos ni homogéneos. Al contrario, hay una am-

[79] *Ibid.*, pp. 129-130.
[80] *Ibid.*, p. 139.
[81] *Ibid.*, p. 142.

plia gama de alternativas políticas que se traducen en una gran diversidad de manifestaciones opositoras. A esto se le añade la multiplicidad de las formas que la especificidad de cada país le confiere a estas luchas.

La resistencia afgana de la época de la invasión soviética estaba compuesta principalmente por los fundamentalistas islámicos, pero también por algunos grupos de nacionalistas seculares arrojados del poder por los comunistas afganos.

Las tribulaciones de una intelectualidad afgana producto de una preparación deficiente en la universidad de Kabul y que percibía pocas oportunidades de trabajo y de participación en el gobierno afgano, favoreció no sólo la creación de cuadros comunistas, sino también fundamentalistas. Fue precisamente en la Universidad de Kabul donde surgieron los primeros cuadros del Partido Islámico (Hezb-e-Islami), fundado en 1968. Este partido tuvo una serie de enfrentamientos no sólo con los comunistas afganos, sino también con el gobierno de Daud a mediados de los setenta. Se le acusó de practicar actos de terrorismo fanático (arrojar ácido en la cara a las mujeres que no portaban velo) y de estar financiado por fuerzas conservadoras pakistanas.[82] El líder de la organización, Gulboddin Hekmatyar, fue acusado de haber dado

[82] Mike Barry, *op. cit.*, pp. 44-50.

muerte a un manifestante de izquierda y tuvo que huir con 50 de sus seguidores en 1974 hacia Pakistán.[83]

También surgieron a principios de dicha década grupos más conectados con elementos religiosos educados en las escuelas islámicas y con nexos con organizaciones fundamentalistas, como los Hermanos Musulmanes y el Jamiyyat al-Ulama de Pakistán. El grupo más conocido era el llamado Ikhwaniha que se agrupó alrededor del semanario *Gaheez* hasta el asesinato de su editor en 1972.[84]

Durante los años de la resistencia antisoviética, ésta se podía dividir en dos: la radicada en Pakistán, desde donde realizaba incursiones cercanas a la frontera, y la que se encuentra en el interior de Afganistán. La organización de la lucha siempre tuvo como base la tribu.

> En el marco de la lucha actual, la tribu es el núcleo social con cohesión y responsabilidades militares. La rebelión es más activa en las regiones donde las estructuras tribales predominan; las comarcas pashtún, el Nuristán y el Hazarajat.[85]

[83] *Excélsior*, 3 de julio de 1981, p. 4.

[84] Hasan Kakar, "The Fall of the Afghan Monarchy in 1973", *International Journal of Middle Eastern Studies*, vol. IX, núm. 2, mayo de 1978, p. 203.

[85] Asen Balikci, "La ideología la organización de la resistencia afgana. Flexible articulación de las estructuras tribales y religiosas", *Le Monde Diplomatique* en español, año 2, núm. 21, septiembre de 1980, p. 5.

Precisamente por eso no debe extrañar que la resistencia armada y los grupos rebeldes giren no necesariamente alrededor de programas de lucha, sino más bien en torno a líderes con ascendiente sobre sus seguidores.

Al interior de Afganistán la mayoría de la lucha es autogenerada y tiene carácter local, por lo que existe una proliferación de pequeñas organizaciones, agrupadas en federaciones o consejos que promueven frentes militares.[86] Los hazaras al parecer han logrado cohesionarse en frentes regionales y están buscando establecer contactos con otras minorías étnicas.[87] Por ser de filiación shiíta y existir por lo menos cien mil refugiados en Irán, durante la época de la invasión soviética se esperaba que recibirían ayuda de Jomeini. Sin embargo, al parecer los graves problemas internos que afrontaba el gobierno revolucionario iraní impidieron que esta ayuda cristalizara.

En el exterior de Afganistán, durante los años ochenta la resistencia se encontraba en Peshawar, Pakistán, territorio eminentemente pashtún. Ahí también proliferaban las organizaciones, pero destacaron por su influencia seis de éstas:

1) Hezb i Islami, dirigida por Gulboddin Hekmatyar, de orientación fundamentalista, más

[86] *Excélsior*, 5 de julio de 1981, p. 4.
[87] *Ibidem*.

cercano a los Hermanos Musulmanes que a Jomeini.

2) Jamiat i Islami, dirigida por el ex profesor de filosofía de la Universidad de Kabul, Burhannudin Rabbani, de origen tayik, con posiciones ideológicas que fluctúan entre las ideas de Jomeini y Shariati, más cercano al primero.
3) Harakat Inquilab i Islami, dirigida por el ex diputado Mohd Nabi Mohammadí, de tendencia fundamentalista.
4) Yunis Khalis, dirigida por Yunis Khalis, de tendencia jomeinista muy independiente.[88]
5) Jublai i Nifat i Milli, dirigida por Pir Sibghhatullah Mojaddedi, que combina una estructura islámica con una orientación nacionalista secular.
6) Mazak i Islami, dirigida por Pir Syed Ahmed al Gailani, de orientación francamente nacionalista secular con tendencias occidentalistas.[89]

En los años posteriores, las organizaciones de resistencia islámica habrían de proliferar, así como las divisiones y pugnas internas. Como es lógico suponer, la poca información y lo confuso de ella hacen difícil una evaluación exacta de las tendencias organizativas, programáticas e ideológicas de estas or-

[88] *Excélsior*, 4 de julio de 1981, p. 4.
[89] *Ibidem*.

ganizaciones. Sin embargo, está claro que todas son profundamente nacionalistas (o nacionalitarias) y ninguna representaba una garantía para Occidente una vez que los soviéticos abandonaran territorio afgano y alguna tomara el poder.

III. REVOLUCIÓN POPULAR Y RESISTENCIA ISLÁMICA EN AFGANISTÁN

a) El rechazo a la modernidad y la centralización

Al parecer, algunos sectores del pueblo afgano consideran que se encuentran librando actualmente una lucha de resistencia contra Occidente. Sin embargo, suponiendo que esta visión fuera cierta, contrariamente a lo que se piensa, ésta no habría comenzado hace algunos meses, sino que se remonta por lo menos a los últimos 160 años. Curiosamente, este hecho tan evidente no parece haber sido comprendido en toda su extensión por quienes de alguna manera se han aproximado a los sucesos de las últimas dos décadas en Afganistán. Muchos estudiosos, tanto de izquierda como de derecha, a pesar de mantener posiciones políticas distintas en cuanto al problema afgano, se manifiestan igualmente perplejos, confundidos ante las características de esta resistencia y de su fundamento ideológico.

La confusión aumenta cuando al análisis de la invasión de distintas intervenciones extranjeras se le

agregan los elementos de conflictos intertribales, interétnicos e interclasistas. Si adicionalmente incluimos otros factores igualmente importantes, como los culturales, y los observamos a la luz de su desarrollo histórico, el resultado es una explicación que se aleja de la simplicidad de interpretar la resistencia como un mero rechazo al régimen británico, ruso, soviético o estadunidense.

Por otra parte, no se debe olvidar bajo este esquema que los países del área, tal como hoy los conocemos, tienen fronteras que hace 130 años no existían, y que de hecho para muchos habitantes de la zona siguen sin existir. De esta manera, al asomarnos a la historia afgana es imprescindible abandonar el estrecho margen de los actuales límites de ese país y encontrar en las regiones circunvecinas de Irán y el Asia Central los elementos de identidad de la resistencia islámico-popular. Al mismo tiempo, se vuelve necesario partir de los elementos centrales del sistema social afgano.

Como se nos presenta a primera vista, el principal obstáculo que la etnia dominante en Afganistán ha encontrado es el de integrar un Estado-nación, capaz de romper con los intereses particulares de los pueblos que la conforman. Esto ha implicado un largo proceso de lucha entre el poder central y las distintas tribus o pueblos que se rehúsan a someterse a los dictados de un gobierno, el cual, consideran, está al servicio de una etnia dominante y que, en conse-

cuencia, carece de legitimidad. El presidente, como antes el emir, deriva su poder no de la constitución de un gobierno centralizado, sino más bien de una delegación de funciones otorgadas por una especie de confederación tribal. Como el especialista León B. Poullada anota acertadamente,

> ... ya hemos hecho notar que para la mayoría de las tribus, la autoridad central, desde su fundación por Ahmad Shah, ha sido poco más que una emanación de una confederación tribal, y el emir meramente un jefe principal, un *primus inter pares*.[1]

Además, un determinado juego colonialista en la zona favoreció la debilidad del gobierno central y el afianzamiento del poder tribal en la política afgana. Esto es, en el siglo XIX la rivalidad ruso-británica en el área impidió la colonización directa por cualquiera de estas potencias. Como consecuencia, los gobiernos centrales afganos no fueron afectados por una serie de medidas "modernizadoras" que a la postre habrían acrecentado su capacidad de control sobre la población.

De esta manera, la historia moderna de Afganistán es la historia de la lucha entre un gobierno central

[1] Leon B. Poullada, *Reform and Rebelion in Afghanistan, 1919-1929; King Amanullah's Failure to Modernize a Tribal Society*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1973, p. 29.

(básicamente pashtún) y la serie de tribus (incluidas las pashtún) que buscan escapar de dicha jurisdicción por diversos motivos, desde los económicos hasta los puramente ideológicos.

Según Louis Dupree, los países musulmanes encuentran una serie de obstáculos en sus intentos por construir un Estado-nación. Algunos son: 1) actitudes introspectivas con lealtades basadas en unidades geográficas familiares o tribales; 2) rechazo del extranjero por nocivo, y 3) reforzamiento de valores introspectivos, impulsados por el clero conservador que comúnmente está orientado al reforzamiento del *status quo* y ligado con otros grupos de intereses, como familias reales, terratenientes, etcétera.[2]

Lo que Dupree no puede ver es que precisamente ese clero que él llama conservador (y en cierta forma tiene razón en hacerlo) es el que está abanderando la resistencia popular. La actitud introspectiva y el rechazo al extranjero no son meras xenofobias carentes de sentido, sino formas de conservación de una civilización agredida. Por lo tanto, si los líderes religiosos parecen reforzar el *status quo* y unirse a otros grupos de interés afectados, no es por necedad reaccionaria, sino porque están expresando un sentir ge-

[2] Louis Dupree, "Democracy and the Military Base of Power", *The Middle East Journal*, vol. XXII, núm. 1, invierno de 1968, p. 32.

neralizado que intenta preservar su identidad cultural frente a la intervención occidental.

Además de estas consideraciones, hay causas específicas del arraigo de los *mullah* (líderes religiosos locales) en las sociedades islámicas. Por ejemplo, la mezquita juega el papel de centro socializador, ya que comúnmente es, además de lugar de oración, escuela temporal, y en algunos países como Afganistán también el lugar de reuniones políticas o *jirgah.*[3] La inexistencia de escuelas rurales seculares también fortalece la posición de los religiosos. En la mezquita, el *maulawi* (singular de mullah) local enseña a niños y jóvenes el Corán en la temporada que no es de cosecha. Aunque hay también numerosos mullah analfabetos, se debe recordar que en las sociedades musulmanas la tradición e importancia de la cultura oral es muy grande. De hecho, a pesar de ser analfabetas, muchas personas poseen una cultura muy superior a los promedios occidentales, ya que además de los conocimientos teóricos elementales se sabe lo necesario para el desempeño correcto de la actividad productiva.

Otra base del poder de los mullah proviene de su función como intérpretes de la *Shari'a* o ley islámica. En ocasiones, el consejo del pueblo (*jirgah*) toma sus decisiones con base en el *raway* o ley consuetudina-

[3] Louis Dupree, *Afghanistan*, Princeton, Princeton University Press, c1973, 2ª ed., 1980, p. 136.

ria, según la interpreten los más viejos del pueblo, o según la shari'a. Algunos expertos en Afganistán hacen referencia explícita a las causas de la influencia de los mullah en la política nacional, sumarizando algunos de los puntos ya expuestos:

> La influencia del maulawi está basada ampliamente en su posición como un hombre de conocimiento, como un terrateniente importante y como un intermediario e intrigante político en los conflictos constantes que permean esta sociedad.[4]

Los estudios sobre el papel de los líderes religiosos en las rebeliones coinciden en señalar los intereses materiales que mueven a estos personajes. Dupree por ejemplo, es especialmente incisivo en sus afirmaciones:

> Los líderes religiosos tradicionalmente se oponen a la secularización. Cada paso hacia un Estado secular disminuye su poder social, económico y político, y a menudo arroja dudas sobre su papel como intérpretes religiosos. Ellos se oponen a la reforma agraria, ya que controlan grandes porciones de tierra; luchan contra la formación de escuelas seculares, ya que controlan la educación; las constituciones seculares abren brechas en su poder político; y la abolición voluntaria

[4] Leon B. Poullada, *op. cit.*, p. 20.

o forzada del *purdah* (aislamiento de las mujeres) relaja su control social.[5]

Sin duda alguna los mullah o líderes religiosos tienen razones muy específicas para oponerse a la "secularización", al igual que la mayoría del pueblo. Pero analizar las rebeliones populares como fenómenos sociales originados en la insatisfacción de algunos individuos no permite la apreciación de fuerzas motoras más importantes. La oposición religiosa o de liderazgo tribal a las medidas modernizadoras debe visualizarse como parte de un rechazo generalizado a una intromisión externa que amenaza no sólo sus intereses materiales, sino a toda una forma de vida. Ciertamente, en el momento en que se rompe el muro de contención que pudo haber representado el liderazgo tribal, la organización de la resistencia se hace más evidente.

Así pues, la oposición de los mullah no explica totalmente el carácter de las rebeliones afganas. Existe otro sector afectado por las reformas y medidas "modernizadoras" emprendidas por el Estado afgano y que forma una alianza natural con los líderes religiosos en su contra. Este sector son las tribus o pueblos de las provincias, tradicionalmente autónomas. Las medidas modernizadoras atacan no sólo a

[5] Louis Dupree, "Democracy and the Military Base of Power", *op. cit.*, p. 32.

estas tribus, sino de hecho a toda la estructura social afgana. Esto hace que las rebeliones adquieran perfiles muy complejos, que a veces impiden la correcta interpretación de sus motivaciones. Una breve revisión de algunas de estas insurrecciones puede ofrecer los elementos esenciales que permitan establecer generalizaciones.

b) Luchas espontáneas como primera forma de resistencia

En 1838, el juego de las potencias occidentales en la zona, provocó la primera invasión inglesa en Afganistán. Gran Bretaña, temiendo una expansión rusa en sus fronteras indias, decidió contenerla mediante una intervención destinada a imponer un emir títere que fuera favorable a sus designios. Es difícil precisar si los británicos pretendían en ese entonces establecerse definitivamente en tierras afganas. De cualquier manera, los acontecimientos no se sucedieron como los ingleses esperaban. Para agosto de 1839 el emir Dost Mujamad había sido sustituido por Sha Shudja, quien estaba resueltamente de parte de Gran Bretaña. Los dos años siguientes fueron testigos de continuas sublevaciones tribales, y el ejército anglo-indio se vio en la necesidad de mantenerse activo intentando aplastarlas durante ese lapso. El jefe de la expedición, W. Macnaghten, pensó que tal era el es-

tado habitual de la sociedad afgana y empezó a plantear su retiro paulatino. Mientras tanto, Dost Mujamad se había rendido a los ingleses y había sido enviado a India.[6]

Al mismo tiempo, Macnaghten fue informado de que la carga presupuestal de la ocupación británica en Afganistán, que ascendía a 1 250 000 libras esterlinas anuales, debía ser reducida. A Macnaghten no se le ocurrió más que suspender los subsidios a los jefes tribales, con los cuales había estado de hecho comprando la paz. La rebelión no se hizo esperar. El 2 de noviembre de 1841 la casa del general Alexander Burnes (segundo al mando) en Kabul fue asaltada y éste asesinado. De ahí la revuelta se extendió por toda la región y no concluyó sino hasta la famosa retirada de los británicos hacia la frontera india. En dicho repliegue, como es sabido, sólo uno de los 4 500 soldados y los 12 000 hombres de servicio pudo llegar a salvo. Los demás fueron muertos o hechos prisioneros.

Aunque durante 1842 el ejército británico ocupó nuevamente Kabul, la experiencia de la retirada fue lo suficientemente aleccionadora como para que decidieran reinstalar a Dost Mujamad en el emirato.[7] El emir terminó por convencerlos con sus acciones de

[6] Karl Marx y Friedrich Engels, *Sobre el colonialismo*, México, Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 37, c1973, 3ª ed., 1979, p. 131.

[7] *Ibid.*, p. 134 y Louis Dupree, *op. cit.*, pp. 377-400.

que más valía contar con un gobierno amigo en Afganistán que intentar controlar por la fuerza a las tribus irredentas de la zona.

Como se puede observar, existieron dos elementos que facilitaron la rebelión en contra de los británicos: el odio al invasor y la suspensión de los subsidios a los jefes tribales. ¿Significa esto que existía un sentimiento antibritánico en Afganistán?, o ¿quiere decir que la ausencia de un sentimiento nacional no impedía la consecución de arreglos benéficos a los líderes tribales, mientras esto no significara una reducción de su soberanía o un ataque directo e inmediato a sus instituciones? Existen dos niveles en esta cuestión. Mientras que la invasión permite un reordenamiento benéfico para alguna tribu al interior del territorio afgano estos pueblos se mantienen divididos y luchan entre sí, mejorando sus posiciones y beneficiándose al mismo tiempo de los subsidios británicos. Sin embargo, cuando la intervención pasa a una etapa en la que la soberanía tribal y las instituciones locales son atacadas directamente, el rechazo del invasor se convierte en la prioridad de todas las tribus. Si a esto le agregamos el rompimiento de un dique tan importante como lo eran los subsidios económicos, la rápida extensión de la rebelión se convierte en algo lógico.

En 1849 los británicos ocuparon territorio sij (gran parte del actual Pakistán) y quedaron soberanos de una zona en disputa entre sijs y afganos, ya que en dicha zona habitaban (y habitan) numerosas

tribus pashtún. Una sola cifra muestra el irredentismo de estos pueblos. Entre 1849 y 1879, año de la segunda guerra anglo-afgana, hubo 37 expediciones británicas que cruzaron los límites de las distintas administraciones.[8]

La segunda guerra anglo-afgana, que se efectuó entre 1879 y 1880, tuvo motivaciones y desarrollos muy parecidos a los de la primera. Asegurados los ingleses de que los rusos no avanzarían o firmarían algún tratado con Afganistán, tuvieron que salir de dicho territorio y apoyar a un emir que, aunque no era profundamente antibritánico, tampoco era un amigo de los ingleses.[9]

La xenofobia de las tribus no pudo ser jamás aplacada. A fines del siglo XIX se hicieron comunes las continuas incursiones del ejército británico en territorio afgano para dar seguridad a los ingleses, que prácticamente no podían alejarse de sus rutas principales o fortalezas sin ser atacados. Así surgieron las tristemente famosas "guerras Wilcox de fin de semana", como fueron denominadas las expediciones punitivas dirigidas por dicho general contra las tribus pashtún en el último cuarto de ese siglo.[10] Los ata-

[8] W. K. Fraser-Tytler, *Afghanistan; A Study of Political Developments in Central and Southern Asia,* Londres, Oxford University Press, 1958, c1950, p. 115.

[9] Louis Dupree, *Afghanistan, op. cit.*, pp. 408-413.

[10] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.,* pp. 181-191.

ques punitivos británicos muestran la incesante actividad tribal en contra del invasor, el cual, habiéndose anexado territorio sij, ocupado por pashtunes, amenazaba con ampliar sus posiciones coloniales hasta la cordillera montañosa del Hindu Kush.

Mientras tanto, otros pueblos musulmanes también enfrentaban el peligro de la colonización directa. Aunque el avance ruso hacia el sur había sido incesante, por lo menos desde el siglo XVIII, el Asia Central permanecía todavía fuera de la influencia del zar hacia mediados del siglo XIX. Los ingleses estaban esperanzados en conservar esta zona como "Estados colchón", pero los rusos tenían otros planes para dichas provincias. En enero de 1865, Tashkent, principal ciudad del janato (*khanato*) de Jokand cayó en poder de los rusos, abriéndoles paso así al corazón de Asia Central.[11] En agosto de 1866, un decreto imperial proclamó la anexión de Tashkent al imperio. El janato que le siguió fue Bujara, que en junio de 1868 se convirtió en un Estado bajo la soberanía rusa.[12] El único janato que quedaba, Jiva, fue conquistado en 1873 y puesto también bajo soberanía rusa.[13]

En Jokand mientras tanto, el sentimiento antiruso había llegado a tal grado que en 1875 estalló una

[11] Edward Allworth *et al.*, *Central Asia; A Century of Russian Rule,* Nueva York y Londres, Columbia University Press, 1967, p. 139.

[12] *Ibid.*, p. 142.

[13] *Ibid.*, p. 147.

rebelión contra el jan (*Khan*) que se transformó inmediatamente en una guerra santa contra los infieles rusos. La rebelión fue aplastada y el gobierno ruso aprovechó para acabar con el janato y remplazarlo por la región de Farghara, bajo el mandato de un gobernador militar.[14] Esta rebelión marcaría la pauta a la serie de insurrecciones que posteriormente se desencadenarían en dicha región. Lo que en un principio era descontento popular contra las medidas del jan impuesto por los colonizadores, pronto se convertía en una rebelión antirusa encabezada por algún pretendiente al poder, pero que prometía la independencia y la liberación de la dominación rusa.

Destacó en esta resistencia la rebelión de 1892, que por ser urbana rompió hasta cierto punto con el patrón hasta entonces impuesto. La rebelión se desarrolló en Tashkent y se originó en una epidemia de cólera que azotó a la ciudad. Los rusos trataron de imponer ciertas medidas sanitarias que afectaban las costumbres islámicas y los disturbios no se hicieron esperar. Otro punto interesante acerca de esta rebelión es que varios mercaderes, líderes religiosos y artesanos "fueron arrestados por haber desempeñado un papel muy importante en su estallido".[15]

Al principio, la política que siguieron los rusos hacia el Islam fue, después de un breve periodo de re-

[14] *Ibidem.*

[15] *Ibid.*, p. 164.

presión, la de ignorar su existencia. Muchas veces el pueblo musulmán respondió con una política de no cooperación, aun en contra de sus débiles economías.

> Y aun así, la política de ignorar al Islam defendida por von Kaufman [gobernador ruso del Asia Central] todavía continuó, ya que los rusos no podían distinguir claramente en cuanto a lo que concierne a la actitud del pueblo musulmán, entre lo que estaba conectado con el Islam y la influencia de los líderes religiosos, lo que era descontento popular directo y, finalmente, lo que era puro desorden.[16]

El problema radicaba en que, efectivamente, no había ninguna diferencia entre estos fenómenos. El descontento popular directo, así como los estallidos de rebeldía que parecían "puro desorden", tenían origen en la dominación colonial. La única alternativa de estos pueblos era el Islam, al cual identificaban con su nación perdida y al que defendían, por tanto, como último bastión contra la dominación rusa. No fue entonces un accidente el hecho que en la mayoría de estas rebeliones estuvieran implicados líderes religiosos. No era raro tampoco el hecho de que algunas de estas rebeliones fueran organizadas por sectas sufis, con fuertes contenidos místicos. Así, el levantamiento popular más importante de Asia Central en el siglo XIX fue organizado en 1898 por una herman-

[16] *Ibid.*, p. 167.

dad llamada de los *Naqshbandi*. La rebelión de Andiján, como comúnmente se le conoce, fue rápidamente aplastada. Sin embargo, además de demostrar que la fuerza rusa podía ser puesta a prueba seriamente en Asia Central, también mostró a los colonizadores la amplitud del descontento. En dicha rebelión habían participado no sólo la Hermandad, sino también la élite del antiguo janato y el pueblo, que vio en los naqshbandi la liberación islámica del control ruso.[17]

La respuesta a la penetración de Occidente presentó características distintas dependiendo de la región. En el caso de Irán el rechazo fue siempre más claramente expresado. Los motines antiextranjeros nunca desaparecieron, pero la sociedad en su conjunto tenía un grado de organización mayor que le permitió enfrentar más coherentemente (aunque con poco éxito las más de las veces) la amenaza externa.

Una de las primeras muestras de este enfrentamiento fue la "guerra santa" de 1828 que el Sha tuvo que lanzar contra los rusos, presionado por la jerarquía religiosa y la agitación popular. Aunque dicha guerra culminó con un fracaso, contribuyó a despertar el sentimiento anticolonial de las masas persas. Además, desde un principio los líderes religiosos estuvieron prestos a reconocer en sus gobernantes a las marionetas de los intereses externos. Su capacidad para levantar al pueblo en rebelión fue siempre un

[17] *Ibid.*, p. 169.

poderoso instrumento que supieron dirigir hacia la casa reinante. En este sentido, las rebeliones de 1891 y 1905 se muestran como prueba fehaciente de este hecho. Desde principios del siglo XIX, los ulama se habían constituido en los defensores de los valores islámicos en contra de la opresión extranjera. En 1829 por ejemplo, ocurrió una serie de disturbios en Teherán. El pueblo atacó la delegación rusa y exterminó a todos sus ocupantes. El gobierno del zar exigió la expulsión de Teherán de uno de los ulama agitadores (lo que muestra la participación de los líderes religiosos), llamado Hajji Mirza Masih. Éste se negó a partir y los desórdenes continuaron, pero ahora en contra del gobierno del sha, y sólo terminaron cuando al fin Hajji Mirza aceptó salir de Teherán.[18]

Como es lógico suponer, las revueltas no tenían solamente origen político. Muchas veces los disturbios eran precedidos por grandes hambrunas que asolaban y sumían en la desesperación a la población. Levantamientos de este tipo sucedieron en julio de 1834 y marzo de 1861. Lo notable es que también en estas insurrecciones los ulama jugaban el papel de principales instigadores.[19]

Otras manifestaciones antiextranjeras en el siglo XIX fueron las motivadas por la concesión otorgada al

[18] Hamid Algar, *Religion and State in Iran 1785-1905: The Role of the Ulama in the Qajar Period*, Berkeley, University of California Press, 1969, pp. 97-98.

[19] *Ibid.*, p. 108.

británico Julius Reuter en 1872. Dicha concesión otorgaba garantías para la construcción de ferrocarriles así como para la explotación de todos los minerales y bosques en Irán. Al final, la ola de agitación provocó el retiro de la concesión.[20] Igual suerte sufrió el monopolio de la comercialización del tabaco que otorgó el sha a un financiero británico, el mayor Gerald F. Talbot. La disposición incluía el control de la comercialización del tabaco tanto interna como externa, además del control de la producción, por un periodo de 50 años. A cambio, el Tesoro persa recibiría 15 000 libras esterlinas anuales y 25% de las ganancias netas, después de una deducción hecha por los concesionarios de un dividendo de 5% de su capital.[21]

Analizar las causas que llevaron a la formación de un bloque opositor, que finalmente lograría la abolición de dicho monopolio, permite entender las raíces de la oposición y las características del fenómeno de la resistencia en Afganistán.

Mucho se ha escrito acerca de las características específicas del shiísmo que permiten la conformación de un pensamiento revolucionario.

> La tendencia de esta religión a observar a los gobernantes temporales como usurpadores, mientras que el

[20] *Ibid.*, p. 174.

[21] Gard D. Gilbar, "The Big Merchants (Tujjan) and the Persian Constitutional Revolution of 1906", *Asian and African Studies*, vol. XI, núm. 3, invierno de 1977, p. 288.

> legítimo gobierno, que depende del regreso del doceavo Iman, puede ser ejercida sólo por aquellos líderes de los ulama que son competentes para interpretar su voluntad, salió a la superficie en el siglo XIX.[22]

Esto de por sí hubiera sido suficiente para establecer las bases de la oposición religiosa a la dinastía Qajar de Persia (1796-1925). Sin embargo, existían razones más directas e inmediatas para dicha confrontación. De hecho, la lucha se centraba en los intentos de secularización del Estado, lo que en Irán significaba desislamización.

Entre 1848 y 1851 por ejemplo, el visir Mirza Taqi Jan Amir Kabir buscó limitar el poder de los ulama negándoles el derecho de asilo y ampliando la jurisdicción de las cortes seculares.[23]

En el periodo Qajar, la dualidad del sistema judicial fue una fuente permanente de conflicto entre los monarcas y los ulama. Las cortes presididas por estos últimos (*shar*) dirimían los conflictos de naturaleza personal o comercial, mientras que las presididas por el Estado (*urf*) trataban ofensas contra el Estado, asuntos de seguridad pública, etc. Las jurisdicciones de las cortes a veces se traslapaban e incluso se con-

[22] Nikki R. Keddie, *Religion and Rebellion in Iran: The Tobacco Protest of 1891-1892*, Londres, Frank Cass and Co. Ltd., 1966, p. 10.

[23] Hamid Algar, *op. cit.*, p. 129.

tradecían, originando así conflictos entre líderes religiosos y el Estado.[24]

Existían además otras razones para la oposición religiosa al gobierno y a la expedición de concesiones a extranjeros. En el caso del monopolio del tabaco por ejemplo, había un interés directo, dado que la concesión afectaría a más de un *alim* (singular de ulama) que cultivaba tabaco en tierras *waqf*, es decir, tierras entregadas como donación al cuidado de los religiosos. Además, "la entrada de numerosos empleados de la Compañía en Irán era vista como una cuña para prácticas y creencias no islámicas".[25]

Por último, otra razón de peso que provocaba la oposición ulama era la cuestión de la educación, tradicionalmente en manos religiosas, y que a medida que pasaba el siglo XIX comenzó a ser disputada por el Estado, o en su defecto y lo que era peor, por instituciones educativas occidentales.

Además de la oposición religiosa existían en Irán otros grupos que se veían afectados por la política gubernamental de la dinastía Qajar y por las continuas concesiones que ésta tenía que hacer frente a las potencias coloniales. Probablemente el sector más perjudicado por estas medidas era el de los comerciantes. Las razones para su oposición también eran muy variadas.

[24] *Ibid.*, p. 12.
[25] Nikki R. Keddie, *op. cit.*, p. 65.

Hasta antes de la década de 1880 los comerciantes disfrutaban de una economía protegida del exterior, reinando una especie de libre juego de las fuerzas del mercado al interior del país. El gobierno casi no intervenía en la orientación de la economía. Las firmas extranjeras no podían comprar tierras y además tenían que pagar tarifas aduanales mayores que las de los comerciantes locales y no estaban exentos de otras cargas impositivas internas.[26] Esto explica por qué los comerciantes no colaboraron (como grupo) en rebeliones anteriores a dicha época, puesto que entonces todavía gozaban del proteccionismo del gobierno persa. Por ejemplo, en el movimiento para abolir la concesión Reuter en 1873 no se tiene noticia de su participación.[27]

Esa política del gobierno del sha comenzó a cambiar a fines de la década de 1880. La concesión del monopolio del tabaco afectó a varios grupos de comerciantes en Irán: 1) los minoristas, que tendrían que comprar el tabaco de la Compañía al precio que ésta fijara; 2) los mayoristas y exportadores, porque ya no podrían dedicarse a su negocio; 3) los comerciantes que tenían inversiones en la explotación del tabaco, y 4) los empresarios locales que estaban encargados del procesamiento del mismo.[28]

[26] Gard D. Gilbar, *op. cit.*, p. 283.
[27] *Ibid.*, p. 284.
[28] *Ibid.*, p. 289.

La concesión les afectaba de tal manera que fueron los comerciantes iraníes quienes encabezaron la rebelión durante los primeros meses de 1891; a fines de ese año los líderes religiosos pasaron a encabezar nominalmente el movimiento. El golpe de gracia a la concesión del monopolio del tabaco lo propinó la *fatwa* (mandato religioso) anunciada desde el santuario de Shirazi, prohibiendo fumar a todos los creyentes y estableciendo de esta manera un boicot muy efectivo.[29]

Cabe anotar en este sentido que la oposición religiosa llegó a adquirir un carácter anticolonialista que rebasó en buena medida las necesidades inmediatas de los comerciantes y la serie de intereses que hacía posible la alianza entre los dos grupos.[30]

La mayoría de los especialistas considera que el emirato de Abdur Rahman (1880-1901) marca el inicio de la era moderna afgana. Durante esos 20 años se llevó a cabo el proceso de consolidación del gobierno central frente a las tribus, se fijaron las fronteras internacionales (aunque desde 1880 Gran Bretaña controlaría las relaciones exteriores de Afganistán) y se dieron los primeros pasos hacía una incipiente modernización del país. Esto por supuesto, no se logró gratuitamente; Leon B. Poullada afirma que Abdur Rahman

[29] Nikki R. Keddie, *op. cit.*, p. 95.
[30] *Ibid.*, p. 98.

> En su autobiografía identificó cuatro conflictos principales a los cuales por su extensión y magnitud llamó guerras civiles: 1) la rebelión de 1881, dirigida por Mujamad Ayub centrada en Kandahar; ésta fue esencialmente una guerra dinástica al interior de la tribu Durrani; 2) la rebelión Ghilzai de 1886, que fue en efecto una guerra intertribal entre los disgustados Ghilzai y los reinantes Durrani; 3) la rebelión de Turkestán de 1888, dirigida por Mujamad Ishak, que fue un movimiento secesionista de las tribus turkmenas dirigidas por un pariente de confianza de Abdur Rahman que había sido nombrado por él como gobernador de Turkestán; 4) la revuelta Hazara de 1891, que fue un levantamiento general de las tribus Hazara contra la hegemonía tribal pashtún. Además de estos conflictos principales Abdur Rahman se refiere a seis revueltas menos generalizadas y a un gran número de insurrecciones locales.[31]

Dupree señala también una lista de campañas que tuvo que realizar Abdur Rahman con objeto de afianzar su poder. Desafortunadamente no se cuenta con más elementos para juzgar el carácter de estas rebeliones. A pesar de eso, podemos inferir que muchas de estas revueltas fueron causadas por la creciente intervención del aparato político central afgano en las soberanías tribales. En este sentido, muchos afganos relacionaban directamente estos in-

[31] Leon B. Poullada, *op. cit.*, p. 7.

tentos modernizadores con la creciente intervención extranjera.

Al respecto, es importante mencionar que para algunos autores[32] las tribus pashtún sólo se unen "para defenderse a sí mismas y a su país contra cualquier forma de presión externa". Sin embargo, para otros, los intereses tribales permanecían siempre por encima de los intereses generales. Al parecer el rechazo a la intervención extranjera dependía de dos factores básicos: 1) el grado de intromisión en las estructuras sociales y en la cultura islámica de las tribus y 2) la creciente conformación de una ideología nacionalista. La ideología nacionalista penetró a grandes capas de las élites afganas y fue suficiente como para llevar a cabo un movimiento de liberación nacional que en 1919 logró la independencia de Afganistán, recuperando el control de su política exterior.

Esta guerra de independencia, conocida mejor en la bibliografía europea como la tercera guerra anglo-afgana, fue llevada a cabo por el nuevo emir Amanullah, quien de esa manera se convirtió en el líder nacionalista de su país. Para esto realizó una guerra rápida, en la que se involucraron los sectores religiosos y declararon una guerra santa contra los infieles ingleses.[33] Después, durante su reinado intentó modernizar a la nación a fin de hacerla más poderosa

[32] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.*, p. 183.
[33] Leon B. Poullada, *op. cit.*, p. 47.

frente al exterior. Como se ha visto, la idea era tomar las armas del enemigo (es decir, de las potencias occidentales) para después poder vencerlo con su propia técnica. La independencia sería alcanzada según este proyecto en la medida en que la sociedad afgana se modernizara. Sin embargo, existía un grave problema: las tribus. Después de todo, ¿qué era para ellas la nación? Al no poder resolver políticamente este dilema, Amanullah construyó su derrota.

c) Rebeliones y proyectos de liberación en el siglo XX

El periodo de Amanullah es importante para el análisis de la situación actual, ya que presenta grandes semejanzas con la etapa transcurrida desde el arribo al poder de los comunistas afganos. En ambos gobiernos se intentó una serie de reformas modernizadoras y en ambas la rebelión popular fue inmediata.

Amanullah puso en práctica sus reformas en tres etapas. La primera, de 1919 a 1923, subrayó la formación de una estructura jurídico-administrativa que pudiera servir de base legal a sus otras reformas.[34] De hecho, la culminación de esta etapa se puede marcar con la aprobación de la Constitución de 1923, que enfatizaba la separación de la religión y el Estado. En la segunda etapa las medidas reformadoras se reduje-

[34] *Ibid.*, p. 69.

ron debido a la rebelión de las tribus mangales en 1924. Por último, la tercera duró desde julio de 1928 (cuando Amanullah volvió de Europa) hasta su caída en enero de 1929.[35]

En realidad, la resistencia a las reformas erosionó las bases de poder de la monarquía afgana. Amanullah trató de implementar medidas que afectaban a miembros de la corte, a líderes religiosos, a líderes tribales, a oficiales del ejército, al pueblo en general, y sobre todo a la conciencia islámica popular.

El emir intentó crear un sistema de jurisprudencia secular, pero sin contar con un solo abogado civil. Buscó el apoyo de algunos ulama progresistas que aprobaron dichas legislaciones declarándolas acordes con la Shari'a. Sin embargo, la mayoría de los jueces (*qazis*) y consejeros legales vio estas medidas como contrarias al espíritu islámico.

Otra reforma que afectaba directamente el poder de los mullah era la remodelación del sistema educativo, cuyo objetivo final era su total secularización.[36]

Una decisión que debilitó las bases de poder de Amanullah al interior de la élite gobernante fue la de impulsar la campaña contra la corrupción y contra el nepotismo, dos fenómenos muy arraigados en Afganistán. En ese caso Amanullah cometió el error de olvidar que en una sociedad eminentemente tribal el

[35] *Ibidem.*
[36] *Ibid.*, p. 86.

nepotismo no es visto necesariamente como una forma de corrupción, sino como una parte esencial del engranaje de poder en la tribu. El sistema estratificado de subordinación y clientelismo no podía desaparecer sin afectar directamente la estructura misma de la sociedad tribal.

Las reformas militares, tales como la reducción del número de antiguos oficiales, la baja del salario a los soldados, la inclusión de oficiales turcos destinados a entrenar cuerpos especiales, etc., también alienaron de Amanullah a muchos de sus antiguos seguidores, incluyendo a Nadir Sha, quien posteriormente sería emir, de 1929 a 1933.[37]

Sin embargo, las reformas menos acertadas en términos políticos fueron las que intentaron frenar las prerrogativas de las tribus. Amanullah no sólo disminuyó o abolió muchos de los subsidios a los jefes tribales, sino que además

> ... ordenó que la remuneración debía basarse en trabajo de valor para la nación. Esto era incomprensible para los jefes tribales alrededor de él. Su lealtad dependía de su posición privilegiada, y ellos a cambio ligaban a sus familias y clanes en una telaraña de lealtades dependiente en la diseminación de dádivas a lo largo de la cadena feudal de comando. Éste era el servicio que ellos desempeñaban, que Amanullah parecía no entender o

[37] *Ibid.*, p. 148.

apreciar. Pedirles desempeñar trabajo constructivo además de sus servicios como intermediarios políticos, era una imposición que violaba los términos de las relaciones tribales pashtún.[38]

Pero las reformas no sólo afectaban a los líderes tribales. Se impusieron medidas que modificaron los sistemas de conscripción e impositivo, lo que causó la irritación de muchos miembros de la tribu, no acostumbrados a sentir tanta interferencia en sus asuntos, siendo anteriormente mucho más independientes y autónomos.[39] El emir Abdur Rahman (1880-1901) había instituido un sistema de conscripción mediante el cual cada tribu o aldea debía aportar un cierto número de reclutas. En el periodo de Habibullah (1901-1919) el sistema se transformó, estableciéndose entonces que uno de cada ocho hombres de la tribu sería llamado a filas.[40] Mediante estos sistemas la tribu tenía la ventaja de decidir quién sería enviado a reclutamiento, contando por lo tanto con un margen mayor de acción. Amanullah intentó transformar estas prácticas instituyendo el enlistamiento por sorteo, haciendo nuevamente caso omiso de la estructura tribal. La ampliación del periodo de entrenamiento de tres a cuatro años fue un elemento más que contribu-

[38] *Ibid.*, p. 108.
[39] *Ibid.*, p. 156.
[40] *Ibid.*, pp. 114-115.

yó al levantamiento de las tribus en contra de Amanullah.

La chispa que inició la rebelión fue motivada por una típica medida modernizadora que ignoraba las costumbres tribales y que además no evaluó suficientemente la relación de poder.

Las tribus vecinas Shinwari y Mohmand habitan en los alrededores del paso Khyber, principal frontera y salida de la mayoría de los productos afganos de exportación. Comúnmente estas tribus practican el *badraga,* es decir, la "protección" a las caravanas que transitan el paso. Amanullah, al regresar de Europa quiso abolir este sistema por considerarlo desalentador para el nuevo comercio de exportación y despachó un ejército para imponer tales medidas.[41] Por supuesto, las tribus se rebelaron y pronto la insurrección se extendió, acabando así con las reformas y el reinado de Amanullah.

Existían sectores descontentos con la orientación pro occidental de Amanullah (sobre todo desde 1928) a pesar del intenso panislamismo y la fuerza del sentimiento antibritánico con que comenzó su reino. Una ola de desilusión cundió cuando Amanullah no pudo conseguir de los británicos ciertos derechos sobre las tribus pashtún del lado indio.[42]

[41] *Ibid.*, p. 162.
[42] *Ibid.*, p. 127.

Sin embargo, la principal enseñanza de esta rebelión, como dice el especialista Poullada, fue que "...las sociedades tribales tienden a dar una alta prioridad a la autonomía y resistirán con igual vigor la dominación y la modernización política, ya que ambas conducen al mismo resultado: pérdida de soberanía tribal".[43]

Por esto mismo, Poullada se equivoca quizás al afirmar que "la principal causa de la rebelión fue el separatismo y la belicosidad tribal. El programa de modernización fue más la víctima que la causa de la revolución".[44] Poullada parece confundir algunas de las reformas sociales con todo el programa de modernización. En efecto, la prohibición del uso de vestimentas y velo fue utilizado en gran medida como argumento meramente ideológico para fomentar la rebelión. Pero de hecho, lo que provocó los levantamientos fueron las medidas que afectaban no sólo a los intereses de líderes tribales, dirigentes religiosos y a algunos sectores de la élite reinante, sino a la población en general que veía su cultura amenazada. El separatismo y la belicosidad de las tribus aportó el marco necesario para ese levantamiento. Pero éste no se hubiera dado de no haberse intentado la realización de medidas modernizadoras necesarias para destruir dicho sistema.

[43] *Ibid.*, p. 270.
[44] *Ibid.*, p. 159.

Sería erróneo sin embargo pensar que no existían motivaciones ideológicas que también impulsaban al pueblo a la rebelión. Poullada utiliza un ejemplo (la rebelión de 1924) para intentar demostrar que la oposición de los mullah era más bien de tipo político que religioso.[45] A este respecto, no se debe olvidar que la línea divisoria entre una oposición política y su argumentación ideológica es casi siempre frágil. En el Islam, la política y la religión no son dos fenómenos distintos. La propaganda religiosa no cubre, sino que es parte y forma un todo con las argumentaciones políticas de las rebeliones. Ciertamente los mullah tenían razones materiales para oponerse a Amanullah, pero eso no implica que no creyeran que dichas reformas estaban minando el espíritu islámico del pueblo afgano.

Tampoco significa que eran los líderes religiosos y tribales quienes decidían los levantamientos populares. Al contrario, el liderazgo tribal constituía la intermediación política entre el emir y el pueblo. Pero cuando estos jefes religiosos no respondían a la voluntad general de la tribu, eran fácilmente sobrepasados. En realidad los líderes religiosos y tribales se convertían comúnmente en diques del descontento popular. Cuando estos muros de contención se rompían debido a fuerzas internas o externas a la tribu, la rebelión estallaba.

[45] *Ibid.*, p. 121.

Mientras que esto sucedía en Afganistán, al norte de sus fronteras los pueblos musulmanes continuaban luchando en contra de su asimilación a la civilización rusa.

La última gran rebelión centroasiática en la Rusia zarista fue la de 1916. Fue motivada por el descontento general hacia la guerra e iniciada por una medida destinada a movilizar a los musulmanes en batallones de zapadores, aunque no fueran susceptibles de entrar al servicio militar. De cualquier forma, en esta rebelión se vuelven a advertir algunas constantes:

> ... el clero, más que los líderes del movimiento nacionalista, parece haber desempeñado un papel preponderante en 1916. La revuelta fue particularmente seria en las regiones colonizadas más atrasadas, lejos de los grandes centros urbanos en donde se desarrolló el concepto de nacionalidad, pero en donde la autoridad de los mullah era mayor.[46]

Con la caída del zarismo, los sentimientos locales despertaron y nuevamente Asia Central presenció el levantamiento popular, esta vez exigiendo de rojos o blancos el respeto a la soberanía de los janatos. Surgieron grandes grupos rebeldes antirusos que se dedicaban a atacar las garitas, fábricas e instalaciones rusas. Los rusos llamaron a estos grupos *basmachis*, es decir bandoleros, de donde quedó el nombre para

[46] Edward Allworth *et al.*, *op. cit.*, p. 213.

esta rebelión que en 1918 se había extendido a todo el Turkestán.[47]

Sin embargo, una de las limitaciones de este tipo de rebeliones era su desunión y continuo conflicto interno, lo que debilitaba su fuerza y permitía su represión. Más de una similitud hay entre el movimiento *basmachi* y la guerrilla afgana de 1978-1992. El movimiento se debilitó por las continuas rivalidades del *maulawi* Ibrahim Bek, nombrado comandante por el depuesto emir de Bujara, Alim Jan.[48]

A principios de 1922 el movimiento resurgió con el nombramiento de Enver Pasha, ex miembro de los jóvenes turcos, que después de luchar con los bolcheviques defeccionaría del lado soviético. Este líder logró unificar por unos meses la lucha por la liberación nacional, pero muerto poco después, la rebelión desaparece a medida que los bolcheviques se consolidaron en el poder.

Mientras tanto en Afganistán, el emir Amanullah, quien simpatizaba con dicho movimiento, ofreció ayuda a los rebeldes. Empero, las presiones soviéticas lo obligaron a cerrar las fronteras a los rebeldes *basmachis*, que continuamente se refugiaban en terreno afgano.[49]

[47] Bernard Dupaigne, "L'expansion coloniale russe en Asie Centrale (1840-1980)", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980, p. 68.

[48] Edward Allworth *et al.*, *op. cit.*, p. 251.

[49] Louis Dupree, *Afghanistan*, *op. cit.*, p. 448.

El movimiento *basmachi* presentó algunas características importantes que vale la pena mencionar. Quizás la actitud antirusa fue su rasgo más notorio, ya que los ataques a las propiedades de los colonos rusos hicieron esto muy evidente. Sin embargo, existen otros puntos dignos de señalarse. La participación popular fue amplia y no se restringió a las élites afectadas por los rusos. Esto se logró mediante el abanderamiento del Islam, lo que lo transformó a nivel popular en una bandera para la lucha por la liberación nacional. Una última observación es la del estrecho contacto entre estos pueblos (y su lucha) con sus vecinos de Afganistán. Lo permeable de las fronteras habla de unas relaciones que por lo menos hasta hace cincuenta años se podían calificar de altamente solidarias y, por lo mismo, peligrosas para el Estado soviético y sus sucesores.

También en Irán continuó la lucha popular a lo largo del siglo XX. A pesar de las anteriores experiencias, el gobierno persa tuvo que ceder la administración de sus aduanas a oficiales belgas, quienes cambiaron las tarifas y regulaciones en 1901 y 1904 afectando directamente a los comerciantes y a la incipiente clase comerciante iraní.[50] Esto acrecentó las tensiones que condujeron a disturbios antioccidentales en todo Irán a lo largo de los cinco primeros años de este si-

[50] Gard D. Gilbar, *op. cit.*, p. 293.

glo.[51] Los comerciantes y empresarios iraníes veían mientras tanto cómo se deterioraba su posición.

> Desde algunas décadas antes del movimiento constitucionalista, muchas concesiones habían sido otorgadas a extranjeros y los productos europeos estaban abriéndose camino en los mercados iraníes. El comercio y la industria local persa eran amenazados por la bancarrota.[52]

Los ulama, que tenían sus propias razones para oponerse a la política de la dinastía Qajar, comenzaron nuevamente a promover la agitación popular.

De hecho, éstos fueron los antecedentes inmediatos de la revolución constitucional de 1905, los cuales finalmente condujeron al establecimiento de una monarquía parlamentaria con una constitución islámica.

La dinastía Qajar había sentado las bases de su caída desde mucho antes. Su entreguismo a las potencias imperialistas, sus derrotas militares, su incapacidad para proteger a la incipiente burguesía iraní de la competencia desventajosa de los europeos, y su alienación

[51] Hamid Algar, *op. cit.*, pp. 232-233, y Gard D. Gilbar, *op. cit.*, p. 295.

[52] Abdul-Hadi Hairi, "Why did the Ulama participate in the Persian Constitutional Revolution of 1905-1909?", *The World of Islam*, vol. XVII, núm. 14, 1976-1977, p. 150.

de los líderes populares (los ulama), fueron todos factores que cavaron la tumba de la dinastía.

Por su parte, los opositores tenían sus razones para participar en esta lucha antimonárquica, que a su vez significaba una batalla antiimperialista. Los ulama tenían intereses personales materiales que defender (el *zakat* o diezmo entregado a ellos anualmente por los comerciantes) para aliarse con la burguesía local.[53] Tampoco hay que menospreciar el hecho de que muchos de los ulama eran realmente individuos piadosos, que eran arrastrados a la lucha por estricta devoción religiosa y un verdadero anhelo por preservar al Islam y al pueblo musulmán de la opresión extranjera. En cuanto al pueblo, su reacción, como bien afirma el estudioso de Irán, Nikki Keddie, estaba destinada a tomar características antioccidentales,

> El descontento profundo con la opresión económica y administrativa, que el pueblo vio había crecido *pari passu* con la intromisión extranjera, significaba que la reacción popular estaba destinada a tomar una forma profundamente tradicionalista y antiextranjera.[54]

La revolución de 1905 no terminó con las intervenciones extranjeras. En 1911 intervino el ejército ruso en la zona de Irán y en la Segunda Guerra Mun-

[53] *Ibidem.*
[54] Nikki R. Keddie, *op. cit.*, p. 133.

dial los ejércitos aliados lo invadieron nuevamente por razones estratégicas.

El reinado de Reza Sha (1925-1941) sin embargo, se concentró en la consolidación de un gobierno central que pudo imponer paulatinamente su dominio sobre las tribus rebeldes y sobre los sectores urbanos tradicionalmente opositores a las monarquías pro occidentales, es decir, los ulama y la burguesía nacional.

Lo anterior no significa que en el siglo XX las luchas populares hayan cesado. En todo caso fueron reprimidas durante 60 años y cualquier tipo de oposición prontamente acallada. Las luchas de 1953 y de 1962-1963 fueron difamadas, siendo acusadas de retrógradas. En 1978, cuando se pensaba que Irán era un país occidentalizado y los sectores islámicos habían sido sometidos para siempre, surgió nuevamente la lucha popular islámica, demostrando que a pesar de todos los intentos de modernización el pueblo seguía identificando los símbolos del modernismo con los de la dominación.

En Afganistán, mientras tanto, después de la caída de Amanullah y del breve periodo ocupado por Habibullah Ghazi (también llamado Batcha Saqao), rebelde que se invistió de cierta aura religiosa, subió al poder Nadir Sha (Khan), quien como hemos dicho era primo de Amanullah. Lo primero que hizo fue abolir la mayoría de las reformas de su antecesor, redactar una nueva constitución (islámica) y llamar a

consejo a la Asamblea General (*Loya Jirgah*) compuesta por líderes tribales, religiosos y de la corte para crear consenso a su alrededor.

A pesar de todo, la actividad rebelde tribal no cesó, especialmente en la frontera de la India, donde cada vez más era inminente el retiro inglés. Uno de los más profundos conocedores del tema, Donald Wilber, reporta por lo menos cinco grandes revueltas que obligaron al gobierno colonial indio a mantener entre 1936 y 1939 un soldado británico por cada hombre de la tribu en Waziristán (en el actual Pakistán).[55] En términos generales se puede decir que las tribus siguieron conservando su autonomía, incluso hasta después de la Segunda Guerra Mundial. El gobierno central, aunque se fortaleció gradualmente, siguió dependiendo de la fuerza y el consenso de las tribus.

No es sino hasta 1953, cuando el primer ministro Daud Jan asume el cargo y comienza a estrechar relaciones con la URSS, que se puede hablar de un fortalecimiento real (no obstante relativo) del Estado afgano y sobre todo de su ejército. El entrenamiento de oficiales en la URSS y el equipamiento del ejército con material moderno soviético permitió una cierta capacidad de maniobra del gobierno central ante las tribus. Así pudo ser sofocada prontamente la rebelión contra el gobierno central, iniciada por algunos líde-

[55] Donald N. Wilber, *Afghanistan: Its people, Its society, Its culture*, New Haven, Hraf Press, 1962, p. 183.

res religiosos y que se había extendido a la tribu Mangal, cerca de Kandahar, en 1959.[56]

En los años sesenta la situación fue de calma relativa, pero en la década de 1970 la oposición religiosa volvió a surgir enarbolando las mismas banderas de 1929 y demandando la abolición de las reformas modernizadoras. Se exigía la prohibición del alcohol, el regreso del velo, la abolición de la educación y del poder judicial seculares, etc. Las demandas no fueron satisfechas y nuevamente algunas tribus se levantaron en armas en mayo de 1971. Esta vez sin embargo, el gobierno central actuó rápidamente y aplastó la rebelión, sometiendo a las tribus insurrectas y expulsando de Kabul a los líderes religiosos involucrados.[57]

Las rivalidades internacionales entre les países de la región han agravado los conflictos entre la organización tribal y el aparato central, ya que comúnmente muchas de estas rebeliones son instigadas o alimentadas por los países vecinos. Así por ejemplo, Afganistán apoyó a la guerrilla baluchi que combatía contra el régimen de Pakistán y que entre 1973 y

[56] Donald N. Wilber, *op. cit.,* p. 147, y Louis Dupree, "Tribal Traditions and Modern Nationhood: Afghanistan", *Asia; A selection of papers delivered before the Asia Society,* núm. 1, primavera de 1964, p. 10.

[57] Hasan Kakar, "The Fall of the Afghan Monarchy in 1973", *International Journal of Middle Eastern Studies*, vol. IX, núm. 2, mayo de 1978, p. 204.

1977 logró poner en serios aprietos a las fuerzas gubernamentales.[58] De la misma manera, Pakistán agitó el descontento tribal en la región de Pansheer, donde en 1975 el gobierno afgano tuvo que enfrentarse a una rebelión encabezada por personajes fundamentalistas, tales como Gulboddin Hekmatyar y otros, quienes posteriormente volverían a aparecer en la resistencia contra el gobierno del Partido Popular Democrático de Afganistán al arribar éste al poder en 1978.[59]

Antes de ese año los estudiosos en Afganistán aseguraban la paulatina victoria del gobierno central sobre las tribus irredentas.[60] Sin embargo, después de esa fecha los acontecimientos desbordaron todos los pronósticos y mostraron que el gobierno central era más débil de lo que se pensaba, y que el control tribal, lejos de haberse asegurado, era una frágil ilusión que se quebró bajo el peso de las circunstancias. Lo mismo sucedió en Irán con el poder popular y el arraigo islámico, que se pensó habían sido destruidos desde mediados del siglo.

[58] Nader Entessar, "Baluchi Nationalism", *Asian Affairs; An American Review*, vol. VII, núm. 2, noviembre-diciembre de 1979, p. 99.

[59] Jean-José Puig, "Genèse d'une resistance", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980, p. 139.

[60] Donald N. Wilber, *op. cit.*, pp. 7 y 145.

d) ¿Por qué se rebelan los afganos?

Una de las cuestiones que este capítulo debería haber aclarado es el hecho de que la actual guerrilla afgana tiene sus orígenes en la resistencia popular a la penetración colonial de las potencias europeas. El hecho de que estos territorios no fueran directamente colonizados contribuyó a que las estructuras sociales permanecieran básicamente inalteradas. Sin embargo, aunque no siempre existía una presencia física de los países colonialistas, esto no significaba que no hubiera otro tipo de penetración: la cultural. Así, a la resistencia diaria contra las presiones de las potencias europeas se sumaba una resistencia "civilizacional" expresada en la defensa de la identidad tribal y la cultura (más que estrictamente la religión) islámica. La debilidad de la presencia colonial facilitó la capacidad de respuesta de estos pueblos.

Pero aquí surge la interrogante: ¿cuál es el carácter de estas rebeliones tribales? Louis Dupree, lejos de relacionar directamente las rebeliones populares con una resistencia antiextranjera, parece más bien sugerir que la falta de un gobierno centralizado hacía muy comunes los "desórdenes internos", siendo ésta una de las dos características, junto con la de las invasiones y presiones externas, que conforman el siglo XX afgano. Otro elemento adicional sería la desunión entre las tribus. Dupree señala que el Estado afgano comenzó a centralizarse en las dos últimas

décadas del siglo pasado, debido a las continuas guerras contra las tribus rebeldes que libró el emir Abdur Rahman (1800-1901). Este autor percibe las rebeliones como meras luchas intertribales e interétnicas por la supremacía en Afganistán, presentándolas también en otros casos como intrigas palaciegas. A pesar de esto, Dupree menciona la necesidad que tenía el gobierno británico de controlar la agresividad de algunas tribus,[61] y otras veces se refiere a la participación de mullah locales como agitadores antibritánicos.[62]

Otros autores, como Fraser-Tytler, ponen énfasis en el carácter naturalmente irredento y xenófobo de las tribus, o interpretan las revueltas como resultado del hambre que las obligaba al pillaje.[63]

Otras monografías sobre el tema puntualizan que muchas de las rebeliones eran instigadas y fomentadas por las potencias en un afán de mejorar sus posiciones geoestratégicas en el juego de las relaciones internacionales.

Por último, una opinión común es la de que en Afganistán existe una lucha por el poder entre el gobierno central y las tribus y líderes religiosos que no se resignan a perder sus posiciones y defienden sus recursos materiales.[64]

[61] Louis Dupree, *Afghanistan*, p. 425.
[62] *Ibid.*, p. 427.
[63] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.*, pp. 184-185.
[64] Leon B. Poullada, *op. cit.*, p. 270.

Al parecer todas estas causas, en mayor o menor grado, han influido en las motivaciones de los rebeldes. Los específicos intereses de los líderes tribales y religiosos, el hambre y el carácter del pueblo, la opresión de algunas etnias sobre otras, la dominación económica ligada a la opresión étnica, las intrigas de las potencias y las consideraciones ideológicas, todos han sido factores que han colaborado a las rebeliones populares.

Ciertamente la influencia de las potencias era a veces importante en el momento en que se buscaba alimentar una rebelión o cuando se le quería orientar de una determinada manera. Pero sería arriesgado afirmar que esta influencia por sí sola hubiera podido levantar masivamente al pueblo. Más bien lo que se podría concluir es que la intervención extranjera no es capaz de iniciar una rebelión, aunque puede fomentarla y tratar de dirigirla en contra de sus enemigos.

También es indudable que los levantamientos tribales están impregnados de una lucha contra la dominación étnica. Sin embargo, esto tampoco explica totalmente el fenómeno de la rebelión, porque la mayoría de los levantamientos la ha iniciado tribus pashtún, pertenecientes a la propia etnia dominante.

Los líderes tribales y religiosos se vieron afectados directamente por las medidas modernizadoras de algunos gobernantes. Pero como se ha mencionado anteriormente, en realidad los líderes locales sólo funcionan como diques del descontento popular. En

el momento en que este muro de contención se rompe, estalla la rebelión. Este liderazgo hubiera sido incapaz de hacer que el pueblo se rebelara si no hubiera habido razones para que se viera la necesidad de un levantamiento.

Algunos estudios antropológicos afirmaban que en una sociedad donde existen relaciones interétnicas de dominación y donde esta sujeción se confunde con una explotación económica, se favorece el desarrollo de una conciencia de clase. Esta toma de conciencia ayudaría a que dentro de una lucha interétnica se canalizaran las luchas clasistas en contra de la explotación.[65]

La anterior apreciación es muy interesante, ya que los primeros en rebelarse contra el gobierno de Taraki en 1978 fueron los nuristanís, quienes, por ocupar el escalón más bajo de la jerarquía étnica afgana, constituyen la principal fuente de mano de obra para los trabajos menos deseados en las principales ciudades del país (albañiles, barrenderos, etc.). Sin embargo, aun suponiendo que exista una identificación entre la lucha clasista y la étnica de los nuristanís, esto no nos ayudaría a explicar las causas de la

[65] Véanse Stefano Varese, "¿Estrategia étnica o estrategia de clase?", en *Indianidad y descolonización en América Latina. Documentos de la Segunda Reunión de Barbados*, México, Editorial Nueva Imagen, Serie interétnica, 1979, y Susana Devalle, "On the Study of Ethnicity", *South Asian Anthropoligist*, vol. I, núm. 2, 1980, p. 78.

rebelión de etnias y tribus que no son explotadas como ellos. En otras palabras, la lucha popular no es en este caso una lucha clasista. Se inscribe dentro de una corriente nacionalitaria en la que el enemigo es el agresor externo y se pretende la independencia y soberanía del Estado nacional como preludio a la reconquista de la identidad.

En efecto, la explotación se resiente y probablemente se le asocia a una explotación interétnica. También existen grupos de interés afectados por las reformas que sin duda se oponen a la modernización. Pero éstas son sólo formas distintas en las que se manifiesta la penetración colonialista. En términos generales, las rebeliones se inician cuando la estructura tribal es amenazada. Por eso se habla continuamente de una lucha histórica entre las tribus y el poder central. Pero no es una lucha sin sentido como regularmente se le presenta. Significa una lucha contra la agresión de Occidente que, ya sea directamente o a través de los gobiernos locales, busca romper la esencia cultural, el modo de vida de estos pueblos, mediante la modernización y la secularización. Aquí es donde el Islam adquiere toda su fuerza integradora, porque sirve de escudo y "barrera civilizacional" a la penetración de Occidente en la medida en que éste significa una disrupción negativa.

La actual guerrilla afgana es heredera de una tradición de resistencia que recoge una experiencia histórica y que cada día ofrece un proyecto alternativo

más acabado, basado en su civilización, es decir, en el Islam. Precisamente por eso los guerrilleros que luchaban contra Daud pelearon contra los soviéticos, como combatirán a todos aquellos que representen la intromisión de Occidente.

En Irán, las fuerzas revolucionarias, que ciertamente expresaban la voluntad popular, triunfaron al derrocar al sha Mujamad Reza Pahlevi.

En Afganistán la resistencia islámica creció en tal magnitud que la presencia soviética se hizo indispensable si se quería evitar la caída del régimen del PDPA. Después de 12 años de resistencia, las tribus afganas recuperaron su territorio, aunque no su unidad.

En el Asia Central ex soviética las masas musulmanas se resisten a la asimilación y buscan los medios para conservar su identidad cultural, que como se ha visto está delineada por el Islam.

En ninguno de estos casos se trata de la importación de una revolución o de la extensión de ésta. Por el contrario, son manifestaciones distintas de una lucha de liberación común, cuyo eje es la civilización islámica. Esta resistencia fue mucho tiempo sofocada y enmudecida, pero jamás aniquilada. Sus bases y raíces parecían extintas pero estaban ahí. Aunque Asia Central aparentemente enmudeció, Irán y Afganistán mostraron que la revolución islámica, aunque parecía liquidada, jamás dejó de gestarse.

IV. AFGANISTÁN Y EL JUEGO DE LAS GRANDES POTENCIAS

La historia parece repetirse, aunque nunca lo hace de manera exacta. Sin embargo, las constantes en la vida de los pueblos son identificables. Cuando a finales del mes de diciembre de 1979, tropas soviéticas entraron masivamente en territorio afgano, la opinión pública mundial condenó inmediatamente el acto. Poco tiempo después comenzaron a surgir las hipótesis que intentaban explicar las causas de la intervención. De particular importancia para el análisis era el hecho de que por primera vez en su historia, la URSS invadía un país que se encontraba fuera del bloque socialista. Se empezó a especular entonces acerca del incontenible expansionismo ruso-soviético y de la continuación de una tendencia histórica e inevitable (iniciada por Pedro el Grande) que conducía a la extensión del dominio ruso-soviético hasta alcanzar los mares del sur, es decir el océano Índico.

Resultaría difícil negar el carácter agresivo de la invasión soviética a territorio afgano. Empero, es

igualmente arriesgado y, desde nuestro parecer, equivocado, el atribuir a las acciones soviéticas motivaciones expansionistas. Más aún, la mayoría de las evidencias parecería indicar que la decisión de invadir respondió a una actitud en última instancia defensiva, dentro de los términos y la lógica de la seguridad nacional del Estado soviético. Por supuesto, lo anterior no significa que dicho acto no hubiera sido violatorio del derecho internacional y haya atentado contra el principio de la libre autodeterminación de los pueblos.

En efecto, existían algunos hechos que condicionaban históricamente a Afganistán a caer en su esfera de influencia. Aparte de la proximidad geográfica y de la continua búsqueda de Rusia (y la URSS) por tener sus fronteras seguras, estaba el problema de Pashtunistán (que se originó en 1893 con la creación de la Línea Durand), el cual posteriormente afectaría profundamente las relaciones afgano-americanas y decidiría hasta cierto punto la inclinación afgana hacia la URSS durante la época de la Guerra Fría. Por supuesto, todo lo anterior tuvo origen en la rivalidad anglo-rusa y en la particular situación geopolítica de Afganistán.

Es importante aclarar que cuando hablamos de condicionamientos históricos o de las explicaciones históricas, no nos estamos refiriendo a una interpretación determinista en la que las motivaciones pasadas son las mismas que las actuales, y en donde existe una cierta tendencia histórica inevitable (el avance ruso hacia los mares del sur o los designios del impe-

rialismo yanqui). Cuando hablamos de explicación histórica nos referimos básicamente a dos cosas: 1) la formación de una experiencia acumulada en la mente popular que le permite adoptar posiciones basadas en una tradición de lucha, arraigada en la conciencia colectiva, y 2) la importancia de algunos hechos históricos que continuamente vendrían a influir en posteriores desarrollos y acontecimientos. Es a partir de estas consideraciones que podremos elaborar una explicación histórica.

a) La experiencia de la penetración colonial

La historia es en ocasiones paradójica. Aunque algunos comerciantes ingleses se habían establecido en las costas índicas (especialmente en Surat) desde 1612,[1] no fue sino hasta la segunda mitad del siglo XVIII que comenzaron a consolidar sus dominios en dichos territorios. Los afganos indirectamente ayudaron a los británicos a la consecución de sus objetivos. En 1759 Ahmad Sha Durrani (quien es considerado por muchos el creador de la nación afgana) realizó su quinta expedición a India y reconquistó el Punjab, debilitando de esta manera el poder de los

[1] W. K. Fraser-Tytler, *Afghanistan; A Study of Political Developments in Central and Southern Asia*, Londres, Oxford University Press, c1950, 1958, p. 76.

Mahrattas, quienes habían constituido el único imperio indio capaz de presentar un frente unido a la expansión colonial europea.[2]

En los años siguientes, mientras se consolidaba el imperio colonial inglés, el reino que Ahmad Sha Durrani había logrado establecer sufría un proceso de desintegración debido a la lucha por el poder entre las tribus dominantes. Desde la segunda mitad del siglo XVIII los británicos comenzarían a centrar su política en Asia alrededor de la defensa de los dominios ingleses en India. En esos momentos, Afganistán no había adquirido la importancia estratégica que tuvo en el siglo XIX. Al contrario, los tratados anglo-persas de fines del siglo XVIII muestran que los ingleses veían a los afganos como posibles competidores por el norte de India y que deseaban utilizar a las fuerzas persas para mantener en jaque al emir afgano.[3]

De hecho, los acontecimientos de esta zona comenzaron a reflejar la situación internacional que emanaba del ámbito europeo. En 1800 por ejemplo, una final expedición franco-rusa dirigida contra el imperio británico en India fue frustrada por la muerte del zar. En 1805 estalló la guerra entre Francia y Rusia e inmediatamente Napoleón envió una comisión de oficiales a Persia que buscó la firma de un

[2] Louis Dupree, *Afghanistan*, Princeton, Princeton University Press, c1973, 2ª ed., 1980, p. 338.

[3] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.*, p. 78.

acuerdo antiruso. Sin embargo, la paz de Tilsit de 1807 volvió a unir a Francia y Rusia contra el imperio inglés.[4] El gobierno británico se acercó nuevamente al sha de Persia y dos oficiales ingleses llamados Elphinstone y Metcalfe fueron enviados a las cortes afgana y sij para establecer acuerdos defensivos.[5] A pesar de todo no se llegó a ningún compromiso formal. En ese momento la pugna entre afganos y sijs (quienes ocupaban el territorio que hoy en parte es Pakistán) impedía cualquier acuerdo conjunto.

Mientras tanto, el imperio ruso y el decadente imperio persa se enfrascaron en una corta guerra que culminó en 1813 con el tratado de Gulistán. Dicho tratado otorgaba ciertas ganancias territoriales al imperio ruso y además convertía de hecho el mar Caspio en un lago del zar.[6]

Durante las tres primeras décadas de ese siglo Afganistán se debatió en una profunda guerra intestina que sólo terminó cuando accedió al poder Dost Mujamad. Los sijs, bajo el liderazgo de Ranjit Singh, se aprovecharon de la debilidad afgana y extendieron su dominio sobre el valle de Peshawar donde habitaban (y habitan todavía hoy) numerosas tribus pashtún.[7] Este suceso vendría a marcar en el futuro una de

[4] Percy Sykes, *A History of Persia*, Londres, McMillan and Co. Ltd., 3ª ed., 1958, p. 303.

[5] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.*, p. 79.

[6] Percy Sykes, *op. cit.*, p. 314.

[7] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.*, p. 181.

las características principales del posterior desarrollo de Afganistán, ya que en ese momento se estaba gestando el problema de Pashtunistán.

Otro acontecimiento importante de la época fue la guerra santa iniciada por el sha contra los infieles rusos. La guerra, iniciada en 1862, fue ganada finalmente por estos últimos y sellada con el Tratado de Turkmanchai. Además de las ganancias territoriales y económicas, esta guerra significó el inicio de una profunda influencia zarista en la corte del sha. Posteriormente, este suceso llegaría a ser muy importante, ya que desde entonces Gran Bretaña sospecharía de las intenciones persas sobre Afganistán debido a que veía detrás de estas guerras las intenciones expansionistas rusas. Así, cuando el sha de Persia Mujamad Sha decidió avanzar sobre Herat comenzaría una de las páginas más negras de las relaciones afgano-inglesas. Herat era en esa época una ciudad disputada por los soberanos de Afganistán y Persia. En ese momento la ciudad era controlada por un monarca afgano independiente perteneciente a una rama colateral de la casa reinante en Kabul.[8]

Lo que es importante resaltar es que para este momento la integridad territorial de Afganistán se había convertido en el principal objetivo de la política exterior británica en India. El ministro inglés de relaciones exteriores, Lord Palmerston, instruyó al

[8] *Ibid.*, p. 82.

representante británico en Teherán en julio de 1835 "especialmente prevenir al gobierno persa de no dejarse empujar a una guerra contra los afganos".[9] En 1836 Lord Auckland, gobernador general de India, envió una misión a Kabul al mando de Alexander Burnes, quien llegó a dicha ciudad en el otoño de 1837. En julio de ese mismo año el ejército persa avanzaba sobre Herat. Las negociaciones en Kabul giraron sobre el tema del regreso de Peshawar a manos afganas, pero para desgracia de ellos los británicos prefirieron apoyar a la confederación sij, por lo que las conversaciones se frustraron. Al mismo tiempo, Burnes informó del arribo del capitán Vitkievich, un agente comercial ruso.[10]

A principios de 1838 la situación se había tornado delicada. En Herat, el oficial inglés Pottinger había logrado organizar una resistencia inusitada contra los sitiadores persas, quienes estaban dirigidos por oficiales rusos. Sin embargo la situación era desesperada. Ante el fracaso de las pláticas en Kabul el gobierno británico en India comenzó a sospechar que existía una conspiración oculta entre Rusia, Persia y Afganistán destinada a facilitar el avance ruso hacia India, así que comenzó a prepararse para una eventual intervención en Afganistán. En el mes de marzo de 1838 el enviado inglés en Teherán lanzó un ulti-

[9] *Ibid.*, p. 83.
[10] Percy Sykes, *op. cit.*, p. 329.

mátum al sha, que sin embargo fue ignorado. El problema para los ingleses era que tampoco estaban en buenos términos con el emir afgano, de tal manera que decidieron defender la integridad afgana a pesar de los mismos afganos. Así, cuando las noticias llegaron a Karnal (donde se reunió la fuerza invasora de 20 000 hombres) informando que el 9 de septiembre el sha había levantado el sitio de Herat, poco importaba ya para el desarrollo de los acontecimientos pues los ingleses ya habían tomado la decisión de sustituir a Dost Mujamad por un emir "más amistoso".[11] Los desastrosos resultados de dicha invasión ya se han mencionado en capítulos anteriores.

La llamada primera guerra anglo-afgana provocó una reducción de la celeridad con que se estaban produciendo los acontecimientos. En 1844 Nicolás I visitó Inglaterra y como resultado de la visita se formuló un memorándum conjunto.

> Este documento declaraba que Rusia y Gran Bretaña trabajarían juntas para preservar la paz interna de Persia y que los janatos de Asia Central-Bujara Jiva y Samarkanda, deberían ser dejados como una zona neutral entre los dos imperios con el objeto de preservarlos de un contacto peligroso.[12]

[11] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.*, p. 110.

[12] M. A. Dodwell (ed.), *The Cambridge History of India, VI: The Indian Empire*, Delhi, S. Chand & Co., 1958, p. 404.

Sin embargo, diez años después la Guerra de Crimea provocó el rompimiento del acuerdo antes mencionado y Rusia se preparó nuevamente para avanzar sobre dichos territorios. Mientras tanto, en 1855 Persia retomó su política agresiva (probablemente instigada por Rusia) y avanzó nuevamente sobre Herat, tomándola rápidamente.

Como resultado de la caída de Herat los británicos concertaron una alianza con el emir afgano Dost Mujamad, entregándole dinero y armas, en enero de 1857. Acto seguido Gran Bretaña le declaró la guerra a Persia y ocupó la isla de Jarak. Después de una breve campaña el sha aceptó firmar el tratado de París, acordando la evacuación de Afganistán y el reconocimiento de la independencia de Herat. Se resolvió también que en adelante Gran Bretaña sería el árbitro de las disputas perso-afganas. El imperio británico no obtendría garantías, indemnización ni concesiones, lo que favoreció el mejoramiento de las relaciones anglo-persas.[13] Esto, junto con el acercamiento anglo-afgano, sería de vital importancia pocas semanas después, cuando surgió el célebre motín de 1857 que estuvo a punto de acabar con el dominio británico en India.[14] Por su parte, Dost Mujamad recuperó Herat en 1863, poco antes de morir.[15]

[13] Percy Sykes, *op. cit.*, p. 348.
[14] *Ibid.*, p. 349.
[15] *Ibid.*, p. 352.

Ante la política agresiva o por lo menos activa de Gran Bretaña en la zona y después de la guerra de Crimea, Rusia pasó a practicar una política igualmente agresiva.

La postrera oleada rusa sobre el Asia Central comenzó en el verano de 1864, coincidiendo con la toma de las ciudades de Turquistán y Chinkent y con el fin de la soberanía del janato de Jokand sobre el sur de Kazakstán.[16]

Ante las últimas expansiones territoriales y la correspondiente intranquilidad inglesa, el príncipe Gorchakov, ministro de relaciones exteriores de Rusia, envió una circular en noviembre de 1864 a las grandes potencias. Ofreciéndoles de hecho la explicación oficial de la expansión rusa en Asia Central, la circular afirmaba:

> La posición rusa en Asia Central es aquella de todos los Estados civilizados que llegan a tener contacto con tribus nómadas semisalvajes que no poseen una organización social fija. El progreso de la civilización no tiene más eficaz aliado que las relaciones comerciales. Esto requiere de orden y estabilidad en todos los países como condición esencial a su crecimiento; pero en Asia su existencia implica una revolución en la forma de vida de la gente.[17]

[16] Edward Allworth *et al.*, *Central Asia; A Century of Russian Rule*, Nueva York y Londres, Columbia University Press, 1967, p. 131.

[17] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.*, pp. 319-322.

Los años siguientes presenciaron el avance y la conquista rusos de los janatos de Jokand (1865) Bujara (1867) y Jiva (1873), quedando sólo entre éstos y Afganistán los territorios turkomanos que serían absorbidos tras cruentas batallas entre 1881 y 1884.

Además de los argumentos utilizados por el príncipe Gorchakov, era claro que el avance se efectuaba en gran medida como respuesta a la política agresiva de Gran Bretaña manifestada por la absorción de territorio sij (entre 1842 y 1849) y por la guerra anglopersa de 1857. La ventaja que tuvieron los rusos fue que cuando ellos decidieron responder con una política agresiva, el gobierno indio, que estaba sujeto a los vaivenes de los acontecimientos políticos en Inglaterra (liberales y conservadores se sucedían), ya había modificado su posición y había adoptado la política denominada "inactividad magistral" (*masterly inactivity*). En realidad, todo el siglo XIX presenció la pugna entre dos tipos de política: a) la inactividad magistral y 2) la política hacia adelante (*forward policy*). Los partidarios de la inactividad magistral se dividían entre los que propugnaban una retirada hacia el Indo y los que buscaban una política de no interferencia con el emir, otorgándole asistencia en armas y dinero además de la promesa de intervenir en caso de una invasión rusa. La desventaja de esa política era que una premisa necesaria era la amistad del emir, y además, al decir de Fraser Tytler, "Las premisas de la política de inactividad magistral eran muy

difíciles y muy delicadas. Había muchos factores que podían destruir su equilibrio y no había medios de restaurar el balance una vez que éste hubiera sido roto".[18]

Por otra parte, los defensores de la política ofensiva proponían la ampliación de las conquistas británicas hasta la ciudad de Herat, es decir, prácticamente todo Afganistán.

Como se ha mencionado, uno de los factores que favorecieron el avance ruso sobre Asia Central fue que la política de inactividad magistral propugnada por el virrey de India, Lord Lawrence, imperó desde fines de los cincuenta hasta 1874. Ese año el gobierno inglés cambió de manos y recayó en el nuevo gabinete encabezado por Benjamín Disraeli. Dicho cambio acabó con la política de inactividad magistral e inició la política "hacia delante" u ofensiva. Una de las consecuencias de la anterior política sería la segunda guerra anglo-afgana.[19] La mencionada contienda tuvo características muy similares a las de la primera guerra anglo-afgana, ya que se debió sobre todo a la rivalidad anglo-rusa y al temor de que los afganos llegaran a aliarse con el zar. El marco general en que se desenvolvió fue el estallido de la guerra ruso-turca en 1887 y la inminente participación de Inglaterra en el conflicto, el cual sólo se evitó por el acuerdo de Berlín de 1878. En Asia Central los rusos

[18] *Ibid.*, p. 134.
[19] *Ibid.*, p. 137.

continuaban avanzando y la situación se complicó por el fracaso de las negociaciones entre Afganistán y el gobierno inglés en India en 1877. El emir recibió una delegación rusa encabezada por el general Stolietov. Por otra parte, cuando el gobierno inglés quiso renovar las fallidas negociaciones de enero a marzo de 1877 y el emir les negó el paso a los británicos, éstos decidieron abrirse paso por la fuerza ya que no estaban dispuestos a permitir un Afganistán proruso. En ese momento ya se había llegado a un acuerdo en Berlín, por lo tanto los rusos no apoyaron al emir Sher Alí y, después de intentar mediar entre él y los ingleses, se retiraron a territorio ruso. Sher Alí se fue con ellos y dejó a su hijo Yaqub Jan para enfrentar a los ingleses. La invasión fue muy parecida a la de 1838-1842, debido a que los británicos entraron y se posesionaron de las principales ciudades. Sin embargo la rebelión antiinglesa no disminuyó, por lo que la situación para los británicos se hizo muy difícil. Yaqub Jan abdicó y partió para India, quedándose nuevamente los ingleses en la difícil situación de tener que encontrar un emir que fuera aliado de ellos pero que al mismo tiempo gozara del apoyo popular. Fue entonces cuando surgió el hijo del medio hermano de Sher Alí, llamado Abdur Rahman.[20]

Algunos especialistas afirman que fue en este periodo cuando realmente se constituyeron las bases

[20] *Ibid.*, pp. 137-150.

del Afganistán moderno, ya que durante su reinado (1880-1901) Abdur Rahman centralizó gran parte del poder que antes detentaban las tribus. En el plano externo Abdur Rahman tenía la convicción de que Rusia era el más agresivo de sus vecinos y Gran Bretaña actuaba más defensivamente. Por lo tanto, si los afganos querían evitar ser desplazados por el zar en su camino hacia el Sur, era necesario aliarse a los británicos.[21] Abdur Rahman temía también que Rusia y Gran Bretaña llegaran a un acuerdo y se dividieran el territorio afgano, tomando como línea divisoria las montañas del Hindu Kush. Así pues, el emir firmó un tratado en el cual se comprometía a no establecer relaciones con otros países sin antes consultarlo con los ingleses, entregando de hecho sus relaciones exteriores al gobierno británico en India.

Ludwig W. Adamec sostiene que los tres pilares de la política exterior de Abdur Rahman fueron el afianzamiento de la independencia nacional, su insistencia en el aislacionismo y la promoción de un balance de poder.[22]

Respecto a dicho periodo nos interesa resaltar básicamente dos cuestiones: la fijación de las fronte-

[21] Leon B. Poullada, *Reform and Rebellion in Afghanistan, 1919-1929*, Ithaca y Londres, Cornell. University Press, 1973, p. 222.

[22] Ludwig W. Adamec, *Afghanistan, 1900-1923: A Diplomatic History*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1967, p. 17.

ras y la lenta y paulatina penetración económica rusa. Los continuos enfrentamientos generados por la inexistencia de las fronteras fijas llevaron a las grandes potencias a efectuar el reparto colonial europeo. Dicho reparto no era sin embargo exacto en todas las zonas del mundo, por lo que en gran parte de esos años se delimitaron las fronteras en una serie de países. Desafortunadamente, de la misma manera que sucedía en Europa, la mayoría de estas fronteras fue fijada arbitrariamente por las potencias y no reflejaban la configuración verdadera de las naciones, sino el interés y la relación de fuerzas entre éstas. En Afganistán por ejemplo, el pueblo pashtún quedó dividido y una infinidad de tribus permaneció en territorio indio. Existen otros casos, como el de los baluches y curdos (por no hablar de la experiencia africana) que nos muestran cómo muchos de los problemas actuales de estos países tienen su origen en la lucha entre las potencias coloniales en el siglo XIX.

Mucho se ha dicho ya acerca de las características de la lucha internacional en la zona que permitieron a Afganistán no ser colonizado. Uno de los factores que más ayudó en ese sentido a los afganos fue el hecho de que ni Rusia ni Gran Bretaña estaban muy interesadas en tener fronteras comunes. Prueba de ello fue la adjudicación del corredor de Wajan (en el pamir), al emir afgano, aunque éste nunca hubiera reclamado soberanía sobre tal territorio. El objetivo

obvio de esta medida era impedir cualquier tipo de contacto entre los imperios ruso y británico.

Una característica que vale la pena resaltar acerca de la creación de estas líneas divisorias es la de que raramente participaban en ello los representantes afganos, adquiriendo por lo tanto estos acuerdos o tratados todo el carácter del reparto colonial.

> Las fronteras orientales y sur-orientales fueron impuestas a Afganistán por los británicos en India en 1887. El emir Sher Alí simplemente fue informado que él no tenía ninguna reclamación sobre Dir Swat, Chitral y Bajdaur. Después de un largo periodo de lucha política e inquietud en el área de la frontera tribal, los británicos persuadieron a Abdur Rahman de que firmara el Acuerdo Durand en 1893, por el que la Línea Durand, que corría de Chitral a Baluchistán, fue fijada como la frontera internacional con la India. El gobierno afgano, sin embargo, desde 1947 ha tomado la posición de que el Acuerdo Durand de 1893 fue impuesta sobre Afganistán y lo ha repudiado públicamente.[23]

Como veremos posteriormente, el gobierno afgano ha hecho más que repudiar el Acuerdo, y en realidad, la firma de dicho tratado ha sido uno de los hechos históricos a los que nos referimos que mayor

[23] Donald N. Wilber, *Afghanistan; its people, its society, its culture*, New Haven, Hraf Press, 1962, pp. 174-175.

influencia han tenido en el desarrollo posterior de Afganistán.

La segunda cuestión que nos interesa tratar (penetración económica rusa) es importante, ya que es en este periodo cuando se manifiesta por primera vez un cambio en el tipo de expansionismo ruso. Se abandona la conquista militar y se le remplaza por la penetración económica. Un punto interesantísimo acerca de la infiltración rusa en Afganistán (y en toda el área) es el del desplazamiento de los productos ingleses por los productos rusos en las zonas controladas por los últimos o a las que ellos tenían más fácil acceso (debido al ferrocarril transcaspiano). Esto lo hace notar Lord Curzon (posteriormente virrey de India y secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña) en su libro donde afirma que desde principios de la década de 1880 los productos rusos estaban desplazando a los ingleses en Bujara, el norte de Afganistán, Persia y Turquía e incluso en el sur de estos países. Esto se debía entre otras cosas, según Curzon, a las altas tarifas arancelarias impuestas a los productos británicos en Bujara y a la construcción del ferrocarril transcaspiano, que hacía más accesibles a esta zona los productos rusos frente a los productos ingleses que tenían que atravesar en caravanas de camellos estas zonas montañosas.[24]

[24] George N. Curzon, *Russia in Central Asia in 1889 and the Anglo-Russian Question*, Londres, Longmans Green and Co., 1889, p. 285.

El esfuerzo de los comerciantes rusos se veía complementado e incluso auspiciado por el Estado ruso, principal interesado en la expansión industrial y comercial de su país. Curzon cita en su libro al ministro de finanzas de Rusia, quien en agosto de 1887, en la gran feria de Nijni Novogorod afirmó entre otras cosas a los asistentes que:

> Todas las medidas adoptadas para estimular la industria y el comercio rusos fueron concebidas y ordenadas para que se llevaran a cabo por el zar. Él dirige y continuará dirigiendo la política económica y financiera del país, y todas las buenas iniciativas proceden de él.[25]

Sin intentar profundizar en el tema, podemos decir que el hecho de que la penetración económica estuviera dirigida por el Estado fue una de las características que permanecieron en la política exterior soviética.

La penetración económica rusa fue muy diferente a la penetración inglesa, que regularmente era dirigida por la burguesía comercial y que, por lo tanto, muchas veces se encontraba en desventaja ante la política más coordinada del Estado ruso.

El autor soviético M. A. Babakhodzhager, en un estudio acerca de las relaciones comerciales ruso-afganas entre 1880 y 1900, afirma que:

[25] *Ibid.*, p. 279.

> Así, bienes fluyendo de Rusia hacia Afganistán en el periodo excedieron las 100 denominaciones, y en la dirección contraria Rusia se convirtió en el principal importador de algodón afgano. Para la población del noroeste y del norte, incluyendo Badajsan, las manufacturas rusas de hecho empezaron a competir favorablemente con los productos británicos.[26]

Así pues, al iniciarse el siglo XX Rusia se aprestaba a lograr formalmente lo que de hecho ya había conseguido. En febrero de 1900 el secretario de la embajada rusa en Londres entregó un memorándum al entonces secretario británico de Asuntos Exteriores, Lord Salisburg. En pocas palabras, según el documento, Rusia consideraba que había llegado el momento para establecer contactos directos entre afganos y rusos dado el tamaño de sus fronteras comunes y del monto de sus relaciones comerciales. La complicación de los asuntos y de los problemas inherentes a estas relaciones, y los intentos fallidos por solucionarlos a través del gobierno inglés en India, hacían indispensable el restablecimiento directo de las relaciones ruso-afganas. Aclaraba también el memorándum que en lo concerniente a cuestiones fronterizas los contactos no tendrían ningún carácter político.[27]

[26] Hubert Evans, "Recent Soviet Writing on Afghanistan", *Central Asian Review*, vol. XV, núm. 40, 1967, p. 321.

[27] Ludwig W. Adamec, *op. cit.*, p. 31.

A pesar de continuas presiones en ese sentido, el otorgamiento de las mencionadas concesiones no se efectuó hasta 1907, con la famosa Convención Anglo-Rusa de San Petersburgo.

Dicha Convención pretendía terminar con las diferencias entre estos dos países con respecto a Persia, Afganistán y el Tíbet.[28]

En términos de política global la Convención de 1907 le otorgaba a Rusia la oportunidad de recuperarse del golpe de su derrota ante Japón, y además buscaba frenar la creciente penetración alemana en Asia.[29]

Rusia declaraba en la Convención que Afganistán estaba fuera de su esfera de influencia, aunque se establecía su derecho a establecer relaciones directas de tipo no político. Gran Bretaña declaraba que no pretendía cambiar el estatus político de Afganistán y que no tenía intenciones de interferir con los asuntos internos de dicho país. Una última cláusula estipulaba que la Convención entraría en vigor con la firma del emir afgano.

La Convención Anglo-Rusa de 1907 contiene muchos puntos para reflexionar. En primer lugar, pretendía perpetuar el juego del reparto colonial en dicha zona (Persia fue dividida en esferas de influencia rusa e inglesa), ya que se continuaba negociando

[28] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.*, p. 176.
[29] Ludwig W. Adamec, *op. cit.*, p. 10.

sin la participación de los gobiernos locales afectados. En segundo, dicha Convención reflejaba que la independencia afgana colgaba de un hilo y que en gran medida la no colonización del país dependía (o había dependido hasta entonces) de la rivalidad anglo-rusa. Por otra parte, se reconocía el derecho de Rusia a tener contactos directos con el gobierno afgano, lo que además de consagrar un estado de cosas vigente (las profundas relaciones comerciales ruso-afganas), abría la puerta al establecimiento de contactos políticos. Por último, la Convención demostró el carácter abiertamente imperialista de las potencias, ya que al negarse a firmarla el emir Habibullah, el gobierno británico acordó con el gobierno del zar que el consentimiento del emir no era necesario para que el acuerdo entrara en vigor.[30]

Como era de esperarse, durante los años siguientes Rusia siguió presionando para obtener mayores ventajas en Afganistán. Específicamente, pugnaba por obtener mayor influencia en el norte del país y buscaba una delimitación de esferas de influencia del mismo modo que se habían impuesto en Persia.[31] Sin embargo, estas presiones se vinieron abajo con el inicio de la Primera Guerra Mundial y con las consecuencias conocidas que ésta tuvo para el imperio zarista.

[30] *Ibid*, p. 76.
[31] *Ibid*, p. 82.

Durante la Gran Guerra el emir Habibullah mantuvo una política de neutralidad a pesar de que Turquía (país islámico que seguía siendo la cabeza nominal del califato) participó con las potencias centrales y a pesar de que una expedición alemana llegó a territorio afgano, pidiendo colaboración para atacar India y prometiendo territorios e independencia en caso de victoria. Al final de la guerra, la neutralidad de Habibullah no fue recompensada por los británicos con la esperada independencia y quizás fue ésta una de las principales motivaciones para el asesinato del emir, en febrero de 1919.

b) Independencia política y apertura al exterior

En cuanto el nuevo emir Amanullah se consolidó en el poder, se concentró en lograr la independencia total del país. Aprovechando el descontento popular que los británicos enfrentaron en India después de la Primera Guerra Mundial, Amanullah inició una política de apertura hacia el exterior y al mismo tiempo se preparó para una eventual (y previsible) guerra contra los ingleses. El nuevo emir comenzó a tener correspondencia con Lenin y el partido bolchevique, quienes en forma entusiasta (como era natural por su crítica situación) apoyaron la sugerencia afgana de establecer contactos diplomáticos. En marzo de 1919, los soviéticos hicieron su primer

pronunciamiento reconociendo la independencia de Afganistán.

En mayo de 1919 se produjo la tercera guerra anglo-afgana, iniciada por presiones del emir. Las victorias iniciales afganas y la crítica situación política en India permitieron al gobierno afgano concertar un armisticio, en el cual se establecía vagamente la total independencia afgana para manejar sus asuntos externos.[32] Mientras la contienda y las negociaciones seguían su curso, Amanullah estableció relaciones con Bujara, Persia, Turquía y la Unión Soviética.

Respecto a las relaciones afgano-soviéticas, es importante remarcar el hecho de que éstas se iniciaron en un momento crucial para ambos países, ya que mientras Afganistán surgía al mundo como un país independiente, la Unión Soviética luchaba por consolidarse como Estado y sobrevivir a las presiones externas. Así pues, en 1919 había una serie de intereses comunes entre Rusia y Afganistán, ya que en ese momento se creía que la única manera de salvar al Estado soviético era a través de la revolución mundial. Como bien afirma Jean Charles Blanc:

> Amanullah había hecho entender a Lenin, a través de un intercambio de cartas y de sus enviados, que él no era ni un comunista ni un socialista, sino un nacionalista preocupado por preservar la independencia de su

[32] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 443.

país y por ayudar a los indios a conquistar su independencia. Él era por lo tanto un aliado natural de los bolcheviques y podía servir de ejemplo al menos a los nacionalistas musulmanes de la India. Lenin entusiasta afirma: "Afganistán es el único país independiente del mundo, y el destino encarga a su pueblo el reunir a su alrededor a todas las poblaciones musulmanas colonizadas y él conducirlas hacia la libertad y la independencia".[33]

Moscú intentó incluso envolver a los afganos en la guerra contra los contrarrevolucionarios de Kolchak. Trotsky propuso que se le otorgara ayuda militar a Afganistán y que al mismo tiempo se sugiriera la posibilidad de que un pequeño destacamento afgano se uniera al ejército rojo.[34] Aunque en agosto de 1919 los afganos recibieron cierta cantidad de armamento, no se tiene noticia de que algún destacamento afgano haya participado oficialmente en la guerra civil rusa.[35]

En cuanto a la promoción de movimientos revolucionarios de tendencia comunista al interior de Afganistán, parece que las bases se establecieron en 1919 y aparentemente no cambiaron durante la exis-

[33] Jean-Charles Blanc, "Les communistes Afghans", *Les Temps Modernes*, julio-agosto de 1980, p. 84.

[34] Ludwig W. Adamec, *Afghanistan's Foreign Affairs to the Mid-Twentieth Century,* Tucson, University of Arizona Press, 1974, p. 155.

[35] *Ibid.*, pp. 53-54.

tencia de la URSS. Incluso la llegada de Babrak Karmal al poder en 1979 y el cambio de definición de la revolución afgana de revolución proletaria a democrática popular muestra que la concepción soviética no varió grandemente. En 1919 el comisario para Asuntos Extranjeros, Chicherin, instruía al representante soviético en Afganistán:

> Usted no debe por ningún motivo cometer la grave falta de implantar el comunismo en ese país, porque nosotros hemos dicho a los afganos: "nosotros no podemos pensar un solo instante en imponer a su pueblo un programa de sociedad que no convendría a su estado de desarrollo actual".[36]

Entre 1920 y 1922 el gobierno afgano desarrolló una intensa actividad diplomática y concertó una serie de tratados con algunos países europeos e islámicos. De otoño de1920 a marzo de 1921 se concluyeron tratados con la Unión Soviética, Persia y Turquía. En junio de 1921 se firmó otro con Francia y además se establecieron contactos con otros gobiernos, entre los cuales destacaba el de Alemania.[37]

De todos estos tratados, sin duda el más importante fue el concluido con el gobierno bolchevique en

[36] Jean-Charles Blanc, *op. cit.*, p. 84.

[37] Ludwig W. Adamec, *Afghanistan's Foreign Affairs to the Mid-Twentieth Century, op. cit.*, pp. 61-66.

febrero de 1921. A diferencia de otros tratados que posteriormente se concluirían con algunos gobiernos europeos, en éste los lazos políticos estaban muy acentuados. Las partes contratantes se comprometían a no llegar a ningún acuerdo de tipo político o militar con terceros Estados que pudieran perjudicar a una de las partes. Se acordó el reconocimiento de la independencia de Jiva y Bujara, el tránsito libre y sin impuestos de productos afganos a través de la Unión Soviética, la devolución de ciertos territorios y un subsidio anual de un millón de rublos para Afganistán. Además se ofreció equipo y ayuda técnica.[38]

Aunque posteriormente no se cumplirían totalmente los acuerdos (como la devolución de territorios y la no interferencia en Bujara y Jiva), gran parte de la asistencia técnica, la ayuda militar y los convenios comerciales sí se concretaron. Esto permitió que la URSS se convirtiera en la década de los años veinte en la nación más importante para Afganistán. Esto no impidió que en algunos momentos las relaciones fueran tensas, como en el año 1922, cuando la ayuda del emir afgano a los basmachis del Asia Central (a los que nos hemos referido en capítulos anteriores) provocara las protestas y las amenazas del gobierno soviético.[39]

[38] *Ibid.*, p. 61.
[39] *Ibid.*, p. 71.

En cuanto a las relaciones con los británicos, el hecho de que Afganistán hubiera obtenido recientemente su independencia y de que algunos gobernantes británicos (como Lord Curzon) se negaran a reconocer que este país estaba ya fuera de su esfera de influencia, provocó que los vínculos fueran menos estrechos. En realidad el problema de las tribus pashtún localizadas en territorio indio (en las NWFP: provincias de las fronteras del noroeste) siguió siendo, hasta 1947, la espina que no permitió el mejoramiento significativo de sus relaciones. El 22 de noviembre de 1922 se firmó el tratado anglo-afgano, que normalizaría los contactos entre los dos países, aunque se insistió que no era un tratado de amistad, sino sólo de relaciones vecinas.[40]

Aunque Amanullah no pudo obtener la independencia para las tribus pashtún de las NWFP,

> Su insistencia en ganar la amnistía para las tribus (por su cooperación en la tercera guerra anglo-afgana) dio por resultado obtener la ambigua promesa que Gran Bretaña no planeaba ninguna guerra o penetración y que consultaría con el emir si se planeara cualquier medida militar en contra de los afganos de la frontera.[41]

Sin embargo, la construcción del ferrocarril a Khyber (frontera indo-afgana) y de los caminos en

[40] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 445.
[41] Ludwig W. Adamec, *op. cit.*, p. 92.

los territorios fronterizos encontró gran oposición pashtún. En enero de 1923 el ejército británico inició una ofensiva a gran escala, incluyendo bombardeos con artillería y aeroplanos. El gobierno afgano protestó por lo que consideraba una violación al tratado de 1921, pero los ingleses, que sospechaban que el emir estaba alimentando la rebelión, se negaron a escuchar los reclamos. Incluso, entre septiembre de 1923 y marzo de 1924 se embargaron los envíos de armas que los afganos habían comprado en Europa y que se habían enviado a través de Bombay.[42] Éste fue uno de los primeros casos conocidos en que el encierro geográfico de Afganistán y los boicots practicados en su contra (primero por ingleses, luego por pakistaníes) a través de territorio indio (luego pakistaní) provocó la relativa reorientación del comercio (y las relaciones en general) hacia la Unión Soviética.

Así pues, en términos generales el mayor beneficiario en esta década fue la URSS. Afganistán se convirtió en un exportador neto de trigo, arroz y algodón a la Unión Soviética y comenzó a exportar también frutas frescas y secas, colorantes vegetales, sedas, alfombras, lana y pieles. Según León Poullada "de acuerdo con una fuente, las exportaciones afganas ascendieron de 50 millones de francos en 1920 a 1 000 millones de francos en 1925".[43] No cabe duda

[42] *Ibid.*, p. 94.

[43] Leon B. Poullada, *op. cit.*, p. 138.

de que el comercio con la URSS tenía que ver en este incremento.

También en otras áreas la URSS impuso su predominio. Para mediados de esa década, por ejemplo, la fuerza aérea afgana se había rusificado, ya que no sólo la mayoría de los aviones sino que los técnicos y pilotos eran soviéticos.[44]

Además de lo anterior, los soviéticos se encargaban de operar la estación inalámbrica afgana y se encontraban empleados en proyectos de construcción de caminos, etcétera.[45]

Un pequeño incidente fronterizo, relativo a la ocupación soviética de una pequeña isla en el Amu Darya (que una comisión conjunta posteriormente devolvió a Afganistán), derivó en el Tratado de No Agresión y Neutralidad entre la URSS y Afganistán, firmado en 1926. Al mismo tiempo, se logró un acuerdo para establecer servicio aéreo entre Tashkent y Kabul.[46]

La rebelión de 1929, ya mencionada, al parecer no fue planeada ni instigada por los británicos. Por lo menos no se han encontrado archivos que lo prueben. Sin embargo, aunque Gran Bretaña se declaró neutral en el conflicto, favoreció a Nadir Jan al no intervenir cuando éste levantó las tribus pashtún del lado indio.

[44] Ludwig W. Adamec, *op. cit.*, p. 107.
[45] *Ibid.*, p. 112.
[46] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 448.

Al final, los británicos resultarían ampliamente favorecidos por el ascenso al poder de Nadir Sha (Jan).[47]

En la URSS por su parte, la Comintern se mostró primeramente favorable a la rebelión de Batcha Saqao, pero el comisario de Asuntos Extranjeros veía en ella un plan preconcebido del imperialismo británico tendiente a poner un cerco a la URSS, por lo que los soviéticos enviaron una fuerza de 800 hombres al mando del embajador afgano en Moscú, Ghulam Nabi, para auxiliar a Amanullah. La expedición logró penetrar en territorio afgano y obtener algunas victorias, pero al conocerse la noticia de la huída del rey Amanullah, Ghulam Nabi se retiró a territorio soviético.[48] Esta empresa del Kremlin afectaría posteriormente las relaciones con Nadir Sha, ya que éste siempre sospecharía que los soviéticos pretendían restaurar al derrocado Amanullah. A pesar de todo, Moscú no reconoció a Batcha Saqao (aunque la embajada permaneció siempre abierta) y en cuanto Nadir Sha llegó a Kabul en octubre de 1929, los soviéticos le extendieron el reconocimiento diplomático.[49]

El corto reinado de Nadir Sha (1929-1933) se caracterizó por su inclinación hacia el balance de las presiones externas. Sin embargo, esto no significó un rompimiento total con los soviéticos, lo cual era prác-

[47] Leon B. Poullada, *op. cit.*, p. 189.
[48] Donald N. Wilber, *op. cit.*, p. 181.
[49] Ludwig W. Adamec, *op. cit.*, p. 180.

ticamente imposible. De hecho, la renegociación del Tratado de No Agresión y Neutralidad, que se firmó el 24 de junio de 1931, fue muestra palpable de ello. Posteriormente, en abril de 1932 se concluyó un acuerdo postal entre Afganistán y la Unión Soviética.[50]

En 1930 Nadir Sha, siguiendo su política de búsqueda del equilibrio externo, pidió a Gran Bretaña una ayuda que consistía en 20 000 rifles, 20 millones de municiones y un préstamo por 400 mil libras esterlinas al contado. El gobierno británico accedió a otorgar exactamente la mitad de lo pedido.[51]

También de estos años datan los primeros contactos con compañías estadunidenses interesadas en desarrollar el comercio afgano-americano. En 1930-1931 una compañía americana vendió 68 camiones al gobierno afgano. Sin embargo, los británicos maniobraron burocráticamente para que al llegar a la frontera afgana el precio de los camiones fuera ya incosteable. Además,

> En 1930 Wallace Smith Murray, jefe de la división de Asuntos del Cercano Oriente, silenció las presiones del Congreso para establecer relaciones diplomáticas dando las razones de la política de no involucramiento del Departamento de Estado.[52]

[50] *Ibid.*, pp. 202-203.
[51] *Ibid.*, p. 205.
[52] *Ibid.*, pp. 234-235.

Las razones expuestas variaban desde las meramente prejuiciadas (temor a la xenofobia, a las cortes religiosas, a la negativa a otorgar extraterritorialidad o régimen de capitulaciones, etc.) hasta las económicas (no existían bancos) o las políticas (inestabilidad del régimen y consideración de la zona como esfera de influencia anglo-soviética).[53] Así pues, la entrada de los Estados Unidos en la escena se aplazó algunos años.

La década de los treinta presenció el incremento de la modernización del país y el aumento del flujo de compañías extranjeras hacia Afganistán. La influencia económica y propagandística de Alemania comenzó a crecer en forma importante, aunque no tanto como en Irán.[54] Las relaciones entre Afganistán y Japón se habían establecido desde el periodo de Amanullah. Y en la década de los treinta los productos japoneses comenzaron a inundar el país. En general remplazaron las manufacturas provenientes de India.

Afganistán ingresó a la Liga de las Naciones en septiembre de 1934, pocos meses después que lo hiciera la URSS. Empero, la invasión italiana de Abisinia produjo un efecto negativo en los afganos, que ingresaron a dicho organismo cuando de hecho había dejado de funcionar.[55]

[53] *Ibidem.*

[54] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.*, p. 251.

[55] Ludwig W. Adamec, *op. cit.*, p. 216.

En 1936 el ministro de Relaciones Exteriores firmó en Moscú el protocolo para una extensión del Tratado de No Agresión y Neutralidad.[56]

En 1937 Afganistán firmó el pacto de Sadabad (Tratado de Amistad y No Agresión) junto con Turquía e Irán.

En esos años los acuerdos de trueque afgano-soviéticos hacían muy difícil el otorgamiento de créditos por parte de los soviéticos, así que Afganistán volvió su atención a los países del Eje, especialmente Alemania.

En 1937 se estableció un servicio aéreo semanal entre Berlín y Kabul.[57] Además, entre 1936 y 1939 Afganistán y Alemania firmaron una serie de protocolos y acuerdos confidenciales, que envolvían temas tan amplios como la asistencia técnica y educativa así como la ayuda militar.[58] Sin duda alguna, en esta época Alemania desempeñó el papel de tercer poder en la balanza ruso-afgana y fue la potencia con más influencia en Afganistán en el periodo de la década de los años treinta.

Estados Unidos comenzó a penetrar tímidamente, sobre todo a través de sus compañías petroleras. En 1935 W. H. Hornibrook, que encabezaba la delegación americana en Teherán, arregló que los diplo-

[56] *Ibid.*, p. 223.
[57] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 478.
[58] Ludwig W. Adamec, *op. cit.*, p. 224.

máticos americanos en India tuvieran correspondencia en Kabul. En 1936 el gobierno afgano otorgó una concesión por 25 años a la Inland Oil Exploration Company. Sin embargo, en junio de 1938, después de un año de exploraciones, la compañía estadunidense canceló la concesión, alegando que la situación internacional hacía el proyecto poco práctico.[59]

El inicio de la Segunda Guerra Mundial puso en serios aprietos al gobierno afgano. Ante el virtual entendimiento germano-soviético, el rey Zahir Sha (1933-1973) emitió un decreto el 6 de septiembre de 1939 declarando la neutralidad de Afganistán[60] (según Dupree, el decreto se emitió el 17 de agosto de 1940).[61] Aunque los afganos trataron de mantener su neutralidad lo más posible, ya que la simpatía hacia los alemanes era grande, la verdad es que la situación geográfica de Afganistán le impedía asumir un papel más activo a favor de las potencias del Eje. De cualquier manera, la URSS seguía siendo el comprador lógico de materias primas afganas, y así lo fue durante los dos primeros años de la guerra.

La invasión alemana a la Unión Soviética puso a los afganos en una situación más comprometida. En julio de 1941 a petición de la URSS se cerraron las fronteras entre ésta y Afganistán. Esto favoreció au-

[59] *Ibid.*, pp. 236-237 y Louis Dupree, *op. cit.*, p. 479.
[60] Ludwig W. Adamec, *op. cit.*, p. 243.
[61] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 480.

tomáticamente el comercio con India, que se convirtió en su principal abastecedor durante la guerra.[62]

En agosto de 1941 la URSS y Gran Bretaña invadieron Irán, dejando a Afganistán encerrado y sin ninguna salida hacia otro país neutral. Consecuentemente, la presión de los aliados aumentó y Afganistán tuvo que expulsar del país a ocho italianos y a más de 180 alemanes, otorgándoles salvoconductos para llegar a Turquía. Sólo se permitió permanecer a 10 germanos para atender la embajada. Afganistán, a pesar de que en los últimos meses de la guerra observó la previsible derrota alemana, nunca rompió relaciones con el gobierno del Reich y conservó su neutralidad hasta el fin de la contienda.[63]

Otra de las consecuencias de la guerra fue la apertura de legaciones oficiales entre Kabul y Washington. Estados Unidos había extendido su reconocimiento oficial al gobierno afgano en 1934 (un año después del ascenso de Zahir Sha), pero no fue sino hasta julio de 1942 que los americanos abrieron una delegación en Kabul.[64] Aunque en gran medida esta decisión se tomó por razones estratégicas, también existían razones económicas. En el curso de la guerra, el mercado para uno de los principales productos de exportación, el borrego afgano o *karakul*, cambió de Londres a Nueva

[62] Ludwig W. Adamec, *op. cit.*, p. 253.
[63] *Ibid.*, p. 260.
[64] *Ibid.*, p. 258.

York, ciudad que comenzó a acaparar 95% de las exportaciones afganas de ese material.[65]

c) Reordenamiento de las fuerzas internacionales y fin del equilibrio

La política exterior afgana contemporánea se puede dividir en cuatro grandes etapas: 1) el periodo de sha Mahmud Jan (1946-1953); 2) el primer periodo de Mujamad Daud Jan (1953-1963); 3) el periodo constitucional del rey Zahir Sha (1963-1973), y 4) el segundo periodo de Daud Jan o periodo republicano (1973-1978).

Aunque en términos generales se puede decir que durante el primer periodo la política afgana continuó su línea tradicional, varios sucesos externos provocaron el rompimiento total del esquema anterior de relaciones internacionales en la zona. El más importante de estos acontecimientos fue el retiro británico de India y la consecuente creación de los Estados independientes de India y Pakistán.

Al abandonar Gran Bretaña sus posesiones coloniales en el subcontinente indio, la teoría de Afganistán como "Estado colchón" dejó de tener sentido, ya que de ahí en adelante Afganistán no serviría como pieza clave para mantener separadas a dos grandes po-

[65] W. K. Fraser-Tytler, *op. cit.*, p. 251.

tencias. El problema principal fue entonces el del surgimiento de un vacío político que nadie quiso o pudo llenar. Así, mientras los afganos persistían en su actitud de no alineamiento, no se percataban de que por la falta de un contrapeso externo estaban automáticamente inclinándose hacia el lado soviético. Si esto no fue muy evidente en el primer periodo, en la segunda etapa fue palpable, sobre todo porque coincidió con la política de apertura de Khrushev hacia el Tercer Mundo.

El principal problema de este periodo, que como se ha señalado tenía raíces históricas y afectaría profundamente el futuro de Afganistán, fue el relativo a Pashtunistán. El conflicto se originó en la disputa sij-afgana y continuó con la ocupación inglesa de la zona y la posterior delimitación de la Línea Durand, en 1893.

Cuando la retirada británica de India se hizo inminente, el gobierno afgano comenzó a cuestionar la validez de la Línea Durand. El 3 de junio de 1947 se envió una nota a Londres y Delhi declarando que los habitantes de las NWFP y de Baluchistán deberían tener no sólo la opción de pertenecer a India o Pakistán, sino también la de unirse a Afganistán o permanecer independientes en un Estado separado llamado "Pashtunistán".[66]

[66] Saleem M. M. Qureshi, "Pakhtunistan: The Frontier Dispute between Afghanistan and Pakistan", *Pacific Affairs*, primavera-verano de 1966, pp. 99-114.

Sin embargo, en el plebiscito acerca de la partición de India los pashtunes sólo pudieron escoger entre India o Pakistán. Las votaciones fueron boicoteadas por el movimiento llamado Khudai Khidmatgar (servidores de Dios), también llamados "camisas rojas". Este grupo estaba afiliado al Congreso Nacional Indio (Partido del Congreso) y era dirigido por Abdul Chaffar Jan. El Khudai Khidmatgar alegaba que el Partido del Congreso no reconocía la partición de India y que en caso de darse, las alternativas debían incluir la total independencia de las NWFP. El plebiscito fue llevado a cabo a pesar de todo (aunque sólo en las áreas no irredentas), y sólo 55.5% del electorado votó, en su mayoría por la incorporación a Pakistán.[67] Por supuesto, ni el Khudai Khidmatgar ni el gobierno afgano reconocieron la validez del plebiscito.

Afganistán reclama desde entonces que el Indo es la frontera histórica natural de los afganos y que las tribus de las NWFP y de Baluchistán nunca han estado bajo efectivo control externo.[68] Al hacer esto, Afganistán está buscando una salida al mar, ya que además siempre ha hecho referencia a la similitud entre pashtunes y baluches.

Por su parte, Pakistán niega incluso que exista el problema de "Pashtunistán", ya que no existen recla-

[67] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 489.
[68] Saleem M. M. Qureshi, *op. cit.*, p. 109.

mos en ese sentido por parte de la población local. Una prueba de ello —dice Pakistán— es que no existen tropas regulares en las áreas tribales, sino milicias locales.[69] Sin embargo, la última aseveración no es cierta, ya que en 1948 el Khudai Khidmatgar (y después los baluches) encabezaron fuertes movimientos separatistas que continúan en la actualidad.[70]

La disputa pak-afgana sobre "Pashtunistán" llegó a enfriar seriamente las relaciones entre ambos países, al grado de que cuando Pakistán solicitó su entrada a las Naciones Unidas, Afganistán emitió el único voto en contra. Aunque posteriormente decidió discutir el problema de "Pashtunistán" a través de canales diplomáticos y hubo intercambio de embajadores en 1948, la pugna y las reclamaciones continuaron existiendo.[71]

Afganistán siguió apoyando a los grupos separatistas pashtunes y en 1950 el gobierno pakistaní comenzó a bloquear productos destinados a Afganistán. Particularmente dañino fue el cese de embarques de petróleo. Debido a que EU estaba más preocupado por extender su ayuda a Pakistán, el gobierno afgano tuvo nuevamente que volver su atención hacia la URSS. En julio de 1950 se firmó un convenio comercial afgano-soviético mediante el cual la URSS expor-

[69] *Ibid.*, p. 108.
[70] *Ibid.*, p. 106.
[71] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 491.

taría petróleo, algodón, ropa, azúcar y otros productos a cambio de lana y algodón no industrializado de Afganistán. Además, los soviéticos se comprometieron a construir grandes tanques para gasolina y a iniciar exploraciones petroleras en el norte del país, por lo que una buena cantidad de técnicos soviéticos comenzó a ingresar a territorio afgano. Por último, los soviéticos otorgaron permiso para el libre tránsito a todos los productos afganos que cruzaran la URSS. Como consecuencia de estos acuerdos, para 1952 el comercio afgano-soviético se había duplicado y se había establecido ya una oficina de comercio soviética en Kabul, lo que significaba todo un logro histórico para la URSS.[72]

En el terreno político, un convenio fronterizo en 1946 creó una comisión conjunta que elaboró un tratado, firmado en septiembre de 1948, que solucionó los puntos conflictivos en cuanto a demarcación territorial entre la URSS y Afganistán.[73]

Por su parte, EU otorgaron el estatus de embajada a su delegación en Kabul el 5 de junio de 1948 y Eli E. Palmer fue su primer embajador. Nueva York continuó siendo el mejor mercado para las pieles de karakul (borrego afgano), y en 1946 la compañía estadunidense Morrison-Knudsen se encargó de llevar a cabo un ambicioso proyecto de irrigación en el valle Hel-

[72] *Ibid.*, pp. 491-492.

[73] Donald N. Wilber, *op. cit.*, p. 182.

mand, financiado también con capital estadunidense. En 1951 los estadunidenses comenzaron a otorgar asistencia técnica y en 1953 nuevos créditos fueron otorgados para la conclusión del proyecto del valle Helmand. Sin embargo, aunque en este periodo parecía que los estadunidenses iban a cubrir el espacio dejado por los ingleses, en términos políticos la posibilidad de un estrechamiento de relaciones se hizo muy difícil. Aparte del Tratado afgano-soviético de No Agresión y Neutralidad (que prohibía alianzas con terceros Estados perjudiciales para las partes contratantes), el problema de "Pashtunistán" y la ayuda otorgada por EU a Pakistán establecían un límite claro a cualquier profundización de las relaciones políticas.[74]

En este periodo Afganistán buscaba equilibrar sus relaciones entre las dos grandes potencias. Sin embargo, como ya hemos señalado antes, al hacer esto, dados los condicionamientos históricos, Afganistán se inclinaba naturalmente al lado soviético, sin que existiera ninguna voluntad política expresa en este sentido por parte de afganos o soviéticos.

En 1953 ocurrieron dos hechos que afectarían el destino de las relaciones afgano-soviéticas y por lo tanto el futuro de Afganistán. En ese año Mujamad Daud Jan ascendió al puesto de primer ministro de Afganistán, mientras que en la URSS Stalin moría y dejaba el vacío político que posteriormente ocuparía

[74] Ludwig W. Adamec, *op. cit.*, pp. 263-264.

Nikita Khrushev. Estos cambios fueron de particular importancia, ya que además de los desarrollos internos afganos que culminaron con el ascenso de Daud, el arribo de Khrushev al poder significó una etapa de apertura hacia el Tercer Mundo, en la cual el caso de Egipto es quizás el más conocido. Sin embargo, existieron otros países hacia los cuales se encaminó la apertura soviética, entre los cuales Afganistán recibió una atención relativamente grande. Tuvo importancia también en este periodo la actitud de EU, pues al no comprender las motivaciones de los países que buscaban el no alineamiento ayudó a polarizar las relaciones internacionales. Así, de la misma manera que la rivalidad anglo-rusa afectó profundamente la historia de Afganistán en el siglo XIX, la rivalidad soviético-americana (y luego el triángulo EU-China-URSS), que marcó la Guerra Fría, condicionaría en gran medida el futuro del país.

Durante esos años, el gobierno estadunidense, de acuerdo con su política de contención del comunismo, se dedicó a la formación de organismos regionales destinados a levantar un cerco a la URSS. De esta forma, en 1954 se creó la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO) y en 1955, se firmó el Pacto de Bagdad (que en 1959, ante el retiro de Irak en 1958, se convertiría en la Organización del Tratado del Centro, CENTO).[75] La pieza clave de estas dos

[75] Jean-José Puig y Jean-Christophe Victor, "L'Afghanis-

organizaciones, el engranaje propiamente dicho, lo constituía Pakistán, que formaba parte de ambos pactos regionales. Dentro de este esquema, un Afganistán no alineado simplemente no tenía cabida.

En 1954 y 1955 el gobierno afgano se acercó repetidas veces a Washington solicitando ayuda económica y militar, tanto para desarrollar sus proyectos nacionales como para poder contrarrestar la creciente amenaza pakistana proveniente del profundo desbalance militar, así como del problema de Pashtunistán. Los estadunidenses contestaron con una rotunda negativa, de tal manera que Afganistán nuevamente tuvo que acercarse a la URSS.[76]

En 1955, disturbios ocasionados por el problema de Pashtunistán provocaron nuevamente el cierre de las fronteras pak-afganas y, después de que se frustraron los intentos por conseguir una ruta alternativa por Irán, el gobierno afgano pidió a la URSS la renovación del acuerdo de tránsito para productos afganos de 1950. Los soviéticos otorgaron una extensión por cinco años de dicho convenio en agosto de 1955, y al mismo tiempo se firmó otro acuerdo comercial semejante al de 1950.[77]

---

tan, carrefour du monde?", *Les Temps Modernes,* vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980, pp. 107-132.

[76] Bernard Dupaigne, "L'expansion coloniale russe en Asie Centrale (1840-1980)", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980, pp. 55-82.

[77] Louis Dupree, *op. cit.,* p. 507.

En diciembre de 1955 Khrushev y Bulganin visitaron Afganistán (después de viajar a India y Burma) y anunciaron que la URSS apoyaba la propuesta afgana sobre el problema de Pashtunistán.[78] Se informó también del otorgamiento de un préstamo a largo plazo para proyectos de desarrollo por una cantidad de 100 millones de dólares. En respuesta, Daud anunció la firma de la extensión del Tratado Afgano-Soviético de No Agresión y Neutralidad. Poco después, en marzo de 1956 se informó de la asistencia técnica para el desarrollo de varios proyectos, destinados principalmente a crear una infraestructura necesaria para el país.[79]

En 1956 EU elaboró una débil respuesta ante tal ofensiva diplomática soviética y apoyó el otorgamiento de créditos para la construcción de un aeropuerto en Qandahar y para impulsar ciertos programas educativos.[80]

A pesar de lo anterior, la ayuda estadunidense fue mínima en comparación a la otorgada por la URSS, sobre todo si se toma en cuenta la participación no sólo de esta última potencia, sino la de todo el bloque soviético en general (aunque también habrá que

[78] N. A. Bulganin y N. S. Khrushov, *Visit of Friendship to India, Burma and Afghanistan; Speeches and Official Documents*, Moscú, Foreign Language Publishing House, 1956, p. 203.

[79] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 508.

[80] *Ibid.*, pp. 513-516.

anotar la ayuda otorgada por otros países del bloque occidental, particularmente la de Alemania Federal). Los checoeslovacos, los polacos y los alemanes orientales fueron muy activos en sus relaciones con Afganistán, participando principalmente en proyectos de desarrollo industrial.[81]

Probablemente el área que más ventajas redituó a la URSS, políticamente hablando, fue el concerniente a la asistencia militar. Aunque presumiblemente muchos de los acuerdos no son conocidos, se tiene noticia de la instrucción de por lo menos mil jóvenes oficiales afganos en la URSS a partir de 1956[82] y de un préstamo de 25 millones de dólares destinados para la compra de armamento y para la construcción de instalaciones militares.[83] Esta ayuda sería de particular importancia para el gobierno afgano, ya que el reforzamiento del poder central afgano era vital para su sobrevivencia, dada la combatividad de las tribus. Por otra parte, la instrucción de jóvenes oficiales afganos en la URSS vendría a ser el origen de gran parte de la fuerza desarrollada por el Partido Democrático Popular Afgano desde su fundación en 1965, ya que muchos de estos miembros del ejército pasarían a engrosar sus filas. Esto ayuda a explicar también las ca-

[81] *Ibid.*, p. 520.
[82] Bernard Dupaigne, *op. cit.*, p. 79.
[83] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 522.

racterísticas especiales que tuvo la toma del poder por el PDPA.

Incluso en términos de ayuda meramente económica, la URSS aventajó ampliamente a EU. En el lapso de 1954 a 1960 la URSS otorgó 68.6% del total de los préstamos que Afganistán recibió (178.85 millones de dólares), además de haberlo hecho en condiciones más ventajosas. Como es sabido, la URSS favorecía la utilización del trueque comercial, lo que evitaba el uso de divisas (aunque también ataba al comercio), impulsaba la elaboración de ciertos productos para exportación y por último concedía tasas de interés más bajas.[84] Entre los nuevos convenios se instituyeron algunos de formación y equipamiento militar. De esa manera, para 1970 alrededor de 7 000 oficiales del ejército afgano habían sido entrenados en la Unión Soviética y Checoeslovaquia, mientras que sólo 600 habían sido formados en Estados Unidos. Es precisamente de este grupo de militares y de civiles formados en el exterior, además de la intelectualidad educada en la Universidad de Kabul, de donde el PDPA extrae la mayoría de sus cuadros. No sólo de los países socialistas venían los miembros del PDPA, sino también de Occidente, como lo muestra el caso de Hafizullah Amín, estudiante de la Universi-

[84] A. Z. Arabadzhyab, "Persia and Afghanistan: A Contrast in Foreign Aid", *Central Asian Review*, vol. IX, núm. 1, 1961, p. 88.

dad de Columbia entre 1957 y 1962. De hecho, lo que unía sobre todo a este grupo de la élite afgana era su deseo de modernizar al país mediante un esquema de desarrollo occidental.

Por su parte, EU condujo una política realmente torpe hacia la región y, con el favorecimiento a los pactos y a sus aliados en el área, polarizó las actitudes y provocó la inclinación de algunos países al lado soviético. Quizás la posición y las esperanzas americanas eran las que expresó Hamilton F. Armstrong en un artículo de *Foreign Affairs* de julio de 1956:

> Los presagios no son propicios. Pero los afganos son un pueblo duro y flexible y es posible que incluso el programa más sutil en el que los soviéticos parecen haberse embarcado para desarmarlos económica y financieramente, fallará. Nada que podamos hacer garantiza ese resultado. Pero podemos alentar a los líderes afganos para que sientan que no están solos; podemos continuar nuestra ayuda en cantidades moderadas, dándoles tiempo para obtener fuerzas; podemos quizás servirles políticamente; y podemos advertirles de próximos pasos que terminarán casi automáticamente entregando a su país a manos extranjeras incluso si, viendo ese resultado como inminente, se rebelan demasiado tarde contra él.[85]

[85] F. Hamilton Armstrong, "North of the Khyber", *Foreign Affairs*, vol. XXXIV, núm. 4, julio de 1956, p. 609.

Todas estas cosas fueron las que hicieron los estadunidenses de 1953 a 1978. En otras palabras, los dejaron solos.

Las relaciones entre Pakistán y Afganistán entre 1955 y 1961 fueron deteriorándose paulatinamente, aunque existieron breves lapsos (1957-1958) de entendimiento formal. Sin embargo, para 1961 una serie de incidentes alrededor de las embajadas de ambos países, así como la utilización de elementos tribales en ambos lados de la frontera, llevaron al rompimiento de las relaciones pak-afganas el 6 de septiembre de 1961. Como consecuencia de ello, Pakistán cerró una vez más el paso a los productos afganos a través de su territorio.

En ese momento, la situación internacional se había tornado aún más complicada debido a la participación de otra potencia regional: China. El conflicto sino-soviético dio lugar a la lucha por la hegemonía de estas dos potencias en Asia, y China aprovechó el relativo no alineamiento provisional de Pakistán para acercársele. Los soviéticos, preocupados por la competencia china, decidieron iniciar una apertura hacia Pakistán y en julio de 1961 se había llegado a la firma de un acuerdo para exploración petrolera.[86] Sin embargo, este acercamiento no podía durar mucho debido a la alianza entre Pakistán y EU. En el conflicto pak-afgano de septiembre de ese año los soviéticos

[86] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 542.

apoyaron decididamente a los afganos mediante un puente aéreo a la URSS y a la India, y a través de otro acuerdo comercial firmado en noviembre de ese año.[87] EU se declaró neutral en la disputa. India, por su parte, apoyó a Afganistán en su causa por Pashtunistán.[88] De esa manera se establecieron las bases para las alianzas internacionales en la zona. De un lado EU, China y Pakistán, y del otro URSS, India y Afganistán.

A pesar de la ayuda prestada por la URSS, la situación de la economía afgana era muy difícil de sostener y fue necesario buscar una solución política. El sha de Irán se ofreció a mediar en la disputa. Daud renunció en marzo de 1963 y las pláticas desarrolladas en mayo de ese año llevaron al restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Pakistán y Afganistán.[89]

El periodo 1963-1973 se caracterizó por la continuación de las tendencias ya palpables en la década anterior. El rey Zahir Sha se concentró en un esfuerzo de democratización interna y la situación internacional experimentó un relajamiento de las tensiones que posteriormente cristalizarían en lo que se dio en llamar la *détente*. Sin embargo, las pautas estaban dadas ya y la estrecha relación afgano-soviética sería

[87] *Ibid.*, p. 545.
[88] Donald N. Wilber, *op. cit.*, p. 275.
[89] Saleem M. M. Qureshi, *op. cit.*, p. 107.

difícil de reequilibrar, sobre todo debido al poco interés manifestado por EU.

De esta manera, las estadísticas muestran que entre 1966 y 1970 la URSS era el principal país exportador para Afganistán, al mismo tiempo que el principal importador. Mientras que en el ramo de las importaciones afganas la URSS competía con India y Japón, en el rubro de exportaciones la Unión Soviética era el principal mercado (30.75 millones de dólares de la URSS frente a 15.15 de India y 12.30 de Gran Bretaña en 1969-1970) para los productos afganos.[90] Además la URSS aventajaba ampliamente a otros países en cuanto al volumen de créditos y ayuda económica otorgada a Afganistán. Mientras que entre 1950-1971 los soviéticos entregaron créditos por 572 millones de dólares, EU ofreció sólo 81.2 millones. En el mismo periodo, la URSS otorgó por lo menos 350 millones de dólares en ayuda económica (incluyendo ayuda económica para asistencia militar) y EU otorgó 204.8 millones.[91]

Lo anterior se reflejó por supuesto en el número de asistentes técnicos enviados a Afganistán. De un total de 1 929 técnicos extranjeros en 1971, 1 050 eran soviéticos, 220 de la República Popular China, 200 de la ONU, 152 de Alemania Occidental y sólo 105 de EU.[92] Además de esta cooperación, la URSS explotó los

[90] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 627.
[91] *Ibid.*, pp. 630-631.
[92] *Ibid.*, p. 631.

yacimientos de gas natural y construyó un gasoducto Afganistán-URSS en funcionamiento desde 1968.[93]

Sin embargo, a pesar de la profunda penetración soviética en Afganistán, la URSS al parecer no tuvo nada que ver con el fin de la monarquía y el establecimiento de la República después del golpe de Estado perpetrado por Daud en 1973.

Contrariamente a lo que la lógica hizo que muchos esperaran, Daud no reorientó la política nacional hacia un mayor acercamiento con Moscú. Aunque en 1974 parecía que resurgiría el problema de Pashtunistán, la situación internacional no era la misma que 20 años antes, y fueron los mismos soviéticos quienes, interesados en el proceso de la *détente*, se encargaron de disuadir a los afganos. Cuando Daud visitó Moscú en junio de 1974, los soviéticos omitieron mencionar el caso de Pashtunistán :

> El comunicado conjunto emitido en una ocasión posterior expresaba la débil esperanza de que la disputa política entre Pakistán y Afganistán se arreglaría por medios pacíficos a través de negociaciones.[94]

Además, Daud se daba cuenta de que para lograr el desarrollo prometido al pueblo afgano necesitaría

[93] *Ibid.*, p. 638.

[94] Dilip Mukerjee, "Afghanistan Under Daud: Relations with Neighboring States", *Asian Survey*, vol. XV, núm. 4, abril de 1975, p. 309.

acudir a otras fuentes de crédito distintas a las soviéticas. Así, aunque la URSS prometió una asistencia para cinco años de alrededor de 700 millones de dólares, Daud empezó a volver la mirada hacia los nuevos países ricos de la zona: Irán, Irak, Arabia Saudita y Kuwait. En noviembre de 1974, Henry Kissinger visitó brevemente Kabul y Daud le manifestó sus deseos de intensificar las relaciones afgano-americanas.[95] Además, el sha de Irán, convertido bajo la doctrina Nixon en el policía de la zona, comenzó a buscar mayores contactos con Afganistán e incluso logró un relativo acercamiento pak-afgano.

En el plano de las relaciones entre las potencias, el acercamiento entre China y EU, acelerado desde la visita de Nixon a Beijing en 1972, fue considerado por la URSS como una nueva forma de política de contención. La caída de Indira Ghandi en 1977 y el acercamiento chino-japonés serían otros indicadores que harían sentirse a la URSS cada vez más aislada en el continente asiático.

A pesar de estos esfuerzos de Occidente, poco se había logrado concretar para 1978 y el comercio y la deuda externa de Afganistán permanecían orientados aproximadamente en 75% hacia la Unión Soviética.[96]

[95] *Ibid.*, pp. 310-311.

[96] Véanse Pierre Gentelle, "Du non-développement au sous-développement", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm.

Aunado a un deterioro de la situación económica, el clima político también sufrió serios trastornos. La reorientación de Daud y el acercamiento con el sha de Irán trajeron como consecuencia la separación del gobierno de los miembros del Parcham y la participación directa de la SAVAK (policía secreta iraní) en la represión a los miembros del PDPA y a otros sectores de la sociedad afgana.

Mientras tanto, el receso de los primeros años del gobierno de Daud permitió a los cuadros del Jalk reorientar su estrategia e infiltrarse en el cuerpo militar afgano. Al mismo tiempo, el aumento de la represión gubernamental favoreció la reunificación del PDPA (de orientación marxista), que se efectuó en 1977. Es en este contexto que se dio el sorpresivo golpe de Estado de abril de 1978, efectuado en contra de Daud por los miembros del PDPA.

No existe evidencia de que haya habido siquiera una mínima participación de la URSS en el mencionado levantamiento. Al contrario, todo parece indicar que el golpe del PDPA fue asestado en un momento en que sus dirigentes estaban a punto de ser liquidados. En ese momento fue cuando el trabajo desarrollado por el PDPA en el ejército rindió sus frutos y se logró derrocar a Daud en un golpe relativamente in-

---

408-409, julio-agosto, 1980, p. 287, y Louis Dupree, *op. cit.*, pp. 630-631.

cruento. De hecho, parece ser que incluso para los dirigentes del PDPA los acontecimientos se desarrollaron más velozmente que lo planeado. La chispa fue el asesinato de Mir Akbar Jyber, profesor universitario y ex director del diario *Parcham*, lo cual provocó una gran manifestación popular y algunos disturbios. Daud respondió encarcelando a los principales dirigentes del PDPA, incluyendo a Nur Mojamed Taraki y Babrak Karmal. Empero, algunos cuadros, entre los que se encontraba Hafizullah Amín, lograron dar la orden a los oficiales miembros del partido de atacar y derrocar al gobierno de Daud. Destacó en esta acción el general Abdur Kadir, quien formó luego parte del gabinete de Karmal y que en ese entonces dirigía un escuadrón de la Fuerza Aérea Afgana. Al parecer Daud murió en el corto combate, aunque también circuló la versión de que había sido fusilado después de un juicio sumario. Así pues, en la tarde del 26 de abril de 1978 un Consejo Revolucionario presidido por Nur Mojamed Taraki anunciaba la instauración del primer gobierno socialista en Afganistán.

Todo parece indicar que, en términos generales, la población no rechazó en un primer momento al gobierno del PDPA. Sin embargo, la impaciencia y el dogmatismo de los comunistas afganos fueron dos de los elementos que más perjudicaron al régimen. Además, algunos países, como China, EU, Egipto y Pakistán comenzaron a sostener a los grupos rebeldes

afganos.[97] Ahora bien, no obstante esta ayuda proveniente del exterior, la rebelión no se hubiera generalizado si los miembros del PDPA no hubieran actuado tan obtusamente como lo hicieron. Aunque muy bien intencionadas, la mayoría de las reformas que pretendían beneficiar a las masas afganas y el intento de llevarlas a cabo rápidamente y a toda costa, sólo lograron aumentar las filas de los rebeldes.

La errónea política aplicada por el PDPA y sus profundas luchas internas llevaron al levantamiento de la población y a la extensión de la rebelión en contra del gobierno central. Para diciembre de 1979 la situación del gobierno del PDPA se había vuelto insostenible. Fue entonces cuando la URSS decidió incrementar su participación en el aniquilamiento de la rebelión e invadió masivamente el territorio afgano. ¿Por qué actuó de esta manera la Unión Soviética?

d) Las razones de la invasión soviética

En una entrevista concedida por Leonid Ilich Brezhnev, secretario general del Comité Central del PCUS y presidente del Soviet Supremo de la URSS al diario *Pravda*, el 13 de enero de 1980, podemos encontrar

[97] Acerca de la injerencia estadunidense en Afganistán véase Joe Stark, "U. S. Involvement in Afganistán", *Merip Reports*, núm. 69, julio-agosto de 1980, pp. 25-26.

la explicación oficial soviética de la intervención en Afganistán.

Esta explicación sostenía que la URSS otorgaba una ayuda al pueblo afgano con el fin de detener la agresión que sufría por parte del imperialismo. Al hacer esto, la Unión Soviética afirmaba apoyarse en el Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Colaboración, concertado por Afganistán y la URSS en diciembre de 1978.

Para no caer en el juego ideológico de las grandes potencias y engañarnos con explicaciones contradictorias (como aquella de que el gobierno de Amín llamó a las tropas soviéticas, pero era un agente de la CIA) nos permitiremos seleccionar sólo un pequeño párrafo en el que, desde nuestro punto de vista, se vierte la verdadera motivación de los soviéticos:

> *Dicho con otras palabras, llegó un momento en que ya no podíamos dejar sin respuesta la petición del gobierno de nuestro amigo Afganistán. Proceder de otra manera*, hubiera significado entregar a Afganistán al libre arbitrio del imperialismo, permitir a las fuerzas agresoras repetir allí lo que ellas lograron hacer, por ejemplo, en Chile, donde la libertad del pueblo fue ahogada en sangre. Proceder de otra forma, *hubiera significado contemplar pasivamente cómo en nuestra frontera meridional surge un foco de seria amenaza a la seguridad del Estado soviético*.[98]

[98] *"URSS, La verdad sobre Afganistán": documentos, hechos, testimonios*, Moscú, Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, 1980, p. 12 (las cursivas son mías).

Posteriormente retomaremos estos argumentos. Por otra parte, existen pruebas de que los estadunidenses sabían de la posibilidad de una probable invasión soviética en Afganistán. R.T. Kass, un escritor independiente, mencionaba en un artículo escrito dos meses antes de la intervención, que EU siempre había abandonado a Afganistán y que había esperado hasta agosto de 1979 para que el asesor en seguridad nacional, Zbigniev Brhzezinski, emitiera una débil advertencia a los soviéticos para que no invadieran Afganistán.[99] El artículo mencionaba entre otras cosas que la situación en agosto de 1979 se había vuelto insostenible para el gobierno central afgano.[100] Sin embargo, parece que el Departamento de Estado de Estados Unidos nunca consideró realmente que se fuera a efectuar la intervención soviética, ya que cuando se produjo, el gobierno estadunidense tardó varios meses en recuperarse del impacto. Las explicaciones oficiales son a pesar de lo anterior bastante interesantes. El 6 de enero de 1980 el embajador estadunidense ante la ONU, Donald F. McHenryls, afirmaba:

> Los hechos de la situación son claros. Por un periodo de meses, la Unión Soviética cuidadosamente planeó y se preparó para invadir Afganistán porque estaba in-

[99] R. T. Klass, "The Tragedy of Afghanistan", *Asian Affairs*, vol. VII, núm. 1, septiembre-octubre, 1979, pp. 1-7.

[100] *Ibid.*, p. 2.

> satisfecha con el grado de servilismo del gobierno de Amín e, indudablemente, con su actuación contra los insurgentes en Afganistán que por largo tiempo han estado luchando por sus derechos.[101]

Sin embargo, tres meses después el Departamento de Estado todavía daba muestras de perplejidad. El 3 de marzo Cyrus Vance manifestaba:

> Ni siquiera el análisis más penetrante puede determinar con certeza las intenciones soviéticas en la región, ya sea que sus motivos en Afganistán sean limitados o parte de una estrategia mayor. El hecho es que decenas de miles de tropas soviéticas están en Afganistán.[102]

Para junio de 1980 el Departamento de Estado ya había elaborado un documento más equilibrado y que desde nuestro punto de vista se acercaba más a la realidad. Es importante reproducir algunas partes porque presenta de hecho la visión oficial estadunidense.

> Aunque la Unión Soviética desempeñó si acaso sólo un pequeño papel en este golpe [de abril de 1978] los rusos se movieron después rápidamente para estable-

[101] USA, "Report on Afghanistan", *Department of State Bulletin*, vol. 80, núm. 2039, junio de 1980, p. 62.

[102] USA, "Afghanistan America's Course", *Department of State Bulletin*, vol. 80, núm. 2037, abril de 1980, p. 12.

cer una influencia predominante en Afganistán. Durante 1979, ellos habían buscado establecer un gobierno efectivo en Kabul. Sin embargo, la inestabilidad de la política afgana, la inefectividad de la nueva dirección y una creciente insurgencia con raíces internas amenazó el control del régimen prosoviético sobre el país. A medida que la resistencia a un régimen visto como antiislámico y dominado por los soviéticos creció, los soviéticos expandieron paulatinamente su presencia militar y estrecharon su control sobre el gobierno. Después de una balacera a mediados de septiembre que pudo haber resultado de un intento soviético por remover al entonces primer ministro Hafizullah Amín, Taraki fue asesinado y Amín tomó el gobierno. Durante la invasión soviética en diciembre de 1979, Amín fue muerto durante un ataque de tropas soviéticas a su palacio. Babrak Karmal, en el exilio en Europa Oriental, fue instalado por los soviéticos como presidente.[103]

Antes de avanzar en las explicaciones, sería conveniente hacer algunas puntualizaciones. Poco después de su ascenso al poder el régimen de Taraki comenzó a perder el apoyo popular, y al mismo tiempo las divisiones internas y la incapacidad política de los comunistas afganos los llevó a enfrentar una rebelión que se hizo cada día más difícil de controlar.

[103] USA, "Report on Afghanistan", *Department of State Bulletin*, vol. 80, núm. 2039, junio de 1980, p. 62.

El apoyo soviético, patente a partir de la toma del poder del PDPA, comenzó a transformarse en una participación cada vez mayor, sobre todo mediante equipo y asesoría militar.

Tres meses después del golpe, las diferencias entre los grupos Parcham y Jalk habían surgido nuevamente. Luego de haber perdido los primeros la confrontación, el PDPA comenzó a ser "purgado" y los principales dirigentes parchamis enviados como embajadores al exterior. La represión interna se acentuó ya no sólo contra las tribus rebeldes sino también contra los sectores urbanos sospechosos de estar descontentos con el régimen. En 1979 el gobierno reconoció que sólo en la ciudad de Kabul había más de doce mil prisioneros.[104]

Para julio de 1979 Hafizullah Amín había logrado concentrar en su persona los puestos de ministro de Defensa y del Interior, restándole poder a Taraki y controlando la policía política del país. Mientras tanto, las deserciones y el descontento en el ejército aumentaban. El 27 de julio, la guarnición de Bala Isar, integrada por oficiales del Jalk y considerada como una de las más seguras, se rebeló y fue prácticamente aniquilada. La ciudad de Herat fue escenario de un gran levantamiento durante el verano, que sólo fue

[104] Alexandre Dastarac y M. Levent, "Afganistán: el despertar de las nacionalidades", *Le Monde Diplomatique* en español, año. 2, núm. 14, febrero de 1980, p. 6.

sofocado tras varios días de duros enfrentamientos. Incluso en Kabul se presenciaron algunas manifestaciones populares en contra de la política gubernamental durante el mes de agosto.

Existen indicios de que, ante el derrumbe del régimen del Jalk, Moscú intentó una solución que consistía en un reacercamiento entre los miembros del Parcham y del Jalk. Después de haber participado en la Conferencia de los No Alineados, Taraki fue recibido el 10 de septiembre en Moscú donde, al parecer, sostuvo una entrevista privada con Brezhnev y Babrak Karmal con el objeto de reunificar al PDPA. Posiblemente una de las condiciones del acuerdo debió haber sido el retiro de Amín y la vuelta al programa de unidad democrática nacional.

Según el informe publicado por el mismo Amín, después de haber recibido garantías del embajador soviético Puzanov y de Taraki respecto a su seguridad personal, Hafizullah Amín se dirigió el 14 de septiembre al palacio de gobierno, conociendo el complot que se tramaba en su contra. Aparentemente, al retirarse Puzanov se inició un tiroteo en el que Taraki fue sorprendido y ultimado por agentes secretos de Amín que simulaban estar al servicio del primero. Los soviéticos no tuvieron más que aceptar el repentino giro de los acontecimientos, aunque también deben de haber esperado otra buena oportunidad para llevar a cabo su estrategia.

En diciembre de 1979 la situación para el gobierno de Amín era desastrosa. El ejército ya sólo controlaba las ciudades y con dificultad. Los muertos civiles desde abril de 1978 sumaban más de cien mil. Las ejecuciones y arrestos eran masivos y existían más de 300 mil refugiados en Pakistán e Irán. Había en ese momento por lo menos cinco mil asesores soviéticos. En suma, la situación era insostenible y era únicamente cuestión de tiempo tanto la caída de Amín como el triunfo de los rebeldes musulmanes.

Probablemente el gobierno soviético decidió remplazar por la fuerza a Amín cuando consideró que la intervención masiva era la única alternativa para salvar el régimen comunista afgano. Existe también la posibilidad de que fuera el mismo Amín quien pidiera la intervención militar sin saber que uno de los primeros pasos de los soviéticos sería derrocarlo. De cualquier manera, con o sin el consentimiento del gobierno de Amín, desde el 15 de diciembre importantes cantidades de material militar y de soldados soviéticos comenzaron a llegar a los aeropuertos de Bagram y Kabul (desde tiempo atrás controlados por tropas de la URSS) mediante un impresionante puente aéreo.[105]

Finalmente, el 27 de diciembre de 1979 los combates se iniciaron en el centro de Kabul. La resistencia fue casi nula y para las diez de la noche todo había terminado. Al parecer Amín murió durante los

[105] *Le Monde*, 28 de diciembre de 1979, p. 1.

combates. El 28, la capital afgana escuchó el primer mensaje radiodifundido de Babrak Karmal, quien anunció la caída de Amín y la formación de un nuevo gobierno revolucionario.[106]

Se puede especular mucho acerca del desarrollo de los acontecimientos de 1979 en Afganistán. Pero aunque encontremos la explicación más lógica del desarrollo de los sucesos, lo anterior no nos ofrece las razones de fondo de la intervención soviética. Al respecto existen varias hipótesis. Intentaremos clasificarlas según las corrientes interpretativas. Su análisis es importante en la medida en que se han dado interpretaciones similares sobre las posibles razones de las intervenciones posteriores de las potencias occidentales en Afganistán y en la región. Trataremos primero las visiones geoestratégicas ahistóricas.

Bernard Dupaigne sostiene que en realidad el objetivo final de la URSS eran las refinerías y pozos petroleros del Golfo Pérsico.

> La invasión de Afganistán va de esa manera a asegurar a los soviéticos un derecho de control sobre el aprovisionamiento de petróleo; y, sin duda, los soviéticos esperan también el control de la totalidad de Irán.[107]

[106] *Le Monde*, 1 de enero de 1980, p. 4.
[107] Bernard Dupaigne, *op. cit.*, p. 78.

Éste es uno de los argumentos más débiles en la interpretación de la intervención. Si los soviéticos buscaran controlar la zona petrolera del Golfo Pérsico (como también se manejaba en el Departamento de Estado de EU), ¿cuál era la lógica de invadir Afganistán? No teniendo este país acceso al Golfo Pérsico o grandes yacimientos petroleros, ¿no hubiera sido mejor invadir Irán? Además de que la URSS también tiene una extensa frontera con Irán, invadir Afganistán no significaba ninguna ventaja geoestratégica considerable, ya que los afganos no tienen salida al mar.

Dentro de esta misma corriente se inscriben algunos que consideran que la URSS en realidad estaba buscando una salida al mar caliente, es decir al océano Índico. Al respecto se podría decir que tal hipótesis dejó de tener sentido desde por lo menos 1956. Ya en ese año un observador estadunidense afirmaba:

> La injustificable adquisición de Afganistán no mejoraría marcadamente de hecho la posición operacional soviética. Los aviones soviéticos ya son capaces de penetrar al Océano Índico y al Mar Arábigo desde bases en territorio soviético.[108]

Louis Dupree, uno de los más profundos conocedores del tema, descarta también esa hipótesis.

[108] F. Hamilton Armstrong, *op. cit.*, p. 606.

> ¿Pero realmente los rusos necesitan los puertos de agua caliente en el sur? Ellos tienen acceso a través de los Dardanelos al Mediterráneo y a través del Canal de Suez al Mar Arábigo y al Océano Índico. Un escuadrón naval ruso de alrededor de 25 barcos opera constantemente en las aguas calientes, parte en respuesta a las facilidades navales de EU en Diego García (¿o es viceversa?) y a la flotilla americana de alrededor de 10 barcos. Cada nación tiene un portaviones patrullando. También, los soviéticos tienen facilidades navales en África Central y en la punta sureña de la Península Arábiga. Finalmente, la flota rusa asiática fácilmente puede mover fuerzas adicionales en aguas del Océano Índico.[109]

Sin embargo, Dupree mismo cae en la interpretación psicologista del enfoque de la kremlinología que atribuye la intervención soviética a un desplazamiento (definitivo o temporal) de las antiguas élites comunistas por nuevos y más belicosos dirigentes.[110] Según este análisis, Brezhnev y los viejos líderes soviéticos habrían sido desplazados por "halcones más jóvenes", presumiblemente menos precavidos y más agresivos que los anteriores.

Aunque la anterior hipótesis no se debe desechar como falsa, sí debe considerársele como incompleta, ya que pretende sustituir las causas históricas que se

[109] Louis Dupree, *op. cit.*, p. 778.
[110] *Ibidem.*

han venido gestando a lo largo del tiempo, por una toma de decisiones subjetiva y aventurada que no toma en consideración la factibilidad de las repercusiones inmediatas y del alcance de sus fines. En otras palabras, no se niega aquí la posibilidad de que en un momento dado los militares soviéticos hayan impuesto en la mesa de negociaciones la necesidad de la intervención. Lo que se refuta es la posibilidad de que estos militares y algunos jóvenes líderes hayan tomado ellos solos la decisión o que la hayan tomado fuera del límite de posibilidades que objetivamente tenía el Estado soviético. En otras palabras, lo importante no es saber quién ganó la batalla en las discusiones al interior del Comité Central del PCUS, sino establecer el porqué de tal resultado. En ese sentido lo primordial es conocer la serie de alternativas que los dirigentes soviéticos tenían y cuál era la decisión impostergable dentro de su lógica que era necesario tomar, a pesar de las consecuencias internacionales que esto pudiera acarrear.

Dentro de la misma corriente de interpretación geopolítica está la hipótesis de Hélène Carrere d'Encausse. Esta conocida sovietóloga plantea que la invasión soviética en Afganistán fue un rompimiento con la política de buena vecindad. La intervención se habría hecho necesaria para la URSS debido a la descomposición de los regímenes de la zona y al incremento de la penetración y avance de la influencia china en el área. El avance sobre Afganistán no es

sólo una extensión territorial, sino un intermediario susceptible (como los cubanos en América Latina) de servir como instrumento para la acción soviética en los países vecinos.[111]

Esta explicación es ahistórica, porque no toma en cuenta la paulatina penetración soviética (económico-militar) en el siglo XX y porque no considera la serie de conflictos regionales que habían convertido de hecho a Afganistán en parte de la esfera de influencia soviética. Esta noción se acentuó (para los soviéticos) desde el golpe de abril de 1978. Por lo mismo no se puede hablar de una expansión soviética sobre una zona donde ya se había expandido de hecho (aunque evidentemente primero fue económica y luego político-militar). Por último, aunque el temor hacia los chinos pudo haber tenido un papel importante para la decisión soviética, esto reafirmaría la tesis de que en realidad la acción fue mucho más defensiva que agresiva. Al parecer las anteriores interpretaciones están muy influenciadas por algo que podríamos llamar el "síndrome del Estado colchón", por medio del cual se le atribuye a Afganistán una importancia geopolítica que dejó de tener hace más de cincuenta años. La idea de Afganistán como un "Estado colchón", que todavía se manejaba en la en-

[111] Hélène Carrere d'Encausse, "Les soviétiques en Afghanistan; un nouveau Cuba?", *Politique Internationale*, núm. 6, 1979-1980, pp. 21-38.

treguerra, pierde sentido con el retiro de la zona del imperio británico. Pensar en un Afganistán de la posguerra como tal es un error porque desde 1947 ya no hay necesidad de acolchonar nada. Esto no significa que dicho país ya no tenga ninguna importancia estratégica, sino que el valor geopolítico de una zona está determinado en el tiempo y espacio, y en el caso de Afganistán estas dos variables han cambiado profundamente desde el siglo XIX.

Otra gran corriente interpretativa es la economicista. Estos autores sostienen que la razón principal de la invasión fue la de asegurarse la explotación de los recursos del país. Según Jean-José Puig y Jean-Christophe Victor, la Unión Soviética se dedicó desde el fin de la Segunda Guerra Mundial a hacer la prospección geológica del territorio afgano, encontrándose con un suelo rico en recursos naturales tales como petróleo, gas, uranio, cromo, manganeso, cobre, carbón, fierro y piedras preciosas.[112] Afganistán se habría convertido por lo tanto en una reserva soviética de materias primas.

Para Bernard Dupaigne, la URSS se dedicó a explotar los recursos naturales afganos para su propio beneficio (sobre todo el gas) y a cambio pagó un precio irrisorio.[113]

[112] Jean-José Puig y Jean-Christophe Victor, *op. cit.*, p. 127.
[113] Bernard Dupaigne, *op. cit.*, p. 80.

Pierre Gentelle opina por su parte que la Unión Soviética había planeado maquiavélicamente la invasión a Afganistán y que todos los proyectos de infraestructura estaban destinados a facilitar la posterior extracción de recursos afganos. De hecho, Gentelle expresa una profunda convicción en el social imperialismo soviético, lo que lo hace caer en una especie de determinismo económico.

> Jamás los Estados Unidos hubieran obtenido su estatus con tanta facilidad, si no hubieran tenido en sus manos la economía de países enteros. Jamás podrá la URSS oponer a los EU una fuerza de su mismo nivel si no se apropia de los ingresos esenciales de países enteros.[114]

Cuando se sugiere o se dice abiertamente que la URSS invadió Afganistán por razones económicas, se puede estar mencionando una de las causas por las que la Unión Soviética no quiere perder a este país de su zona de influencia. Sin embargo hay que recordar una cuestión muy importante: la URSS no necesitaba desesperadamente de ninguna de las materias primas afganas. De hecho había tenido acceso a ellas cuando había querido y no necesitaba precipitar las cosas a su favor si de todas maneras la explotación se estaba efectuando. ¿Por qué iba a arriesgarse a una guerra con Occidente, o cuando menos a una nueva Guerra Fría si ya tenía en sus manos el control de la economía afgana?

[114] Pierre Gentelle, *op. cit.*, p. 305.

Esto nos lleva a la conclusión de que la invasión fue más bien una reacción, una acción defensiva para evitar que el país quedara fuera de su control y, entonces sí, se perdiera definitivamente la posibilidad de explotar alguna vez dichos recursos. Pero esto significa que además existían otros motivos más poderosos que impulsaron a actuar a la URSS. Pasaremos entonces a revisar las hipótesis que consideramos correctas.

Como afirmamos en la introducción de este capítulo, existían algunos hechos históricos que condicionaban (no determinaban) a Afganistán a caer en la esfera de influencia soviética. Es interesante observar cómo este país, a partir de la creciente intromisión europea en la zona, comenzó a tener una historia que dependía cada vez más de los sucesos que acontecían en el ámbito europeo. Esto se demuestra por primera vez con la paz de Tilsit en 1807 (entre Francia y Rusia) y la reorientación de la política exterior británica, que de hecho condicionó los primeros intereses ingleses concretos sobre la posición geopolítica de Afganistán. Posteriormente se pudo apreciar cómo el factor de la rivalidad anglo-rusa determinó en gran medida dos fenómenos históricos importantísimos para el futuro del país: 1) su independencia relativa y su no colonización, y 2) su profundo subdesarrollo provocado entre otras cosas por la inexistente infraestructura moderna.

Por otra parte, los imperios ruso y británico pau-

latinamente fueron acercándose y justificaron sus avances como medidas defensivas, sospechando mutuamente de las intenciones expansionistas del otro. Cuando estaban a punto de chocar, prefirieron dejar un territorio intermedio para evitar conflictos directos. Por lo mismo, las potencias implicadas procedieron a establecer las fronteras permanentes del reino afgano. Como hemos visto, esto iba a significar el encierro territorial del país que posteriormente representaría una limitación objetiva a su no alineamiento, aunque también una razón para que buscara precisamente eso. Y aquí surge otra pregunta obligada: ¿existían las condiciones objetivas para que Afganistán pudiera ser un país no alineado?

Es interesante notar que la delimitación de las fronteras afganas no fue hecha en ningún momento por los afganos, probablemente porque no cabía en su concepto de nación la idea de fronteras estables. Es curioso cómo esta idea europea de solucionar los problemas sin la participación de los implicados resurgió en 1980 cuando el presidente de Francia, Valery Giscard d'Estaing, propuso la celebración de una conferencia sobre Afganistán pero sin la participación de los afganos. Esta posición se reafirmó en junio de 1981 por la CEE.[115]

Para fines del siglo pasado, la época de las conquistas coloniales había terminado y comenzaba la

[115] *Excélsior*, 29 de junio de 1981, p. 2.

era del imperialismo. Esto significaba que terminaba el expansionismo territorial y comenzaba el expansionismo económico. En términos analíticos esto es muy importante, porque significó el inicio en Afganistán de una profunda lucha de las potencias por el control del mercado nacional. Representaba al mismo tiempo un nuevo modelo de penetración que Rusia trataría de implementar en Afganistán y que no tendría mayores variaciones durante el nuevo régimen soviético.

En la disputa ruso-británica en el Medio Oriente y Asia del Sur, Rusia tenía una gran ventaja sobre Gran Bretaña. Mientras que los británicos actuaban de alguna manera separadamente (aunque con el mismo objetivo) los rusos actuaban unitariamente, ya que en su caso era el Estado quien impulsaba a la incipiente burguesía. Por otro lado, la burguesía y el Estado británico no siempre actuaban conjuntamente. El mayor margen de acción de los rusos quedó demostrado con el manejo que se hizo del posible préstamo que se ofreció a Irán para el pago de las compensaciones por la cancelación del monopolio del tabaco británico, y con la profunda penetración comercial rusa en el área.

Este tipo de penetración comenzó a tener resultados desde la última década del siglo pasado, pero en el caso de Afganistán no se hizo evidente hasta el siglo XX. Ya en 1935 algunos autores pensaban que Afganistán había caído desde 1921 en la órbita de influen-

cia soviética.[116] Aunque la década del periodo de Amanullah (1919-1929) fue definitivamente importante para el futuro afgano, desde nuestro punto de vista no fue sino hasta la década de Daud (1953-1963) cuando verdaderamente se pudo empezar a hablar de una entrada en la esfera de influencia de Moscú. Fue en esta etapa cuando se sentaron las bases para una profunda integración ya no sólo económica sino política de la sociedad afgana al modelo de desarrollo soviético. Durante los siguientes 15 años sólo germinó la semilla plantada bajo Daud. Pero es importante mencionar que muy probablemente no hubo ningún objetivo expreso al hacerse esto (por ninguna de las partes). Si hay algunos responsables de este desarrollo, éstos fueron los condicionamientos históricos por una parte y la política estadunidense por la otra. Es probable incluso que en 1978 los soviéticos hubieran preferido un régimen como el de Daud, en lugar del que se les presentó como un hecho consumado por los militantes del PDPA.

En 1979 el acercamiento sino-americano y el deterioro de las relaciones URSS-EU estableció el marco de la intervención soviética en Afganistán.

Aquí tenemos nuevamente que introducir los argumentos utilizados en los primeros capítulos, ya que nos ayudarán a determinar las verdaderas causas de la invasión.

[116] Joseph Castagné, "Soviet Imperialism in Afghanistan", *Foreign Affairs*, vol. XIII, núm. 4, julio de 1935, p. 700.

Como se recordará, la colonización rusa en Asia Central nunca fue total, sobre todo en el sentido cultural. Además, a pesar de las purgas de las tres primeras décadas de este siglo, las élites musulmanas seguían siendo muy nacionalistas.[117] Todo esto, en términos geoestratégicos (aquí retomamos como habíamos dicho la validez relativa de la interpretación geopolítica), convertía esta zona en el talón de Aquiles de la URSS.

En 1979 la situación en Afganistán se había vuelto insostenible y el gobierno central afgano era incapaz de controlar la rebelión, o de buscar una conciliación con los grupos insurgentes. La ayuda otorgada a los rebeldes por EU y China a través de Pakistán (que no fue poca) imposibilitaba en gran medida el sofocamiento o la transacción con los guerrilleros. La caída del PDPA era inminente. Ante esto la URSS tenía básicamente tres alternativas: 1) retirar el apoyo al PDPA y, además de sufrir una derrota política, abandonar el país a los rebeldes islámicos (si no es que a la influencia de EU o China), lo que significaba exponer a la contaminación a sus propias poblaciones musulmanas en Asia Central. Aquí adquiere sentido la explicación que dio Brezhnev al diario *Pravda*; 2) apoyar a Amín, que se había manifestado incapaz de mostrar posiciones conciliatorias, arriesgándose al mismo tiempo a que el régimen cayera por sus pro-

[117] Edward Allworth *et al.*, *op. cit.*, p. 265.

pias contradicciones, o 3) invadir masivamente el país (con o sin consentimiento de Amín) y proteger a un nuevo gobierno conciliatorio hasta que se pudiera llevar a cabo un proyecto de mediano o largo plazo (dependiendo de la resistencia de la guerrilla) destinado a la consolidación de la nueva dirección central.

Las alternativas para la URSS no eran muchas. Varios autores coinciden en señalar lo anterior.[118] En otras palabras, los soviéticos intervinieron en Afganistán por razones de seguridad interna. Desde ese punto de vista, la invasión era una medida defensiva, no agresiva. Por lo tanto, el supuesto expansionismo ruso-soviético fue sobre todo una utilización ideológica del problema por parte de EU y China, cuyo objeto era el desprestigio internacional de la URSS, especialmente ante los países de población musulmana.

Desde la perspectiva soviética, la "ayuda militar" era indispensable e impostergable, puesto que la brutalidad del régimen de Hafizullah Amín sólo estaba provocando la agudización de las contradicciones internas (o la intensificación de la rebelión).

[118] Véanse Jean Pertolino, "Afganistán-kurdistan: Deux faces de l'Islam, deux faces de l'oppression", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980; Fred Halliday, "War in Afghanistan", *New Left Review*, núm. 119, enero-febrero de 1980, y Eden Baby, "The ethnic Factor in Soviet-Afghan Relations", *Asian Survey*, a *Monthly Review of Contemporary Asian Affairs*, vol. XX, núm. 3, University of California Press, marzo de 1980.

Es lógico pensar que los dirigentes soviéticos hicieron un balance acerca de las ventajas y desventajas que la intervención acarrearía, antes de dar tal paso. Por lo tanto si se tomó la decisión de enviar tropas a territorio afgano fue, o porque se pensaba que las repercusiones internacionales no serían muy grandes, o porque el no invadir tendría efectos más negativos para la URSS (es decir, de los males se escogió el menor), o por ambas razones.

En el primer caso, si los soviéticos no preveían tales repercusiones fue porque consideraban que Afganistán estaba dentro de su esfera de influencia, por lo menos desde 1956. Esta visión se reforzó con el arribo al poder de los comunistas en abril de 1978 y la firma del tratado de cooperación afgano-soviético en diciembre de ese año. Por otro lado, si los dirigentes soviéticos tomaron en cuenta las consecuencias políticas de la intervención, esto significa que la necesidad de invadir debió haber sido mayor que la indispensabilidad de mantener lazos amistosos con las naciones del mundo capitalista, especialmente con Estados Unidos.

Es parte del hecho que la política exterior soviética fue históricamente muy cautelosa y precavida. Por tanto, la invasión a Afganistán era una acción calculada en términos de las alternativas reales con que contaba el Estado soviético, considerando como interés primordial su seguridad nacional.

Probablemente, lo que los soviéticos no previeron fue la reacción de algunos países, específicamen-

te EU y China, que aprovecharon la ocasión para incrementar una atmósfera antisoviética e impulsar la carrera armamentista propia de la Guerra Fría.

De hecho, en un primer momento las acciones estadunidenses estuvieron dirigidas más que nada a desacreditar a la Unión Soviética frente a los países del Tercer Mundo, especialmente ante los de población musulmana. Las medidas de represalia fueron en gran medida simbólicas (embargo cerealero suspendido después de un año, boicot a los juegos olímpicos, etc.). Incluso en lo que respecta a la ayuda militar a Pakistán, el gobierno de James Carter sólo ofreció 400 millones de dólares al presidente Zia Ul-Haq, quien rechazó la propuesta por considerar esa cantidad poco menos que ridícula.[119] Fue necesario esperar el ascenso de Ronald Reagan al poder en Washington para que se concretara en septiembre de 1981 una ayuda militar y económica de 3 200 millones de dólares, los cuales se entregarían en un lapso de cinco años.[120]

Por su parte los soviéticos trataron infructuosamente de no aumentar su participación en el sofocamiento de la rebelión afgana. A pesar de que se hicieron continuas acusaciones de genocidio, no existe ninguna prueba de que el ejército de la URSS haya llegado a ese extremo. Al contrario, todo pare-

[119] *Uno Más Uno*, 22 de abril de 1981, p. 13.
[120] *Excélsior*, 18 de septiembre de 1981, p. 2.

cería indicar que los soviéticos pretendían (por lo menos durante los dos primeros años de su ocupación) implementar un esquema de pacificación que se asemeja al elaborado y puesto en práctica por el Buró Turco del Comité Central del Partido Bolchevique en 1920.[121] En ese entonces, una estrategia de liberalización religiosa y de mejoramiento material, combinada con una represión selectiva, produjo los resultados esperados.[122] Sin embargo, parecería que en esta ocasión las circunstancias no fueron las mismas y el desenlace fue distinto. Un caso claro de un error de cálculo de los soviéticos fue el de la composición nacional de las fuerzas invasoras. Los dirigentes del Kremlin enviaron en un principio un ejército compuesto por 40% de tayiks, 25% de uzbekos, 25% de turcomanos y 10% de rusos, esperando que la fraternidad musulmana y la hermandad lingüística redujera el impacto de la invasión y facilitara el diálogo con los rebeldes. En efecto, la solidaridad lingüística e islámica funcionó, pero en sentido adverso a los soviéticos, pues las fuerzas invasoras tendieron a simpatizar con los guerrilleros afganos. Después de

[121] Olivier Roy "Los riesgos calculados de la URSS en Afganistán", *Le Monde Diplomatique* en español, año 3, núm. 25, enero de 1981, analiza las causas de lo limitado de las operaciones soviéticas en Afganistán.

[122] Para una lectura detallada de las distintas estrategias rusas desde su llegada a Asia Central podemos remitirnos a la mencionada compilación de Edward Allworth.

algunos meses, los dirigentes soviéticos se vieron obligados a remplazar estas tropas musulmanas por soldados de origen bielorruso, ruso y ucraniano,[123] calculándose el contingente soviético hasta en 150 mil efectivos militares.[124] De cualquier manera, después de varios años de infructuosa y sangrienta ocupación, los soviéticos, a su vez en medio de un proceso de cambio político importante, comenzaron a cuestionarse la efectividad de la intervención armada y a buscar una salida que no fuera demasiado desastrosa para su propio país.

[123] Véanse Olivier Roy, *op. cit.*, p. 1, y Alexandre Dastarac y M. Levent, *op. cit.*, p. 7.

[124] *Uno Más Uno*, 5 de enero de 1982, p. 17.

V. DE LOS MUJAHEDÍN A LOS TALIBÁN

a) Afganistán y el fin de la Guerra Fría

Entre la invasión soviética a Afganistán y el inicio de los ataques de Estados Unidos a ese país, transcurrieron poco más de dos décadas. La primera de ellas es testigo del fin de la Guerra Fría, proceso del cual los sucesos afganos no son extraños. Por el contrario, podrían haber tenido un papel decisivo, aunque hasta ahora poco explorado. Los análisis sobre la caída del "socialismo real" se han centrado en Europa Oriental y en particular en el papel de Solidarnosc y la Iglesia católica en Polonia (con Karol Wojtyla en la Santa Sede). Se ha reflexionado menos en el impacto que tuvo en la sociedad soviética la guerra de Afganistán, sobre todo después de que la URSS tuvo que rusificar sus contingentes militares. Así, podría afirmarse que, de diversas maneras, la guerra afgana es factor esencial y a la vez afectada directa por la caída del régimen soviético. La última década del siglo XX, que es testigo así del fin de la última ideología secular y ma-

terialista de la era moderna, presenta el escenario ideal para la reafirmación del islamismo militante antioccidental en todas sus manifestaciones, incluidas las más radicales y extremistas.

Los soldados de la URSS permanecieron casi diez años en territorio afgano. Su estancia puede dividirse en dos claros periodos; de 1979 a 1986, durante el cual se intentó consolidar el poder del Partido Popular Democrático de Afganistán (PDPA) mediante una estrategia que combinaba la represión de la rebelión con el intento de reformas sociales, y el periodo 1986-1989, donde los propios cambios en la directiva del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) condujeron a la búsqueda de negociaciones para un retiro de las tropas en Afganistán.

En los primeros años de la ocupación soviética, Babrak Karmal emprendió algunas reformas políticas tendientes a incluir dentro del gobierno a grupos étnicos minoritarios (un ejemplo es el nombramiento del sultán Ali Kishtmand, miembro de la comunidad hazara, como primer ministro) y a crear organizaciones de trabajadores leales al régimen. Pero la mayor parte de los esfuerzos se dirigió al fortalecimiento del ejército y de los aparatos de seguridad. En 1980 se estableció una fuerza de tropas fronterizas. El ejército aumentó sus efectivos a partir de una extensión de los plazos obligatorios del servicio militar, en 1981, y al año siguiente se estableció un nuevo sistema político-militar, uniendo partido y ejército de acuerdo

con el modelo soviético.[1] Al mismo tiempo se crearon otros grupos armados, como la policía militar (*Sarandoy*) y diversos batallones de paramilitares, grupos de autodefensa o defensas tribales en aquellas comunidades que por alguna razón no se oponían al gobierno.

Dado que el control de casi todos estos grupos y del propio ejército lo tenían los miembros de la fracción Jalk del PDPA, Karmal puso particular interés en el establecimiento de una policía secreta o fuerzas de seguridad (KhAD). Responsable de estos servicios secretos, el doctor Mujamad Najibullah sería de hecho el sucesor de Karmal, tanto en el secretariado del PDPA como en la presidencia.

La oposición se agruparía mientras tanto en Peshawar (ciudad paquistaní con alta presencia pashtuna, como ya se ha mencionado) bajo distintas agrupaciones, entre las cuales destacaban tres de conformación pashtuna: el Hezb-i Islami Afganistán (Hezb significa partido), dirigido por Gulboddin Hekmatyar; el Hezb-i Islami, dirigido por el maulawi Mujamad Younos Jalis, y el Ijtijad-i Islami, dirigido por el profesor Abdal-Rab al-Rasul Sayyaf. Otras formaciones de resistencia importantes eran el Ja-

[1] Fred Halliday y Zahir Tanin, "The Communist regime in Afghanistan, 1978-1992: Institutions and conflicts", *Europe-Asia Studies*, vol. 50, núm. 8, Abingdon, diciembre de 1998, pp. 1357-1380.

miat-i Islami, compuesto mayoritariamente por tayiks, pero con participación pashtún, dirigido por el profesor Burhanuddin Rabbani; el Harakat-i Inqilab-i Islami, dirigido por otro maulawi, Mujamad Nabi Mujamadi; el Jabha-i Milli-i Nijat, dirigido por el profesor Sibghatullah Mojadiddi (ex director del Centro Islámico de Copenhague, quien habría de ocupar la presidencia afgana después de la caída del régimen comunista), y Mhaz-i Milli, dirigido por Sayid Ahmad Gailani. Además de esta resistencia con base en Peshawar, otros grupos tenían sus actividades en diversas regiones, como los shiítas en Hazarajat.[2] Uno de los comandantes que más renombre adquirirían durante la lucha de resistencia sería el tayik Ahmed Sha Massud. La trayectoria de este islamista habría de conducirlo desde los intentos de golpe contra Daud en los setenta, a través de la resistencia a la ocupación soviética y luego a los talibán, hasta su asesinato, apenas dos días antes del ataque a las Torres Gemelas de Nueva York (lo cual arrojó inmediata sospechas sobre el grupo de Osama Bin Laden).

Dos líderes en particular habrían de concentrar la atención y la ayuda de los países que abastecerían a la oposición durante los años de la presencia soviéti-

[2] William Maley y Fazel Haq Saikal, *Political Order in Post-Communist Afghanistan*, Boulder y Londres, Lynne Rienner Publishers, International Peace Academy, Occasional Paper Series, 1992, pp. 18-19.

ca: Gulboddin Hekmatyar y Rabbani. Ambos representaban corrientes diversas del islamismo revolucionario. Rabbani por ejemplo era un tayik, miembro de una familia de pequeños propietarios de la región de Badajsan (noreste del país) y muy imbuido del misticismo musulmán propio de las tendencias sufis. Estudió en una *madrasa* o escuela coránica del gobierno y después realizó estudios en Ankara y en la famosa y prestigiada universidad Al-Azhar de El Cairo. La combinación de una cultura clásica con una ortodoxia espiritualista y el islamismo político hizo que Rabbani fuese popular en las madrasas gubernamentales, en las cofradías sufis del oeste de Afganistán y en los medios literarios e intelectuales islamistas. La vía de Hekmatyar es completamente distinta. Él es un pashtún del norte de Afganistán que estudió ingeniería en Kabul, sin haber alcanzado a titularse. Radical políticamente hablando, con un discurso izquierdizante, estará al frente de muchas manifestaciones en la segunda mitad de la década de los años sesenta. El no contar con una formación clásica lo hace hostil a los ulama, aunque eso no le impide retomar el discurso jomeinista de la revolución islámica iraní. Su popularidad es mayor entre estudiantes, sobre todo pashtunes y algunos maulawi que se adhirieron al movimiento islamista.[3]

[3] Olivier Roy, *L'Afghanistan; Islam et modernité politique*, París, Éditions du Seuil, Collection Esprit/Seuil, 1985, pp. 103-104.

La resistencia islámica afgana conoció momentos difíciles, pero la creciente ayuda del exterior, proveniente de Estados Unidos, Arabia Saudita y en menor medida China, a través de Pakistán, le permitió hacer frente a un enemigo bien armado pero poco motivado. La estrategia más común de los guerrilleros afganos era retirarse ante el avance de los soviéticos y las tropas gubernamentales, para luego intentar recuperar uno por uno los lugares dejados generalmente por los invasores a cargo de estas últimas.

Sería sin embargo un factor externo el que, aunado a lo anterior, vendría nuevamente a modificar la situación en Afganistán. La muerte de Andropov y el ascenso de Mijail Gorbachev al poder en Moscú significaría, a mediano plazo, un cambio de estrategia soviética y eventualmente su retirada de territorio afgano. Cuando Gorbachev tomó el control del PCUS, en la primavera de 1985, señaló que revisaría la cuestión afgana, y para noviembre de ese año invitó a Babrak Karmal a Moscú para informarle de los cambios en la política hacia su país. Para mayo del año siguiente Karmal ya había sido sustituido por Mujamad Najibullah como jefe de los servicios secretos, y meses después también en la presidencia por el mismo personaje.

Najibullah intentó preparar el terreno para la eventual salida de los soviéticos, a través de una política de "Reconciliación Nacional", desde 1987. Buscó fortalecer al régimen interno mediante refor-

mas adicionales a los aparatos de seguridad, pero sobre todo amplió las bases de legitimidad de su gobierno. Se aprobó en ese año una nueva constitución que permitía un sistema multipartidista y libertad de prensa, y se celebraron elecciones en las zonas controladas por el ejército para establecer un régimen parlamentario con dos cámaras. Para noviembre de 1987 pudo tener lugar una *Loya Jirgah* o Gran Asamblea, con la incorporación de personalidades hasta ese momento extrañas al gobierno. A pesar de todo, ninguna de esas medidas pudieron ser exitosas, debido a las frágiles condiciones sociales, a la escasa experiencia en materia de democracia parlamentaria de los afganos y a la situación de guerra, que impedía cualquier intento de verdadera reconciliación.[4]

Al mismo tiempo, los soviéticos comenzaron a acelerar su salida de territorio afgano. Fue así como se negociaron los Acuerdos de Ginebra, en abril de 1988, en el marco de la Organización de las Naciones Unidas, entre afganos y pakistaníes. Las negociaciones contaban con el aval de soviéticos y americanos, pero sin la participación de los grupos rebeldes, lo cual también tendría consecuencias en el futuro ya que generaría desconfianza entre éstos hacia las acciones de la ONU. Finalmente, los ejércitos soviéticos abandonaron Afganistán en la primavera de 1989, casi diez años después de su ingreso al país, dejando

[4] Fred Halliday y Zahir Tanin, *op. cit.*

un saldo de por lo menos un millón de afganos y diez mil soviéticos muertos, sin contar numerosos heridos en ambos bandos.[5] Sin embargo, a pesar de que originalmente se había acordado el fin de las injerencias extranjeras en la política afgana, lo cierto es que tanto los soviéticos continuaron apoyando con armamento y asistencia militar al régimen de Najibullah, como Estados Unidos y sus países aliados siguieron suministrando apoyo a los rebeldes islámicos.

b) El fin de la era soviética y la victoria de los mujahedín

Después de los Acuerdos de Ginebra y el retiro del ejército soviético, algunos pensaron que la caída del régimen comunista era cuestión de semanas. Sin embargo, las pugnas entre los diversos grupos de mujahedín, que comenzaban a manifestarse de manera clara, y el consistente apoyo militar de Moscú hizo que tales predicciones se mostraran equivocadas. En 1989 los rebeldes no pudieron tomar la ciudad de Jalalabad y, a pesar del establecimiento de un concejo o *shura*, fue imposible establecer un gobierno interino en el exilio reconocido por todos los grupos rebeldes.

[5] Según el propio Shevardnadze, la cifra de muertos habría sido de un millón y medio de afganos. William Maley y Fazel Haq Saikal, *op. cit.*, pp. 16, 20-22.

El gran problema de las pugnas internas comenzaría a mostrarse.

Aunque el gobierno de Najibullah no pudo hacer mucho más que sobrevivir luego del retiro soviético, la incapacidad de la resistencia para terminar con el régimen abrió una nueva etapa marcada por más reformas internas y la intención de terminar la guerra a través de un acuerdo negociado por todas las partes. En 1990, el PDPA cambió su nombre por el de Hezb-i Watan (Partido de la Patria). Al mismo tiempo, la relativa disminución del apoyo financiero y militar de Estados Unidos a la resistencia afgana (una vez que los soviéticos salieron del país), aunado a la continuidad del apoyo en material bélico del Kremlin al régimen afgano, llevó a la ONU a buscar "acuerdos para la transición, aceptables para la vasta mayoría del pueblo afgano", conducentes al "establecimiento de un gobierno con un apoyo amplio". El gobierno afgano, que veía su situación muy frágil, aceptó las bases propuestas en 1991 por el secretario general de la ONU, y así lo hicieron también algunos dirigentes de partidos en el exilio. Sin embargo, los comandantes guerrilleros en territorio afgano (como el ya legendario Ahmed Sha Massud) rechazaron cualquier negociación con el gobierno de Najibullah.[6]

Nuevamente, circunstancias externas habrían de modificar el curso de la historia afgana. El fallido in-

[6] *Ibidem*, p. 25.

tento de golpe de Estado en la URSS, de agosto de 1991, provocaría la caída de varios militares soviéticos de alto rango que apoyaban al régimen de Kabul. Entre ellos el comandante en jefe de las Fuerzas Terrestres, general Valentin Varennikov, y el general Boris Gromov, comandante soviético en Afganistán en el momento del retiro de las tropas. Menos de un mes después del intento de golpe, el 13 de septiembre de ese año, el secretario de Relaciones Exteriores de la URSS y el secretario de Estado de Estados Unidos anunciaron que cesarían de suministrar armas a las partes contendientes y, todavía más importante, que acordaban en principio la necesidad de "transferir todo el poder a un gobierno islámico interino". La desintegración de la Unión Soviética en diciembre de 1991 y el consecuente cese de toda la ayuda de Rusia al gobierno afgano, habría de sellar el destino del régimen comunista del PDPA, que había iniciado su aventura 14 años antes. Para marzo de 1992 la situación era ya insostenible para Najibullah, quien había intentado en última instancia (y demasiado tarde) ceder el poder y formar un gobierno de coalición. En realidad, el resquebrajamiento final del régimen se había iniciado desde la salida de los soviéticos, cuando algunos generales defeccionaron y se unieron a los rebeldes. En enero de 1992, el general Abdul Rashid Dostom, al mando de la milicia uzbeka, se rebeló y se alineó, junto con otros generales, del lado de Massud y su ejército mayoritariamente tayik. En

abril, el ministro de Defensa, el ministro del Interior y el vicepresidente se aliaron con las fuerzas de Hekmatyar. Numerosos grupos de la policía militar (Sarandoy), de los servicios secretos (KhAD), del partido gobernante y del ejército se unieron en el último minuto a diversas facciones rebeldes.[7]

A partir de ese momento, el problema de la falta de unidad de la resistencia afgana comenzó a ser más evidente y más acuciante para todos los que buscaban una transición relativamente ordenada en Afganistán. El 24 de abril de 1992 la mayor parte de los partidos sunnitas formó un Concejo de la Yijad, bajo el profesor Mojadiddi. Sin embargo Gulboddin Hekmatyar se negó a participar. Por el contrario, sus fuerzas del Hezb-i Islami intentaron tomar Kabul. En respuesta, Mojadiddi nombró a Massud (quien había sido el primero en llegar a esa ciudad) ministro de Defensa del Gobierno Islámico Interino de Afganistán, lo cual le dio la legitimidad necesaria a sus fuerzas para recibir la rendición del comandante de Kabul y le permitió desalojar de la ciudad a las fuerzas de Hekmatyar, con la ayuda del general uzbeko Dostom. Mojadiddi llegó entonces triunfalmente a la capital afgana el 28 de abril de 1992.[8]

El acuerdo entre los partidos sunnitas preveía un periodo de dos meses para un Concejo de Transición

[7] Fred Halliday y Zahir Tanin, *op. cit.*

[8] William Maley y Fazel Haq Saikal, *op. cit.*, p. 27.

bajo el liderazgo de Mojadiddi, para ser sucedido por un Concejo de Liderazgo (*Shura-i Qiyadi*) bajo la presidencia del profesor Rabbani, quien a su vez tendría que establecer las bases para un gobierno interino, el cual llamaría a elecciones en un plazo de cuatro meses. Sin embargo, el consenso entre todos los partidos, tribus, etnias y facciones guerrilleras habría de mostrarse mucho más complejo.

De manera paradójica, la invasión soviética no contribuyó a despertar en la oposición tribal afgana un sentimiento "nacionalista", y la cuestión étnica no cumplía un papel importante. Por el contrario, la estrategia soviética y del régimen comunista de utilizar las divisiones intertribales y reforzar las milicias, contribuyó al fortalecimiento de las facciones armadas basadas en identidades regionales y étnicas. La resistencia permitió también que etnias tradicionalmente dominadas por los pashtunes, como los hazaras y los tayiks, adquirieran, junto con su armamento y experiencia militar, un estatus diferente.[9] El caso más notorio es el ya señalado anteriormente de Ahmed Sha Massud, pero puede multiplicarse en muchos de los que después formarían la antitalibán Alianza del Norte.

[9] Zalmay Khalilzad, *Journal of International Affairs*, vol. 51, verano de 1997, pp. 37-56. Tomado de *www.columbia.edu/cu/sipa/PUBS/JOURNAL.*

Kabul se convirtió con el paso de los meses en terreno de batalla entre todas las fracciones de mujahedín. Por un lado estaba el presidente Rabbani, que contaba con el apoyo de Massud. Pero Hekmatyar, quien llegó a ser el primer ministro de Rabbani, controlaba una parte de la ciudad y del país, aliándose con el general uzbeko Dostom. Los partidos shiítas, particularmente el Wahdat, dirigido por Ali Mazari, también se oponían a Massud y Rabbani en la capital. En el resto del país, una gran variedad de comandantes locales controlaba sus regiones y localidades de manera personal, generando un estado de caos y anarquía generalizado. La situación se repetía en otras ciudades, como Qandahar. Algunos partidos, como el Hezb-i Islami y el Jamiat-i Islami, pugnaban por el control de la capital y la reconstrucción de un Estado centralizado e islámico, mientras que otros grupos étnica y regionalmente localizados pretendían sobre todo una mayor autonomía regional.[10] Finalmente, el conflicto adquirió un carácter pronunciadamente étnico. Muchos comandantes pashtunes acusaron a Rabbani y Massud de querer imponer un dominio tayik sobre todo Afganistán y exigieron su salida. La situación social se deterioró de manera acelerada. Como señala Gilles Dorronsoro:

[10] Gilles Dorronsoro, "Desordre et legitimité du politique en Afghanistan", *Cultures & conflits*, núm. 24/25, invierno-primavera de1999, pp. 125-146. Tomado de *http://conflits.org/Numeros/24DORROR.htlm*, p. 2.

> De hecho, un profundo cambio ha tenido lugar en el discurso popular sobre la guerra. Las claves de lectura que oponían comunistas ateos y mujahedín ya no sirven... El término yijad deja progresivamente lugar al de guerra civil (yang-e dajeli)... Nadie describe más los enfrentamientos en términos religiosos y el apoyo popular a los mujahedín es mucho más débil. El término de mujahedín está cada vez más desvalorizado, siendo los combatientes percibidos como desempleados disfrazados. La palabra opresión (*zulm*) es más y más utilizada para describir el comportamiento de los mujahedín, mientras que antes se reservaba al gobierno. La referencia al gobierno (*hokumat*) se vuelve recurrente, lamentando los individuos la ausencia de la ley y el orden civil.[11]

Los comandantes mujahedín se muestran incapaces de organizar un gobierno central que imponga un estado de derecho en las poblaciones que han tomado bajo su control. Los *ulama*, que son los garantes de la impartición de justicia basados en la *shari'a* o derecho islámico, son incapaces de limitar la violencia y arbitrariedades de los comandantes. Las violaciones y raptos de mujeres, a pesar de ser socialmente muy penados, empiezan a ser moneda corriente. La ejecuciones individuales o colectivas y el pillaje a gran escala se vuelven un paisaje común.

[11] *Ibid.*, p. 4.

> Entre 1992 y 1994 la partición de Qandahar entre diferentes comandantes han hecho reinar una atmósfera de inseguridad permanente. El comportamiento de los mujahedín en la ciudad era entonces abiertamente desviado: música india en todo el bazar, combates de perros, choques frecuentes entre grupos por motivos fútiles, hachís y opio fumados en público, ausencia de toda administración, prostitución masculina y femenina, videos X fácilmente disponibles en el bazar... Económicamente, la ciudad está asfixiada debido a la inseguridad. El comercio es contrariado por numerosos impuestos recolectados en el camino, el robo de camiones... Cada vez más los combates, frecuentes en el bazar, impiden cualquier reconstrucción... Las demandas de las familias víctimas de mujahedín quedan sin seguimiento.[12]

Es en ese momento que hace aparición el movimiento de los *talibán* (que significa estudiantes). Este grupo tiene sus raíces en las escuelas coránicas establecidas en Kandahar y Peshawar, financiadas por Pakistán o por Arabia Saudita. Sus adeptos son antiguos mojahedín y estudiantes de religión de los madrasas localizados en la frontera de Afganistán y Pakistán, por lo tanto pashtunes en su mayoría. Su dirigente es el maulawi Mujamad Omar, antiguo mojahedín durante la ocupación soviética.

[12] *Ibid*, pp. 7-8.

c) Ascenso y caída de los talibán

Los talibán se beneficiaron del creciente descontento por la continuación de las luchas internas, la corrupción, decadencia moral y limitación de las libertades de circulación del periodo de los mujahedín. La desconfianza hacia el gobierno del tayik Rabbani, más un programa específico de desarme, la imposición de un estado de derecho (así fuese la más estricta interpretación de la ley islámica), el respeto a la propiedad privada, a la libertad de circulación de hombres y mercancías, lo que significaba una ampliación de la seguridad en los caminos y en las ciudades, fue generando un amplio apoyo a los talibán, sobre todo entre la etnia pashtún.

El triunfo de los talibán es, en cierta manera, la revancha de los ulama sobre los comandantes en Afganistán. Es una versión aún más radical de la supremacía de lo religioso sobre lo político, ya existente en Irán, en la medida en que el gobierno talibán no pretende siquiera establecer alguna forma de representación popular o institución política diferente al liderazgo religioso.

El triunfo de los talibán es fulgurante, ciertamente con el financiamiento y respaldo militar apenas encubierto de Pakistán, aunque sería un error concluir que dicho apoyo fue la exclusiva razón de su éxito. En menos de dos años logran controlar las principales ciudades y la mayor parte del territorio. En el ve-

rano de 1994, los talibán capturan un puesto fronterizo (Spin Boldak). Semanas después, en octubre de ese año, toman Qandahar. Al año siguiente los "estudiantes" de religión tomaron la ciudad de Herat, luego Jalalabad, hasta llegar y apoderarse de Kabul en septiembre de 1996. Los mujahedín desplazados se refugian en las regiones donde tienen sus bases tradicionales de apoyo, comunitarias y étnicas, para finalmente formar la Alianza del Norte, rebautizada como Frente Unido, cuando se inició el ataque de Estados Unidos hacia objetivos en Afganistán, en octubre de 2001.

Pero si la propuesta de corto plazo de los talibán era, en suma, imponer nuevamente el estado de derecho en Afganistán, a través de la shari'a, su programa ideológico era mucho más complejo. El elemento central del programa de los talibán, cuestión que comparte con el conjunto de los grupos islamistas, es que el objetivo principal de su lucha constituye la creación de un Estado o de un orden islámico. El corolario de esta idea es que la ley islámica o *shari'a* debe ser aplicada sin restricciones. Sin embargo, más allá de esta idea central, no existe un acuerdo generalizado sobre lo que este orden islámico debe contener. Algunos grupos enuncian por ejemplo su intención de restablecer el Califato. Otros, como el propio Imam Jomeini, han defendido la idea de la necesidad y posibilidad de establecer un "gobierno islámico" bajo la guía de los juristas. Pero quizás el mayor

aporte de Jomeini es su énfasis en elementos de corte populista, como sus ataques contra la arrogancia y materialismo de Occidente, que luego serían retomados por otros islamistas.[13] En términos generales, el abanico de posiciones se extiende desde aquellos que rechazan completamente cualquier conciliación con el mundo, "corrupto por la influencia del Occidente secularizado", hasta los que reconocen la autonomía de una realidad temporal y están dispuestos en consecuencia a transigir con ella, así sea para transformarla.

De acuerdo con los especialistas del tema, además de Jomeini hay otros dos teóricos que figuran de manera prominente en la creación del islamismo contemporáneo: al Maududi y Sayyid Qubt.

> A al-Maududi se le atribuye la fundación de una teoría política "islámica", cuyo tema central es el concepto de la soberanía de Dios (*hakimiyya*). Entre otras cosas, este concepto supone que los seres humanos pueden ejercitar el poder sólo en el nombre de Alá y en la búsqueda de sus enseñanzas y reglamentos. Sayyid Qubt elaboró la peculiar tesis que el mundo de hoy está atravesando esencialmente una época de jahiliyya (sin Dios y en perplejidad) y que los verdaderos musulmanes tienen la obligación de retirarse de la so-

[13] Abdel Salam Sidahmed y Anoushiravan Ehtesami (eds.), *Islamic Fundamentalism*, Boulder & Co., Westview Press, 1996, p. 10.

ciedad, establecer la suya adecuada y reconquistar el orden *jahili*.[14]

En el caso de Afganistán, la mayor parte de los grupos de mujahedín comparte la idea de un emir-vicario, cuya legitimidad es esencialmente religiosa pero que es reforzada por el consenso de la comunidad y la designación a través de su elección popular. La autonomía del poder temporal es relativa y limitada por un concejo o *shura*, pero existe. El cuerpo de ulama no sólo es autónomo del poder político, sino que tiene la facultad de censurar o invalidar al emir, además de impartir justicia de acuerdo con la shari'a. Se reconocen la propiedad privada y las ganancias, aunque con el límite de la justicia social, por lo cual está prohibido el préstamo con usura.[15] En suma, el islamismo de la mayor parte de los mujahedín no pertenece a las corrientes más "fundamentalistas", "sectarias" o extremistas frente al mundo temporal.

Los talibán, por el contrario, se inscriben en el rechazo formal a lo político y a la corrupción del mundo temporal, en una guerra permanente contra todos los elementos de Occidente que atentan contra la cultura y civilización islámicas. El gobierno talibán es por lo tanto una administración religiosa de la políti-

[14] *Ibidem.*

[15] Olivier Roy, *L'Afghanistan; Islam et modernité politique,* París, Seuil, Collection Esprit/Seuil, 1985, pp. 109-110.

ca, una revancha de los ulama frente a los comandantes corruptos y contra todos aquellos que pretenden imponer modelos culturales ajenos al Islam. De ahí su "puritanismo" ideológico y su incapacidad de transigir, que los conduce a dudosas pero comprensibles y lógicas alianzas con grupos extremistas, como el de Osama Bin Laden. También así se explica su incapacidad para entender los reclamos de Occidente, por ejemplo ante la demanda de respeto a los derechos humanos de las mujeres o ante la destrucción de los Budas monumentales en Bamiyán. Incluso en esos términos, de guerra contra Occidente, se puede entender la actitud del gobierno talibán cuando tolera o propicia el cultivo y tráfico de opio.[16]

En suma, podría decirse que las razones del éxito de los talibán son las mismas que los llevan a ser rechazados por parte de otros grupos y etnias afganas, por diversos sectores musulmanes y gobiernos islámicos, así como por las potencias y el mundo occidental en general. En última instancia, esa "pureza" e intransigencia de principios, al mismo tiempo que fue la causa de su fuerza, sería el motivo que conduciría al gobierno talibán a su caída final.

[16] Se calcula que Afganistán era en 1997 el segundo productor de opio en el mundo, con una producción anual de 2 800 toneladas anuales. Citado en United States Institute of Peace [autores varios], *The Taliban and Afghanistan: implications for regional security and options for international action*, Washington, USIP, 1998; tomado de http//www.usip.org.

VI. RETROVISIÓN Y PERSPECTIVA

Aunque el mundo occidental y el mundo islámico se habían enfrentado en numerosas ocasiones antes de la era moderna, el impacto causado por las victorias europeas sobre los pueblos de Asia y África desde fines del siglo XVIII provocó el estupor de los musulmanes. La superioridad militar de los europeos, respaldada por una industrialización que requería de nuevos mercados para sus productos, rompió el balance durante largo tiempo mantenido alrededor del Mediterráneo.

Al impacto de la derrota sucedió una confusión momentánea, que originó la espontaneidad de la lucha contra un enemigo que no siempre era visible. El avance colonialista amenazaba con extinguir cualquier reducto independentista que se opusiera al impulso de la civilización occidental. Mientras que los rusos se dirigían lentamente hacia el Asia Central, los británicos marchaban a través de África y el sur de Asia.

Los pueblos que habitaban la región del Golfo Pérsico se opusieron (al igual que muchos otros) a la

penetración occidental en cualquiera de sus manifestaciones. Esto se tradujo en una lucha contra las medidas modernizadoras y centralizadoras de muchos de los gobiernos nativos. El liderazgo musulmán, expresando el sentir general, pasó a abanderar esa resistencia popular.

A pesar de todo, el avance colonial era casi incontenible. Los janatos de Asia Central fueron absorbidos por el imperio zarista. Persia sufrió pérdidas territoriales ante los rusos en 1813 y 1828 y fue invadida por los británicos en 1857. Afganistán por su parte, pese al rechazo tribal generalizado, fue ocupado temporalmente por el ejército británico en 1838-1842 y 1878-1880.

Además de la resistencia popular, la rivalidad de las potencias europeas en la zona detuvo el avance militar y la colonización directa de esos territorios, lo que a su vez repercutió en la debilidad de los gobiernos centrales y el afianzamiento del poder tribal. A medida que transcurrió el tiempo, la resistencia comenzó a formar corrientes de pensamiento que buscaban la consecución de objetivos que les permitieran oponerse con más éxito al agresor europeo. De ahí surgieron y se consolidaron las líneas ideológicas que se construyeron históricamente dentro de una misma lucha anticolonialista. Los intentos secularizadores de la corriente islámica modernizadora llevaron a la agudización de los conflictos internos y a la oposición fundamentalista, no sólo contra el colo-

nizador sino contra los que ellos veían como títeres del extranjero. Se crearon así dos corrientes de pensamiento y dos sociedades paralelas, lo cual tendría posteriormente graves repercusiones para esta región del mundo.

Los pueblos del área se enfrentaban en ese entonces no sólo a la agresión militar directa, sino también a las nuevas formas de penetración occidental a través de los productos y el capital europeo. En Irán, la oposición popular al otorgamiento de concesiones favoreció la alianza entre ulamas y comerciantes, mientras que en Afganistán el liderazgo tribal encontró sus aliados en los dirigentes islámicos.

La lucha entre las potencias obligó a la delimitación de fronteras ajenas a la realidad de las distintas etnias y poblaciones, y en algunos casos (como en Afganistán y Bujara) la política exterior de estos países pasó a ser controlada por los europeos. Simultáneamente se observaba la conformación de un incipiente nacionalismo que incidió básicamente en las élites nativas, cuyo proyecto estaba unido a la secularización y modernización del país.

La derrota rusa ante Japón, el debilitamiento europeo en la Primera Guerra Mundial y el triunfo de la revolución bolchevique fueron algunos de los acontecimientos que enmarcaron el acrecentamiento de la lucha por la liberación nacional de los pueblos afro-asiáticos. Las élites nacionalistas pasaron a encabezar el rechazo al imperialismo. Su objetivo principal era la

consecución de una independencia formal y el ejercicio de su soberanía. La "guerra de independencia" de Afganistán en 1919, dirigida por el emir Amanullah; el ascenso en Irán de Reza Pahlevi, y la efervescencia nacional-comunista en el Asia Central soviética son manifestaciones distintas de este fenómeno nacionalista. La URSS buscaba un acercamiento con sus vecinos del sur y lo logró, especialmente con Afganistán, el cual comenzó a utilizar hábilmente su política exterior para equilibrar la influencia inglesa.

Los grupos dominantes intentaron realizar su proyecto nacionalista; para ello instrumentaron modelos seculares-modernizadores que arremetían directamente contra la identidad islámica popular, la cual habría de mostrarse posteriormente como la identidad de la resistencia. En la medida en que el poder central tuvo la capacidad de control, se acentuó el proceso de secularización, lo cual era visto por los islamistas como una agresión contra su civilización. Mientras que en Irán y las repúblicas musulmanas soviéticas este proceso se inició desde la tercera década del siglo, en Afganistán el nacionalismo se desarrolló parcial, débil y tardíamente, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial.

El retiro británico de India en 1947 creó un vacío de poder en la zona que Estados Unidos no pudo o no quiso cubrir. El proceso de descolonización favoreció el surgimiento de nuevos países, que en no pocas ocasiones entrarían en la dinámica de la Guerra Fría.

La política de bloques de Estados Unidos y el acercamiento de la URSS con el Tercer Mundo, sobre todo a partir de 1955, provocó la polarización de las posiciones internacionales de los países del área. El conflicto sino-soviético y la enemistad paquistano-afgana llevarían a la agudización de las tensiones, al mismo tiempo que provocarían la búsqueda de una posición de no alineamiento que las circunstancias harían difícil de conseguir.

En estos países, el modelo nacionalista comenzó a mostrar sus limitaciones y, a medida que se fue agotando, resurgió la alternativa islámica. En realidad, la rapidez con que se desmoronó el aparato nacionalista secular muestra hasta qué punto esta ideología había penetrado sólo superficialmente en la conciencia popular.

El año de 1978 marcaría el fin de la época nacionalista-secular en los países musulmanes y el inicio de la era islámica-revolucionaria. En Irán, la caída del sha y la victoria del jomeinismo hicieron renacer las esperanzas en la posibilidad de una revolución popular, al mismo tiempo que se observaba con expectación la primera experiencia de una República islámica. En Afganistán, el agotamiento del modelo secular y los errores del Partido Democrático Popular precipitaron la rebelión en contra del régimen. En la URSS las autoridades de esa época eran cada vez más conscientes de la resistencia musulmana, que se manifestaba de diversas formas y que en cualquier

momento podía encontrar cauces inesperados, como en Irán o Afganistán.

A lo largo de esta últimas décadas, una serie de estallidos islamistas han ocurrido en países musulmanes tales como Egipto, Argelia, Arabia Saudita, Palestina, Líbano, Indonesia, Filipinas, Pakistán, etc. La muerte del presidente egipcio Anuar el-Sadat a manos de un grupo de guerrilleros fundamentalistas islámicos, por ejemplo, sólo vino a confirmar la profunda resistencia que existe en muchos países de población musulmana. La rebelión del GIA argelino, después de haber sido despojado de la victoria electoral, le indicaría a muchos de estos grupos que la única salida era la violencia extrema. La ausencia de una solución definitiva para la cuestión palestina también constituiría la prueba para los grupos islamistas radicales de que Occidente, y particularmente Estados Unidos, es un enemigo del mundo árabe y musulmán.

Es en este marco de rebeliones islámicas que la URSS invadió Afganistán. Según su propia visión, las intenciones de Moscú buscaban proteger al Estado soviético; la decisión estuvo determinada por razones defensivas. Los objetivos eran salvar a un régimen que estaba a punto de desmoronarse, y al mismo tiempo detener una rebelión islámica que amenazaba con propagarse a las repúblicas musulmanas soviéticas.

Así pues, el valor geopolítico de Afganistán en ese momento comenzó a ser cualitativamente distin-

to al que tuvo hasta 1947. Mientras que hasta entonces el territorio afgano servía como "Estado colchón" entre los dominios de dos grandes potencias, a partir del retiro británico de la región Afganistán volvería a ser estratégicamente valioso, porque se encuentra en una zona clave entre la frontera meridional de las repúblicas musulmanas de Asia Central y el subcontinente indio, entre el Golfo Pérsico y la crítica zona de Pakistán e India.

En este texto se ha intentado profundizar en el entendimiento de una revolución popular cuyas raíces culturales e históricas son distintas a las de los movimientos de masas en otras partes del mundo. Nuestro objetivo ha sido presentar una serie de elementos indispensables para una mejor comprensión de los orígenes y motores de la rebelión islámica de Afganistán. Podemos decir que la revolución islámica expresa el sentimiento popular, porque recoge una tradición de resistencia forjada a lo largo de su historia. De esa manera, mientras que en otros países las rebeliones tienen un carácter de liberación nacional, en lugares como Irán o Afganistán, que nunca fueron directamente colonizados, la rebelión popular es contra un enemigo menos visible, pero —para muchos musulmanes— más opresivo culturalmente: el Occidente, con su estela secularizadora y disruptiva de la civilización islámica.

Sin embargo, el Islam revolucionario no tiene una expresión única. Existen distintas interpretacio-

nes acerca de la sociedad que se quiere construir y esto provoca el surgimiento de luchas internas, como en Irán y Afganistán. Es cierto que el pensamiento fundamentalista, con su visión unitaria del Islam, se presta al monolitismo y a la intolerancia. La incapacidad para aceptar la existencia de una disidencia, incluso dentro de los marcos islámicos, hace que las posiciones de los dirigentes sean autoritarias e intransigentes. A pesar de todo, la situación actual en Irán muestra que el régimen ha podido conservarse al margen de las presiones de las grandes potencias, no obstante haber pasado por guerras y un relativo aislamiento internacional. Sus éxitos militares y el control de las luchas internas han probado la viabilidad política de dicho proyecto, que se sostiene, a pesar de las críticas, en un amplio apoyo popular.

En Afganistán la situación hasta 1992 fue distinta, en la medida en que los rebeldes musulmanes no habían tomado el poder. Sin embargo era evidente que el pueblo afgano estaba en contra de la intervención soviética y apoyaba la alternativa islámica, aunque ésta no fuese muy clara. Al respecto vale la pena recordar que, más que por una revolución, el PDPA ascendió a través de un golpe de Estado, sin la más mínima participación de las masas. Las divisiones y las continuas "purgas" internas eliminaron la posibilidad de una verdadera discusión acerca del mejor camino para la "revolución". El carácter de las reformas y la forma en que se trató de implementarlas fueron de-

terminantes para el futuro del gobierno comunista. Los miembros del PDPA, inmersos en una mentalidad dogmática, veían en las rebeliones tribales los vestigios del feudalismo afgano, justificando así la represión masiva.

Inmersos en la Guerra Fría, Estados Unidos y China apoyan a los mujahedín, a través de Arabia Saudita y Pakistán, para ayudarlos a liberarse de la ocupación soviética. Sin embargo, al hacerlo habrían de fortalecer a muchos grupos islamistas cuya orientación antioccidental se desarrollaría en los años siguientes. Con el apoyo a estos grupos, Estados Unidos habría de plantar la semilla de los futuros ataques extremistas en su propio territorio.

Dos hechos habrían de influir de manera decisiva en los sucesos en la zona y en el resto del mundo: el fin de la Guerra Fría y la casi simultánea Guerra del Golfo Pérsico. La culminación del conflicto ideológico entre el socialismo real y el capitalismo, con la desaparición de la URSS, tendría una consecuencia importante para los movimientos islamistas. Hasta ese momento dichos grupos habían sido objeto de las atenciones, tanto de la URSS como del mundo capitalista. Los países musulmanes, en medio de su proceso nacionalista-secularizador, se dividieron entre la atención de las potencias; pese a los esfuerzos por concertar un movimiento no alineado —en el que se inscribieron algunos de estos países, como India y Afganistán— muchos se inclinaron por uno u otro

campo. La guerra en Afganistán en la década de los años ochenta es el último capítulo de esa historia.

Sin embargo, de hecho, la revolución islámica de Irán rompe con ese dilema desde 1978. Con su discurso antioccidente, Jomeini unificaría el pensamiento anticapitalista y el antisoviético. A partir de ese momento, los islamistas tienen un punto de referencia en el mapa ideológico mundial. La revolución islámica se convierte en una utopía alcanzada y en una alternativa para los diversos movimientos que durante décadas han rechazado el nacionalismo secularista. El Islam se consolida entonces para muchos como el escudo protector de una civilización contra lo que considera son históricas agresiones de Occidente.

La Guerra del Golfo Pérsico de 1991 vendría a confirmar a muchos grupos islamistas que Estados Unidos de América y sus aliados occidentales eran los principales agresores contra las naciones islámicas y árabes. En ese contexto, como fue el caso en el siglo XIX, los gobiernos árabes y musulmanes aliados de Estados Unidos son considerados títeres de Occidente. De allí que surjan y se consoliden grupos como el de al-Qaeda, en una muy ambigua relación con gobiernos, como el de Arabia Saudita y Pakistán, que no desean ser vistos como antiislámicos por su cercanía con las potencias occidentales. Osama Bin Laden es el prototipo del extremista religioso que, después de haber recibido todo el apoyo de Estados Unidos para combatir a los soviéticos, se vuelve con-

tra los estadunidenses en la Guerra del Golfo Pérsico. Pero no es el único; después de haber sido el dirigente mujahedín más apoyado por Estados Unidos financieramente durante la guerra antisoviética, Gulboddin Hekamatyar decidió apoyar a Saddam Hussein contra los estadunidenses. Y si bien muchos otros comandantes mujahedín y líderes musulmanes, como los talibán, no lo expresaron en su momento, fue evidente que, a pesar de la ayuda recibida, albergaban sentimientos y sobre todo concepciones ideológicas profundamente antioccidentales. Por ello, la lucha actual de Estados Unidos en Afganistán no se limita a eliminar a Bin Laden, o al grupo al-Qaeda o incluso al gobierno talibán. Requiere de transformar la percepción histórica de un pueblo (no sólo el afgano, sino el musulmán) que se siente perenne y profundamente agredido.

El gobierno talibán fue, de alguna manera, el primer producto de las nuevas circunstancias internacionales; el fin de la Guerra Fría y la Guerra del Golfo Pérsico reabren el camino directo para la confrontación entre el mundo islámico y Occidente. Ciertamente, los grupos islamistas más radicales no constituyen en sí todo el espectro de los movimientos islamistas ni representan necesariamente la posición del mundo musulmán. Pero es indudable que dichos grupos han sabido catalizar el resentimiento histórico que el mundo islámico ha venido acumulando en los últimos dos siglos.

El ataque a las Torres Gemelas de Nueva York y al Pentágono se inscriben en este marco internacional que combina el fin de las ideologías clásicas con el ascenso de un radicalismo islámico, producto a su vez de una larga historia de agresiones y de conflictos entre dos mundos que, pese a la globalización y a los avances en la comunicación, siguen sin entenderse. Por el contrario, parecen desconocerse cada vez más. Afganistán, como hace 160 años y como hace 20, se encuentra en el ojo de la tormenta. De la misma manera que en esas ocasiones, ni las generó directamente ni puede evitar escapar de ellas. Su futuro, como antes, depende tanto de las circunstancias internacionales, siempre cambiantes, como de su propia capacidad de resistencia.

VII. BIBLIOGRAFÍA

Libros

Academia de Ciencias de la URSS, *Afganistán: pasado y presente*, Moscú, Academia de Ciencias de la URSS, Redacción "Ciencias Sociales Contemporáneas", Los Estudios Orientales Soviéticos, 1981.

Adamec, Ludwig W., *Afghanistan, 1900-1923; A Diplomatic History*. Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1967.

——, *Afghanistan's Foreign Affairs to the Mid-Twentieth Century*, Tucson, University of Arizona Press, 1974.

Alatas, Hussein, *The Democracy of Islam: A Concise Exposition with Comparative Reference to Western Political Thought*, La Haya y Bandung, W. Van Hoeve Ltd., 1956.

Algar, Hamid, *Religion and State in Iran 1785-1905: The Role of the Ulama in the Qajar Period*, Berkeley, University of California Press, 1969.

Allworth, Edward *et al.*, *Central Asia; A Century of Russian Rule*, Nueva York y Londres, Columbia University Press, 1967.

Arberry, A. J. (ed.), *Religion in the Middle East; Three Religions in Concord and Conflict, 2: Islam*, Cambridge, at the University Press, 1969.

Behrang, *Irán un eslabón débil del equilibrio mundial*, México, Siglo XXI, Historia inmediata, 2ª ed., 1980.

Benningsen, Alexandre y Enders Wimbush, *Muslin National Communism in the Soviet Union; A Revolutionary Strategy for the Colonial World*, [s.l.], The University of Chicago Press, 1979, 2176 p.

Briére, Claire y Pierre Blanchet, *Irán; la revolución en nombre Dios*, trad. de Martha Pou; México, Editorial Terra Nova, Colección crónicas de nuestro tiempo, 1980, 239 p.

Carrere d'Encausse, Hélène, *L'Empire eclaté*, París, Flammarion, 1978.

Curzon, George N., *Russia in Central Asia in 1889 and the Anglo-Russian Question*, Londres, Longmans Green and Co., 1889.

Dodwell, M. A. (ed.), *The Cambridge History of India: The Indian Empire*, vol. VI, Delhi, S. Chand & Co., 1958.

Dupree, Louis, *Afghanistan*, Princeton, Princeton University Press, c1973, 2ª ed., 1980.

Fieldhouse, David K., *Economía e imperio. La expansión de Europa (1830-1914)*, trad. de Juan A. Ruiz de Elvira Prieto, prólogo de Charles Wilson, México, Siglo XXI, Historia económica mundial, 1978.

Fraser-Tytler, W. K., *Afghanistan; A Study of Political Developments in Central and Southern Asia*, Londres, Oxford University Press, 1958, c1950.

Furon, Raymond, *L'Iran: Perse et Afghanistan*, París, Payot, 1951.

Halliday, Fred, *Irán; dictadura y desarrollo*, trad. de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, Colección popular, núm. 203, 1981.

Henry, Y. A., *Pensées politiques de l'Ayatollah Khomeyni; Presentation thématique à travers de ses écrits et discours depuis 1941*, París, Editions A. D. P. F., Recherche sur les grandes civilisations, Mémoire núm. 3, Bibliothéque Iraniènne, 1980.

Holt, P. M. (ed.), *The Cambridge History of Islam, II. The Further Islamic Lands, Islamic Society and Civilization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970.

Jomeini, Ayatollah Seyyed Ruhollah, *Pour un gouvernement-islamique*, trad. de M. Kotobi y B. Simon con Ozra Banisadre, París, Fayolle, 1979.

Kanet, Roger E. (ed.), *The Soviet Union and the Developing Nations*, Baltimore y Londres, The John Hopkins University Press, 1974.

Keddie, Nikki R., *Religion and Rebellion in Iran: The Tobacco Protest of 1891-1892*, Londres, Frank Cass & Co. Ltd., 1966.

Krausse, Alexis, *Russia in Asia: A Record and a Study 1558-1899,* Londres, Curzon Press, 1973, c1899.

London, Kurt (ed.), *The Soviet Impact on World Politics,* Nueva York, Hawthorn Books Inc., 1974.

Majumdar, R. C. (ed.), *The History and Culture of the Indian People; British Paramountcy and Indian Renaissance,* parte I, Bombay, Bharatiya Vidya Bhavan, 1963.

Malek, A. Abdel, *Le Pensée politique arabe contemporaine*, París, Ed. du Seuil, 1970.

Maley, William y Fazel Haq Saikal, *Political order in Post-Communist Afghanistan,* International Peace Academy, Occasional Paper Series, United States of America, Lynne Rienner Publishers, Inc., 1992.

Marx, Karl y Friedrich Engels, *Sobre el colonialismo*, México, Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 37; c1973, 3ª ed., 1979.

Mohaddessin, Mohammad, *Islamic Fundamentalism, The New Global Threat*, Washington, Seven Locks Press, 1993.

Pace, Enzo, *Il regime della verità. Mappa ed evoluzione dei fondamentalismi religiosi contemporanei,* Bologna, Società Editrice Il Mulino, Contemporanea, núm. 105; 1998.

Perrot, Dominique y Roy Preiswerk, *Etnocentrismo e historia; América indígena, África y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental,* trad. de Eva Grosser Lerner, México, Editorial Nueva Imagen, Serie Interétnica, c1975, 1979.

Ponfilly, Christophe de, *Massoud l'Afghan*, París, Éditions du Félin et Arte Éditions, 1998.

Poullada, Leon B., *Reform and Rebellion in Afghanistan, 1919-29; King Amanullah's Failure to Modernize a Tribal Society,* Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1973.

Quintana Pali, Santiago, *Afganistán, encrucijada estratégica del Asia Central,* México, Universidad Nacional

Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Grandes Tendencias Políticas Contemporáneas, 1986.

Rashid, Ahmed, *L'ombre des taliban*, París, Éditions Autrement Frontières, 2000. Primera publicación en lengua inglesa: *Islam, Oil and the New Great Game in Central Asia*, Londres, I.B. Tauris & Co. Ltd., 2000.

Rodinson, Maxime, *Marxisme et Monde musulman,* París, Le Seuil, 1972.

Roy, Olivier, *L' Afghanistan; Islam et modernité politique*, París, Éditions du Seuil, 1985.

Ruiz Figueroa, Manuel, *Islam: religión y estado*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 1996.

Sen Gupta, Bhabani, *Afghanistan, Politics, Economics and Society. Revolution, resistance, intervention,* Gran Bretaña, Frances Pinter (Publishers) Limited, 1986.

Shariati, Ali, *Civilisation et modernisation*, trad. de Jean Manuel, Téhéran, Comité de Propagation Internationale de la Révolution Islamique, con la colaboración de la publication *Sorouche*, 1981.

——, *Hajj*, trad. de Ali A. Behzadnia M. D. Najla Denny, [s.l. y s.f.].

——, *La méthode de la connaissance de l'Islam*, conferencia de octubre de 1968, París, Associacion Islamique des Étudiants Iraniens à Paris, 1980.

Sidahmed, Abdel Salam y Anoushiravan Ehteshami (eds.), *Islamic Fundamentalism*, Estados Unidos de América, Westview Press, 1996.

Smith, Harvey H. *et al.*, *Area Handbook for Afghanistan*, Washington, U. S. Government Printing Office, 4ª ed., 1973.

Sykes, Percy, *A History of Persia*, Londres, McMillan and Co. Ltd., 3ª ed., 1958.

Wilber, Donald N., *Annotated bibliography of Afghanistan*, New Haven, Behavior science bibliographies, Human Relations Area Files, 1956.

——, *Afghanistan: Its People, Its Society, Its Culture*, New Haven, Hraf Press, 1962.

Artículos y documentos

Abrahamian, E., "The Crowd in Iranian Politics 1905-1953", *Past and Present*, núm. 41, diciembre de 1968.

"Afghanistan: A Soviet Assessment", *Central Asian Review*, vol. X, núm. 3, 1962.

"Afghanistan in Turmoil", *Peking Review*, núm. 24, 15 de junio de 1979.

Alí Mehrunnisa, "The Attitude of the New Afghan Regime Towards its Neighbours", *Pakistan Horizon*, núm. 3, 1974.

Anderson, Jon W., "There are no Khans anymore: Economic Development and Social Change in Tribal Afghanistan", *The Middle East Journal*, vol. XXXII, núm. 2, primavera de 1978.

Arabadzhyb, A. Z., "Persia and Afghanistan: A Contrast in Foreign Aid", *Central Asia Review*, vol. IX, núm. 1, 1961.

Armstrong, Hamilton F., "North of the Khyber", *Foreign Affairs*, vol. XXXIV, núm. 4, julio de 1956.

Ayoob, Mohammed, "Two Forces of Political Islam: Iran and Pakistan Compared", *Asian Survey*, vol. XIX, núm. 6, junio de 1979.

Balicki, Asen, "La ideología y la organización de la resistencia afgana; Flexible articulación de las estructuras tribales y religiosas", *Le Monde Diplomatique* en español, año 2, núm. 21, septiembre de 1980.

Barry, Mike, "Afghanistan, terre d'Islam - entre l'Iran et l'Inde", *Les Temps Modernes,* vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980.

Bayat, Philipp Mangol, "A Phoenix too Frecuent: The Concept of Historical Continuity", *Asian and African Studies*, vol. XII, núm. 2, julio de 1978.

Benningsen, Alexandre, "Les Musulmans en Union Sovietique", *L'Afrique et L'Asie*, núm. 120, 1er bimestre de 1979.

Bertolino, Jean, "Afghanistan-Kurdistan: Deux faces de l'Islam, deux faces de l'oppression", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980.

Blanc, Jean-Charles, "Des peuples afghans au peuple afghan", *Les Temps Modernes*, XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980.

——, "L'Afghanistan: entre la tradition et le modernisme", *Le Monde Diplomatique*, vol. XXIII, núm. 234, septiembre, 1973.

——, "Les communistes Afghans", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980.

Blancarte, Roberto J., "Afganistán: El poder soviético frente a la revolución islámica", *Estudios de Asia y África*, vol. XVII, núm. 52, abril-junio de 1982.

Carrere d'Encausse, Hélène, "Les soviétiques en Afghanistan: un nouveau Cuba?", *Politique Internationale*, núm. 6, 1979-1980.

Castagné, Joseph, "Soviet Imperialism in Afghanistan", *Foreign Affairs*, vol. XIII, núm. 4, julio de 1935.

Connolly, Violet, "The Soviet Union and the Industrialization of Asia", *Foreign Affairs*, vol. XV, núm. 1, octubre de 36.

Dastarac, Alexandre y Robert Dersen, "Baloutchistan: la guerre oubliée", *Le Monde Diplomatique*, XXIII, núm. 269, agosto de 1976.

Davydov, A. D., "The Rural Community of the Hazaras of Central Afghanistan", *Central Asian Review*, vol. XIV, núm. 1, 1966.

Devalle, Susana, "On the Study of Ethnicity", *South Asian Anthropologist*, vol. 1, núm. 2, 1980.

Dupaigne, Bernard, "L'expansion coloniale russe en Asie Centrale 1840-1980, *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980.

Dupree, Louis, "Democracy and the Military Base of Power", *The Middle East Journal*, vol. XXII, núm. 1, invierno de 1968.

——, "Tribal Traditions and Modern Nationhood: Afghanistan", *Asia; A selection of papers delivered before the Asia Society*, núm. 4, primavera de 1964.

Enfessar, Nader, "Baluchi Nationalism", *Asian Affairs; An American Review*, VII, núm. 2, noviembre-diciembre de 1979.

Evans, Hubert, "Recent Soviet Writing on Afghanistan", *Central Asian Review*, vol. XV, núm. 4, 1967.

Faroughy, Ahmad, "Laicidad y Teocracia en el Cercano Oriente", *Le Monde Diplomatique* en español, año 2, núm. 23, noviembre de 1980.

Fathi, Asghar, "Role of the Traditional Leader in modernization of Iran, 1890-1910", *International Journal of Middle East Studies*, vol. XI, núm. 1, febrero de 1980.

Ferro, Marc, "Las dos fuentes del Islam revolucionario", *Le Monde Diplomatique* en español, año 2, núm. 13, enero de 1980.

Gelb, Leslie H., "Keeping Cool at the Khyber Pass", *Foreign Policy*, núm. 38, primavera de 1980.

Gentelle, Pierre, "Du non-développement au sous-développement", *Le Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980.

Gilbar, Gard G., "The Big Merchants (Tujjan) and the Persian Constitutional Revolution of 1906", *Asian and African Studies*, vol. XI, núm. 3, invierno de 1977.

Gueyras, Jean, "Bani Sadr frente a los verdaderos defensores del Islam", *Le Monde Diplomatique* en español, año 2, núm. 18, junio de 1980.

Hairi, Abdul-Hadi, "Why did the Ulama participate in the Persian Constitutional Revolution of 1905-1900?", *The World of Islam*, vol. XVII, núm. 14, 1976-1977.

Halliday, Fred y Zahir Tanin, "The Communist regime in Afghanistan 1978-1992: Institutions and conflicts", *Europe-Asia Studies*, vol. 50, diciembre de 1998.

——, "Revolución en Afganistán", *Coyoacán; revista marxista latinoamericana*, año III, núm. 7-8, junio de 1980.

——, "War in Afghanistan", *New Left Review*, núm. 119, enero-febrero de 1980.

Hopper, Bruce, "The Persian Regenesis: Key to Politics in the Middle East", *Foreign Affairs*, vol. XIII, núm. 2, enero de 1935.

"Islam et Politique", *Le Monde Diplomatique*, vol. XXVII, núm. 281, agosto de 1977.

Israeli, Raphael, "The New Wave of Islam", *International Journal*, vol. XXXIV, núm. 3, otoño de 1979.

Kakar, Hasan, "The Fall of the Afghan Monarchy in 1973", *International Journal of Middle Eastern Studies*, IX, núm. 2, mayo de 1978.

Keddie, Nikki R., "The Roots of the Ulamas Power in Modern Iran", *Studia Islamica*, vol. XXIX, 1969.

Khalilzad, Zalmay, "Anarchy in Afghanistan", *Journal of International Affairs*, vol. 51, verano de 1997.

Khan, Ijaz, "Afghanistán: A geopolitical study", *Central Asian Survey*, vol. 17, septiembre de 1998.

Klass, R. T., "The Tragedy of Afghanistan", *Asian Affairs; An American Review*, VII, núm. 1, septiembre-octubre de 1979.

Kotobi, Morteza y Jean-Leon Vandoorme, "Sociedad y religión según el Imán Khomeini. La marcha hacia la República Islámica de Irán", *Le Monde Diplomatique* en español, núm. 4, abril de 1979.

Kustchera, Chris, "De la lutte pour l'autonomie a la tentation de l'indépendance", *Le Monde Diplomatique,* vol. XXIV, núm. 241, abril de 1979.

——, "El Polvorín Kurdo; Debilidades de una resistencia dividida", *Le Monde Diplomatique* en español, año 2, núm. 21, septiembre de 1980.

Laffin, John, "Uneasy Courtship - Soviet and Islam", en The Dagger of Islam, Londres, Sphere Books Ltd., 1979.

Lambton, A. K. S., "The Tobacco Regie: Prelude to Revolution", 1ª parte, *Studia Islamica*, vol. XXII, 1965.

Ley Marie, Philippe, *et al.*, "El encabalgamiento de los conflictos y el juego de los tres grandes", *Le Monde Diplomatique* en español, año 2, núm. 14, febrero de 1980.

Medveder, Roy, "The Afghan Crisis", *New Left Review*, núm. 121, mayo-junio de 1980.

MERIP, Middle East Research and Information Project, "Iran's Revolution: The First Year", *MERIP Reports*, núm. 88, mayo-junio de 1980.

——, "Afghanistan", *MERIP Reports*, núm. 89, julio-agosto de 1980.

——, "Iran in Revolution", *MERIP Reports*, núm. 75-76, marzo-abril de 1979.

——, "Iran: Political Challenge, Economic Contradiction", *MERIP Reports*, núm. 69, julio-agosto de 1978.

——, "The Left in Iran", *MERIP Reports*, núm. 86, marzo-abril de 1980.

Mikhailov, N., "Movocatory Campaign over Afghanistan", *International Affairs*, núm. 3, 1980.

Ministère de L'Orientation Nationale, Teherán, *Le Message de L'Islam*, núm. 1, junio de 1980.

Mironov, L. y G. Polyakov, "Afghanistan: The Beginning of a new life", *International Affairs*, núm. 3, 1979.

Mukerjee, Dilip, "Afghanistan Under Daud: Relations with Neighboring States", *Asian Survey*, vol. XV, núm. 4, abril de 1975.

Naby, Eden, "The Ethnic Factor in Soviet Afghan Relation", *Asian Survey,* a Monthly Review of Contemporary Asian Affairs, University of California Press, vol. XX, núm. 3, marzo de 1980.

Oren, Stephen, "The Afghani Coup and the Peace of the Northern Tier", *The World Today*, vol. XXX, núm. 1, enero de 1974.

Partido Comunista Mexicano, *La situación internacional. El problema de Afganistán,* Informe de la Comisión Ejecutiva del Comité Central presentado por Marcos Leonel Posadas, México, Ediciones del Comité Central, 1980.

Puig, Jean-José, "Genèse d'une résistance", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980.

—— y Victor Jean-Christophe, "L'Afghanistan, carrefour du monde?", *Les Temps Modernes*, vol. XXXV, núm. 408-409, julio-agosto de 1980.

Qureshi, S. M. M., "Pakhtunistan: The Frontier Dispute between Afghanistan and Pakistan", *Pacific Affairs*, primavera-verano de 1966.

Rashid, Ahmed, "A call for the former King", *Far Eastern Economic Review,* octubre 4 de 2001.

——, "Inside the Taliban", *Far Eastern Economic Review,* 18 de octubre de 2001.

——, "The Taliban: Exporting extremism", *Foreign Affairs*, vol. 78, noviembre-diciembre de 1999.

Richard, Yann, "Doctrina religiosa y poder temporal; La revolución de los Imanes", *Le Monde Diplomatique* en español, año 2, núm. 14, febrero de 1980.

Richter, William L., "The Political Dynamics of Islamic Resurgence in Pakistan", *Asian Survey*, vol. XIX, núm. 6, junio de 1979.

—— y W. Eric Gustafson, "Pakistan 1979: Back to Square one", *Asian Survey*, vol. XX, núm. 2, febrero de 1980.

Rondot, Pierre, "Réformisme Musulman et 'Islam révolutionnaire'", *L'Afrique et L'Asie*, núm. 110, 3er trimestre de 1976.

Rosman, Abraham y Paula G. Rubel, "Nomad-Sedentary Interethnic Relations in Iran and Afghanistan", *International Journal of Middle Eastern Studies*, VII, núm. 4, octubre de 1976.

Rouinsard, Jean-Alain y Claude Soulard, "Los primeros pasos del socialismo en Afganistán", *Le Monde Diplomatique* en español, año 1, núm. 1, enero de 1979.

Roy, Olivier, "Afghanistan: la 'révolution' par le vide", *Esprit*, mayo de 1980.

Saizman, Philip C., "Continuity and Change in Baluchi Tribal Leadership", *International Journal of Middle East Studies*, octubre de 1973.

Shariati, Ali, "Oui, il en était ainsi, o frère", traducción y presentación de Michel Cuipers, *Peuples Méditerranéens*, núm. 13, octubre-diciembre de 1980.

Sid-Ahmed, Mohamed, "Reajustes estratégicos en el Cercano-Oriente. Las lecciones de la revolución iraní", *Le Monde Diplomatique* en español, año I, núm. 3, marzo de 1979'.

Stark, Joe, "U.S. Involvement in Afghanistan", *Merip Reports*, núm. 69, julio-agosto de 1980.

Tahir-Kheli, Shiria, "Iran and Pakistan: Cooperation in an Area of Conflict", *Asian Survey*, vol. XVII, núm. 5, mayo de 1977.

United States Institute of Peace, "The Taliban and Afghanistan: Implications for Regional Security and Options for International Action", Special Report, 1998.

"URSS. La verdad sobre Afganistán", en *Documentos, hechos, testimonios,* Moscú, Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, 1980.

USA, "Report on Afghanistan", *Department of State Bulletin,* vol. 80, núm. 2035, febrero de 1980.

——, "Soviet Invasion of Afghanistan-Special Section P.A.-D.", *Department of State Bulletin*, vol. 80, núm. 2034, enero de 1980.

Vance, Cyrus, "Afghanistan: America's Course", *Department of State Bulletin*, vol. 80, núm. 2037, abril de 1980.

Varese, Stefano, "¿Estrategia étnica o estrategia de clase?", en *Indianidad y descolonización en América Latina. Documentos de la segunda reunión de Barbados,* México, Editorial Nueva Imagen, Serie Interétnica, 1979.

Vercellin, Giorgo, "Le riforme, l'Islam et la società tribale", *Politica Internazionale*, núm. 2, febrero de 1980.

Viennot, Jean-Pierre, "Le Baloutchistan, nouveau Bangladesh?", *Le Monde Diplomatique*, vol. XXIII, núm. 236, noviembre de 1973.

Wafadar, K., "Afghanistan in 1980: The Struggle Continues", *Asian Survey*, vol. XXI, núm. 2, febrero de 1981.

Wilber, Donald N., "Afghanistan, Independent and Encircled", *Foreign Affairs*, vol. XXI, núm. 3, abril de 1953.

Zagoria, Donald S., "The Soviet Qandary in Asia", *Foreign Affairs*, vol. 56, núm. 2, enero de 1978.

Afganistán:
la revolución islámica frente al mundo occidental
se terminó de imprimir en diciembre de 2001
en los talleres de Encuadernación Técnica Editorial, S.A.
Calzada de San Lorenzo 279-45, 09880 México, D.F.
Composición tipográfica: Literal, S. de R.L. Mi.
Se imprimieron 1 000 ejemplares
más sobrantes para reposición.
La edición estuvo al cuidado de la Dirección
de Publicaciones de El Colegio de México.

jornadas
137

Desde hace algunas décadas, una serie de acontecimientos sociales en el mundo islámico han transformado el panorama internacional. Se trata de manifestaciones de un fenómeno que por su fuerza transformadora y su raíz civilizacional musulmana se ha dado en llamar el "Islam revolucionario", muchas veces confundido con el fenómeno más específico denominado "fundamentalismo islámico".

Roberto Blancarte muestra cómo el Islam se convierte en un elemento de identidad supranacional y civilizacional que a su vez genera el islamismo; una ideología con múltiples manifestaciones, desde las más abiertas a la modernidad, hasta las más cerradas a ella. El fundamentalismo es sólo una de las muy variadas expresiones del Islam y del islamismo.

En este estudio se reconstruye, a partir de la experiencia histórica de Afganistán y su región circundante (Golfo Pérsico-Asia Central-Asia del Sur) la formación del pensamiento revolucionario islámico, a través de las distintas respuestas ideológicas a la penetración occidental, evidente desde el siglo XVIII. El autor demuestra también que un factor esencial de las recientes intervenciones de Occidente en Afganistán, cuyos últimos ejemplos son los de la Unión Soviética y los Estados Unidos de América, ha sido el temor a la expansión de la revolución islámica.

ISBN 968-12-1048-4

9 789681 210489

Centro de Estudios Sociológicos

EL COLEGIO DE MÉXICO